
DOC SAVAGE
AUDACES
30
LA MUERTE VERDE

LA MUERTE VERDE

por Kenneth Robeson

The Green Death

1938

CAPÍTULO I

LA SENTENCIA DE LA MANIGUA

LA muerte acechaba en la manigua. El aire húmedo era amenazador y el sol proyectaba en vano sus rayos sobre árboles y enredaderas, incapaz de penetrar hasta la obscuridad del suelo.

Un hombre corría en medio de aquella obscuridad.

Era un hombre muy alto y sumamente delgado, de cara cetrina, bañada en sudor. Sus ojos, detrás de los lentes que llevaba, tenían una expresión de preocupación. A intervalos, lanzaba una breve mirada por encima del hombro, pero él seguía corriendo, aunque sabía que todo escape era imposible.

El ataque tuvo lugar al alba. Todos los indígenas que le acompañaban murieron o huyeron, presa de pánico, durante aquel primer ataque.

Se oyeron unos débiles silbidos y la muerte llegó bajo forma de flechas envenenadas.

El hombre alto y delgado agarró un revólver y disparó a ciegas sobre los enemigos que no podía ver; luego él también echó a correr, pues no le quedaba más remedio.

Eso fué horas antes. Ahora el sol caía a plomo y hora tras hora había corrido a buen paso, sin al parecer cansarse. Pero no había logrado evadir la persecución de sus enemigos y, pocos minutos antes, una flecha envenenada le había rozado la cabeza. No había visto nada, oído nada... pero la muerte le pisaba los talones.

A pesar de la preocupación que se leía en sus ojos, el hombre alto no parecía asustado, sino irritado, como si le hubiesen interrumpido mientras realizaba una tarea importante. De pronto se paró. Había oído un tiro delante de él.

Una expresión de incredulidad asomó a sus ojos. Aquel tiro

indicaba que otros hombres blancos estaban cerca..., y eso era imposible. Se hallaba a centenares de millas del próximo pueblo. Toda ayuda era imposible y, sin embargo, había oído un tiro.

Aumentó la velocidad rápidamente, corriendo con facilidad, zigzagueando entre los grandes árboles, evitando las ramas bajas y pisando un terreno salvaje que nunca hasta entonces había sido explorado.

Un revólver colgaba de su cinto, metido en su funda, pero no reparaba en el mismo. Tan sólo quedaban dos tiros en el arma, y dos tiros no servirían de nada, pues no le había sido todavía posible ver a los que le perseguían.

De pronto el hombre pareció asombrado, intrigado, y las aletas de su nariz se movieron, impulsadas por la emoción que le embargaba. El presentimiento de un peligro invisible y terrible le erizó los cabellos cortos de la nuca y le envió escalofríos helados por la espalda, a pesar del calor.

No se oía sonido alguno. La quietud más completa reinaba en la manigua... una quietud extraña y espantosa. Ni un pájaro se movía, ni un mono charlaba en los arboles.

El aire pesado y cargado de humedad traía un olor débil y extraño, aunque no era desagradable y se parecía al que habría despedido un campo de flores. Pero allí no había flores.

El hombre alto no vaciló más que un momento. Apretó los labios pálidos e inconscientemente, sacó el revólver de su funda. Tenía los nervios en mayor tensión que nunca. Desde el alba corría con la impresión de que unos ojos invisibles le miraban la espalda y vigilaban sus menores movimientos.

Aquella impresión había desaparecido. Era como si los que le habían querido dar caza hubieran abandonado la persecución, huyendo de un peligro más real que cualquiera que su proyectada víctima pudiese preparar para ellos. La ausencia de aquella impresión de vigilancia hacía el peligro más real.

El sol brilló de pronto a corta distancia, cegador con su brillantez después de la obscuridad de la manigua. Un claro se dibujaba delante, de forma semicircular. Más allá se veían más árboles y altos acantilados.

Una exclamación de incredulidad escapó de los labios del hombre delgado. Sus ojos se ensancharon detrás de los lentes que

llevaba. La escena que veía era irreal y parecía más digna de una edad remota.

Salió de la manigua y empezó a cruzar el claro hacia aquella escena. Durante un instante, se sintió fuerte, capaz de conquistar cualquier cosa que encontrase a su paso. Luego, una expresión de terror cubrió sus facciones.

Comprendió que estaba perdido, que había evitado un peligro para hallar otro peor, que no podría vencer. Rápidamente se volvió, intentando regresar a la seguridad relativa de la manigua, pero sus rodillas se doblaron bajo su cuerpo y un grito brotó de sus labios.

Permaneció inmóvil, sin respirar.

Su cuerpo se retorció y estiró horriblemente Su pie! ya no era cetrina, sino verde, de un verde subido, como si hubiera muerto muchos años antes y le hubiesen momificado.

CAPÍTULO II

EL CUMPLIMIENTO DE LA MALDICIÓN

LA historia empezó a saberse cuando tres hombres salieron de la manigua. El mundo se electrizó y horrorizó, además de mostrarse algo incrédulo. Las ropas de aquellos hombres caían en jirones. Tenían la cara y el cuerpo hinchados y rojos a consecuencia de numerosas mordeduras de insectos. Estaban hambrientos, casi muertos de hambre y sus costillas se contaban. Tenían los ojos desorbitados y el miedo estaba retratado en ellos, así como el dolor de los sufrimientos soportados.

Unos oficiales bondadosos les dieron alimentos, ropas y les prodigaron cuidados, según requería su estado. Poco a poco, la historia se supo.

Uno de ellos dijo que era Hugo Parks y habló en nombre de los tres. Parks era un hombrecito de cuerpo endeble, ahora más delgado que nunca. Pero su cabeza era enorme y daba al resto de su cuerpo el aspecto de un enano. Sus compañeros le llamaban «Sesos».

Parks declaró que ellos eran los únicos sobrevivientes de una expedición compuesta de veinte miembros. Penetraron en el Brasil por el Paraguay, encaminándose al temible sector de Matto Grosso, a la región llamada Infierno Verde.

Parks dijo que eran exploradores y, fuese lo que fuese lo que las autoridades pensaran, lo callaron.

Tras semanas de lucha, dijo Parks, penetraron en el sector del Infierno Verde hasta lugares que ningún otro hombre blanco había visitado.

¡Y hallaron una ciudad fabulosa, una ciudad perdida!

Los periódicos se apoderaron de la historia, que poseía el

elemento de misterio que les gustaba. Y consultando sus archivos, hablaron de otros exploradores que intentaron penetrar en el distrito y cuya suerte no llegó a conocerse nunca.

El general P. H. Fawcett, conocido explorador británico, desapareció en 1925 con su hijo Jack y otro compañero. Ellos también penetraron en la salvaje manigua de Matto Crosso, buscando a una mítica Atlantis, una ciudad perdida y una raza olvidada. No se les volvió a ver nunca y algunos informes dijeron que habían muerto a manos de unos indios hostiles.

Luego estaba Paul Redforn, el aviador americano, a quien creían perdido en el mismo distrito. Más recientemente, hacía un año, otro aviador americano, Scotty Falcorn, desapareció en la selva virgen de Matto Grosso, buscando a Redforn.

Hugo Parks declaraba que la ciudad perdida existía y estaba habitada por una misteriosa tribu de indios blancos. ¡La guardaba una extraña y horrible muerte verde… muerte que dejaba a la víctima momificada y retorcida en su agonía!

Páginas enteras de publicidad llenaban los diarios. Unas ofertas fabulosas fueron hechas a los tres sobrevivientes por las primicias de sus relatos.

Parecían extrañamente indiferentes hasta el punto de resultar sospechosos, o así opinaron, por lo menos, las autoridades brasileñas, pues hubo dos o tres detalles que no llegaron hasta la Prensa.

Unos de ellos era que Parks llevaba una cajita de plomo y rehusaba dejar ver su interior, aunque juró solemnemente que no contenía tesoro de ninguna clase.

Otro detalle era un bultito que otro de los hombres llevaba. Tras el examen de este paquete se vio que contenía parte de una carta, una hebilla de cinturón y un reloj. Parks rehusó explicar lo que significaba.

El tercer punto no era tan misterioso, pero sí inusual. Al día siguiente de la llegada de la manigua, un Banco de Nueva York cablegrafió una carta de crédito a nombre de Parks. Llegó antes que su historia alcanzara el mundo exterior y su importe era muy elevado.

Después de sus primeras historias, los tres hombres se volvieron taciturnos. No parecían sentir deseos de contestar a ninguna clase

de preguntas y estaban más temerosos que nunca. Se mostraban apenas corteses con los que les habían socorrido. Se les abrumó a preguntas y en el momento de partir para los Estados Unidos, Parks dejó caer su bomba.

Dijo misteriosamente que les habían dado el consejo de hablar tan poco como les fuese posible. Había, respecto a la ciudad perdida, algunas cosas de las que no habían hablado. Los salvajes les habían avisado... Una maldición seguiría sus palabras. Por deprisa y lejos que huyeran, la muerte les alcanzaría y Parks se estremecía al hablar de aquella amenaza.

¡Era la muerte verde!

Esto fué lo que el mundo se resistió a creer y algunos periódicos, enojados por habérseles negado más detalles, dieron a entender que aquellos hombres eran impostores, expresando incluso la duda que hubiesen llegado al sector del Infierno Verde.

Los que conocían la manigua brasileña no expresaron esas dudas. Aquellos hombres sabían demasiado respecto al país que decían haber visitado para que su historia fuera falsa.

Mientras la publicidad expiraba, los hombres desaparecieron. Alquilaron un aeroplano particular y levantaron el vuelo. Una semana después, pasaron por la Aduana de Miami y la tormenta de comentarios periodísticos estalló con vigor renovado.

Pues ahora se sabía que Parks llevaba una cajita de plomo y los vistas de Aduanas insistían en que la caja tenía que abrirse antes de que Parks pudiera penetrar en el país con ella.

El hombre de la enorme cabezota consintió de mala gana y los aduaneros no tardaron en preguntarse el por qué de tanto misterio. La caja estaba vacía; por lo menos, los aduaneros no hallaron nada en su interior.

Al día siguiente, los hombres se hallaban en Nueva York, donde los periódicos publicaban en grandes letras:

TRIO HUYE DEL PELIGRO

MALDICIÓN DE LA MUERTE VERDE

El tono de aquellas historias era humorístico. Los tres exploradores rescatados se habían mostrado abiertamente hostiles a los periodistas, rehusando contestar a sus preguntas y evitando a los reporteros con gran habilidad. Los periodistas les pagaban con la misma moneda.

Las publicaciones más serias se referían a la conocida maldición de la tumba del Rey Tut, que se suponía reclamó la vida a muchos hombres relacionados con su descubrimiento y abertura. Unos escritores científicos hicieron resaltar que no había ninguna base substancial que sostuviera esas creencias, pero que existían de antiguo y que el miedo mataba a menudo allí donde no existía otro factor conocido.

Las revistas se burlaron del asunto, declarando que aquellos hombres deliraban probablemente al salir de la manigua, sufriendo horrendas privaciones y que contaron historias que, al no resistir un examen detenido, les impulsaron a refugiarse en el silencio.

No hubo contestación alguna por parte de Parks y de sus compañeros. Hallaron un escondrijo, pero se prepararon para ver inmediatamente a Doc Savage.

El hombre de más poderoso físico del trío fué escogido para la entrevista. Era alto y de mucho pecho. Sus ojos eran descoloridos y no traslucían emoción alguna. Parks le llamaba Frick.

Frick se empolvó las facciones muy curtidas por los trópicos. Eso lo hizo parecer pálido y fué el único disfraz que usó. Salió a la calle, encaminándose al alto rascacielos donde Doc Savage tenía sus oficinas.

No tuvo que averiguar su camino, pues había estado en Nueva York antes y todos los que visitaban la ciudad conocían a Doc Savage.

Frick pasó por delante del escaparate de una librería que anunciaba una nueva obra: *Simplificación de averiguaciones atómicas por Clark Savage Junior* Decía el título.

Un rótulo colocado al lado de una pila de libros decía:

«Leed la última obra de Clark Savage Junior, el hombre de ciencia, el explorador y el aventurero más famoso del mundo.»

Los ojos pálidos de Frick no cambiaron de expresión, pero su boca se contrajo curiosamente. Era del dominio público que Doc Savage era un hombre de ciencia famoso. Sabía medicina, meteorología e hidrodinámica. Junto con sus cinco ayudantes, cada uno de los cuales era perito en su especialidad. Doc era conocido en el mundo como uno de los más atrevidos enemigos del crimen.

Frick volvió una esquina y se acercó a un enorme rascacielos. De pronto, se paró con una mano crispada sobre el corazón. Una

extraña expresión se pintó en sus facciones, expresión en la cual el asombro se mezclaba con el miedo.

Frick no vaciló más que un momento, luego se irguió y respiró más normalmente. Entró en el edificio.

—¡Piso ochenta y seis y dése prisa! —rezongó, hablando al muchacho del ascensor.

Este le miró con curiosidad y se encogió de hombros. Estaba acostumbrado a ver hombres de extraño aspecto que pedían ser llevados inmediatamente al piso en el cual Doc Savage tenía instaladas sus oficinas.

Al abrirse con ruido metálico la puerta del ascensor en el piso ochenta y seis, Frick se tambaleó. Con dificultad salió al corredor. Sus pasos eran inseguros y con lentitud se acercó a una puerta que llevaba la mención: Clark Savage Junior.

No se veía tirador ni timbre alguno en la puerta. Los ojos descoloridos de Frick se cerraron a medias y se apoyó en la puerta.

Un instante después se irguió. Un hombre estaba de pie delante de él. Unas pilas fotoeléctricas habían avisado su llegada, abriendo la puerta. El hombre que se le enfrentaba no parecía ni muy alto ni corpulento.

Únicamente cuando se irguió, Frick se dio cuenta que era más fornido que él; pero tan proporcionado que no se notaba a primera vista su gran estatura.

Sus facciones tenían el color del bronce y su cabello peinado, muy pegado al cráneo, era casi del mismo matiz, aunque algo más claro. Su cara no tenía expresión alguna, pero sus ojos llamaron la atención de Frick. Eran unos ojos extraordinarios, en cuyas profundidades unos puntitos de oro se movían constantemente.

—Me... me encuentro débil —tartamudeó Frick. Se desplomó e intentó erguirse. Sus facciones cambiaron. El terror se pintó en ellas y nuevamente se llevó la mano al corazón.

—Me ha...

Su grito quedó ahogado y cayó de bruces.

Un sonido bajo, parecido a un trino, brotó en el corredor. Parecía emanar de todas partes en vez de un sitio determinado. Era un sonido inconsciente que Doc Savage emitía cuando estaba sorprendido.

Su visitante estaba muerto con una expresión de dolor y horror

helada en el rostro. Este no estaba ya pálido, sino verde. El cuerpo entero de aquel hombre estaba verde y extrañamente retorcido, además de tieso como si estuviese petrificado.

La extraña maldición del Matto Grosso se había cumplido a miles de millas de distancia.

CAPÍTULO III

UNA INVASIÓN POR SORPRESA

EL trino del hombre de bronce había sido oído y se oyeron nuevos sonidos en su despacho, ruidos extraños, entre gruñidos y chillidos. Un segundo después, dos objetos asombrosos surgieron, echándose casi sobre Doc.

El que abría la marcha se parecía a un puerco, pero tenía un hocico extraordinariamente largo, grandes orejas y un cuerpo delgado y duro. Sus patas, sumamente delgadas, le permitían correr con gran rapidez.

Detrás venia un mico de asombroso aspecto, de brazos excepcionalmente largos, que le colgaban hasta debajo de las rodillas, y ojillos brillantes en medio de una cara cubierta de pelos. Parecía muy enojado.

—¡Dame este plátano, monstruosidad orejuda, o te saco chuleta tras chuleta! —gritó una voz, aparentemente la del mico.

—¡No, no! —chilló otra voz, al parecer la del puerco.

Un plátano de gran tamaño estaba fuertemente atado a la espalda del puerco. El mico alargó un brazo, no logró agarrarle y siguió corriendo con mayor rapidez que antes.

Unas sonoras risotadas estallaron en la habitación. Otra figura surgió que tenía gran semejanza con el mono. Aquel hombre era más grueso de cintura y no tenía pelo en la cara; pero esas eran las únicas diferencias radicales en su aspecto. Sus ojillos estaban hundidos en órbitas rodeadas de pelos hirsutos y sus largos brazos le colgaban hasta las rodillas.

Sus labios se movían silenciosamente y en su cara se dibujaba lo que él tenía la tierna creencia que era una sonrisa. Más palabras brotaron de labios del marrano y del mono que corrían.

—¡Basta ya, Monk, reliquia peluda de la edad de piedra! —gritó una voz a sus espaldas.

Los labios de Monk se movieron nuevamente. Estaba orgulloso de su don de ventriloquia y él era quien fingía que los animales hablaban.

De pronto, Monk, es decir, el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, uno de los mejores químicos del mundo, se paró en seco. Acababa de ver a Doc... y a la figura sobre la cual Doc estaba inclinado.

—¡Ham! —gritó con voz infantil y delgada que contrastaba extrañamente con su corpachón.

Alguien se movió a su espalda y Ham, esbelto y elegantemente vestido, se adelantó rápidamente. Monk y Ham disfrutaban haciendo bromas pesadas. Sus animales formaban parte de su sentido del «humor»; pero Ham sabía cuándo Monk hablaba en serio.

Un débil silbido escapó de labios de Ham. Su rostro adquirió una expresión de seriedad y sus ojos brillaron astutamente. Ham, es decir, el brigadier general Teodoro Marley Brooks, era uno de los abogados más listos del país.

Al otro extremo del corredor, Química el mono, alcanzó a Habeas Corpus, el puerco. Le sujetó coa gran cuidado debajo de un brazo, mientras con una mano peluda, recogió el plátano atado en la espalda de Habeas y se lo comió, dando muestras de gran satisfacción.

Ninguno de los tres hombres se fijaron en ellos. Los ojillos de Monk brillaban.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguna probabilidad de lucha? —preguntó a Doc, pues al químico le entusiasmaban todavía más las batallas que las siempre renovadas peleas con Ham.

Doc no contestó directamente, se limitó a apartarse para que sus compañeros vieran mejor la forma del caído.

—¡Uno de los tres sujetos de Matto Grosso! —exclamó Ham, cuyos ojos se ensancharon—. ¡Y Johnny está en algún lugar de aquel infierno!

Doc Savage se irguió. Sus ojos dorados y sus facciones bronceadas no tenían expresión alguna.

—¡Llevad el cadáver adentro! —dijo con voz contenida.

Monk gruñó, levantó en vilo el cuerpo momificado con suma facilidad y lo entró en el despacho. Química gruñó también. Levantó a Habeas Corpus, imitando en todo a Monk, y siguió al químico. —Pero Johnny...— repitió Ham.

—Seguimos sin noticias suyas —dijo una voz. El que hablaba era una especie de gigante de un metro noventa de estatura. Su rostro era severo, su boca de labios delgados, sombríamente apretados. En conjunto, su aspecto era puritano. Sus brazos eran enormes y sus puños dos monstruosidades. Por una puerta abierta, a su espalda, se veía una estancia espaciosa, de paredes cubiertas por extraños aparatos y mecanismos, casi todos de radio.

—¿Has vuelto a hacer todas las pruebas, Renny? —preguntó Doc Savage.

El gigante asintió. Renny, es decir, el general John Renwick, ingeniero conocido internacionalmente, parecía preocupado.

—He intentado cogerle con la onda de nuestra propia emisora —dijo lentamente.— Luego he pensado que podía tal vez recibir, pero ser incapaz de enviar mensajes y he probado el rayo vibrador. Tampoco he recibido contestación alguna.

Los ojos dorados de Doc brillaron levemente. El rayo vibrador era invención suya, por medio de la cual se mantenía a veces en contacto con sus hombres, cuando la sencilla transmisión por radio no daba resultado. Si Johnny hubiese oído las llamadas de Renny, habría enchufado una pequeña lámpara osciladora y las ondas resultantes habrían sido recogidas fácilmente por los aparatos sensitivos del cuarto de la radio.

—Hace tres semanas ya —dijo Monk.

Sus compañeros callaron, pues todo comentario resultaba inútil.

Johnny, es decir, William Harper Littlejohn, para los geólogos y arqueólogos del mundo entero, realizaba a la sazón un viaje particular. Sintió deseo de investigar algunos de los notables informes que leyó respecto a la región de Matto Grosso. Sus primeros mensajes radiofónicos indicaron su esperanza de descubrir cosas nuevas.

De pronto, esos mensajes por radio cesaron. Algo había, ocurrido; algo malo, desde luego.

—Si siquiera supiéramos dónde —empezó a decir Ham, frunciendo las cejas.

Doc inclinó la cabeza sin contestar. Renny se fijó en el cuerpo que Monk había dejado en el cuarto contiguo. Se sobresaltó y palideció levemente.

—La muerte verde de Matto Grosso —murmuró—. ¿Acaso suponéis que Johnny? —la voz le falló.

—Ante todo vamos a ver si nos enteramos de lo que es esa muerte verde —dijo Doc Savage—. Y su voz serena devolvió inmediatamente la confianza al ánimo de sus compañeros. Johnny se hallaba, sin duda, en algún apuro, pero aquellos hombres tenían una confianza ilimitada en el hombre de bronce… Le habían visto manos a la obra.

Doc trasladó el cuerpo al fondo del aposento. La habitación en la cual se detuvo era un cuarto de operaciones, tan completo y bien instalado como en el hospital más moderno.

Renny lo miraba con interés. Esperaba que Doc practicara la autopsia al cadáver. En vez de eso, el hombre de bronce se entregó a unas acciones extremas. Ante todo, sacó un tubo largo de un armario. El tubo tenía la forma de una trompa en un extremo. El otro desapareció en una caja herméticamente cerrada, en uno de cuyos lados se veía un fuelle. Doc colocó la caja sobre el cadáver y maniobró el fuelle. Una vez más, dejó oír su trino, débil, pero penetrante. Un indicador se movía en la tapa de la caja.

—¿Qué demonios? —empezó a decir Renny.

Doc le quitó la camisa al hombre. Sus ojos dorados brillaron con una luz extraña.

Renny lanzó un bramido y Doc Savage se volvió. Una puerta que daba al corredor se abría levemente y un rostro de hombre asomaba por la abertura.

El hombre lanzó un grito de sorpresa y se volvió, intentando escapar. No lo logró. Un instante después, Renny había abierto la puerta. Uno de sus puños monstruosos salió disparado y cogió al individuo por el cuello.

Renny atrajo al hombre al interior del cuarto con la misma facilidad que si no hubiese pesado nada.

Se trataba de un individuo de estatura mediana y de pelo negro, que parecía descolorido por el calor tropical. Temblaba como si sufriera paludismo.

Pero tenía los ojos fijos en el cadáver verde.

—¡Frick! —exclamó, y su voz expresaba temor y horror— ¡Ha sido víctima de ello!

—¿Le conoce? ¿Es usted otro del trío que salió de la manigua de Matto Grosso? —preguntó Renny.

El hombre asintió sin hablar.

—Hacedle —entrar en la otra oficina— dijo Doc con calma.

El hombre parecía más que deseoso de alejarse del cadáver y casi corrió delante de Renny. Doc le siguió reposadamente.

—Ahora, explíqueme —dijo Doc.

Renny permaneció de pie, con los grandes puños en las caderas. Su aspecto era amenazador. Monk y Ham se acercaron. Incluso Química y Habeas Corpus dejaron de juguetear.

El hombre tragó saliva y cuando habló fué con dificultad.

—Tengo miedo —murmuró—. ¡Ha cogido a Frick... me tocará pronto a mi!

—Nada malo le ocurrirá mientras esté aquí. Dígame qué es lo que teme. Posiblemente podremos ayudarle —dijo Doc Savage.

—Eramos tres. Ahora quedamos sólo dos —dijo el hombre, con voz débil.

—¿Si?

Haciendo un esfuerzo, el hombre se serenó y dejó de temblar.

—Me llamo Thorne —dijo—. Junto con Frick, el hombre que está muerto aquí, y Hugo Parks, salimos vivos de la manigua brasileña. Habrán ustedes leído nuestra historia en los periódicos. Parte de ella no fué creída por nadie, pero sabemos que es cierto y que una maldición nos perseguiría. Sabíamos que necesitaríamos su ayuda y por eso vino Frick a verlo. Por eso también lo seguí.

Doc asintió sin hablar.

Thorne se humedeció los labios y cerró los puños.

—Vimos cosas fantásticas en esa manigua, señor Savage. Fuimos en busca de oro. Ha oído usted hablar, como todo el mundo, del famoso tesoro de los Incas, que se supone está oculto en el distrito del Infierno Verde. No lo descubrimos, pero hallamos...

Se paró y una vez más palideció.

—¿Qué habéis hallado? —preguntó bruscamente Renny.

—¡La muerte... una muerte horrible! —dijo Thorne en un murmullo—. ¡La muerte verde!

Sus ojos se dilataron y el temblor de sus miembros se acentuó.

Doc Savage dio un paso adelante, le agarró por el hombro y le sacudió con fuerza. La razón volvió a la mirada del hombre.

—Descubrimos una ciudad de extraordinaria belleza —siguió explicando—. Está habitada, pero nadie puede entrar en ella. La guarda esa muerte verde. Se le acerca uno y, de pronto, cae. El cuerpo de la víctima se vuelve verde y seco como una momia… como le ha sucedido a Frick. Los brujos de otras tribus nos dijeron que la muerte nos perseguiría… y es cierto.

El hombre calló y se estremeció. Su voz se elevó, estridente.

—Vimos morir a otro hombre blanco que no formaba parte de nuestro grupo y cuando fuimos en busca de su cuerpo, había desaparecido. Pero os probaré…

Hizo una pausa dramática e introdujo la mano en la camisa que llevaba. De pronto, se inmovilizó.

Se oyó un grito de mujer en el corredor y al mismo tiempo unas luces se encendieron en un tablero y se oyó la campanilla sorda de un aparato de alarma.

Monk y Ham obraron al unísono. Sin vacilar, saltaron hacia la puerta que daba al corredor. No tocaron tirador ni botón alguno, pero la puerta se abrió delante de ellos, respondiendo al mecanismo eléctrico que la gobernaba.

Renny corrió al cuarto de operaciones donde habían dejado el cadáver de Frick. Renny se movía con la rapidez de un corredor y, sin embargo, antes de que alcanzara la primera puerta, una sombra bronceada le pasó delante.

La velocidad de Doc Savage era engañosa. Aun cuando se movía con el máximo de rapidez, no parecía precipitarse, tal era su ligereza y su soltura de movimientos.

¡Blam! ¡Blam!

Se oyeron dos tiros en el corredor y exclamaciones de asombro de Monk y Ham. Ambos se pararon en la puerta y se asomaron con cuidado. Enseguida, Monk gritó con voz estridente y salió corriendo, seguido de cerca por Ham.

El hombre que dijo llamarse Thorne hizo una mueca singular. Cosa asombrosa, todo temor pareció abandonarle. Sus gestos se hicieron tranquilos y reposados. Ni Doc ni sus ayudantes se fijaron en él. Doc estaba ya en la puerta del cuarto de operaciones y un momento después, Renny entró como una tromba.

El hombre de bronce se paró. Su rostro seguía inexpresivo, pero sus ojos dorados se cerraron a medias. El cadáver seguía en la mesa y nada parecía fuera de su sitio.

—Pero la alarma ha sonado. Sé que alguien debe haber intentado entrar aquí —dijo el ingeniero.

—La camisa —declaró Doc con acento tranquilo.— ¡Rayos y truenos! Renny se quedó boquiabierto. La camisa que Doc le había quitado a Frick había desaparecido.

Se oyeron unos pasos fuertes en el corredor. Monk entró en el cuarto. Su cara expresaba el más profundo desaliento. Tampoco Ham estaba tan animado como de costumbre.

—Ella ha escapado —dijo Monk sombríamente.— ¿Ella? —exclamó Renny.— Así se explica el desengaño de Monk —insinuó Ham—. Pero desde luego, cualquier muchacha que echa una mirada a una cara como la suya siente ganas de escapar.

Doc les miró a los dos rápidamente. Ham cambió de tono.

—No hemos hecho más que entreverla —dijo—. Alguien disparó dos tiros y hemos tenido que ir con cuidado. Al salir, hemos visto la muchacha que bajaba por la escalera, al extremo del pasillo. La hemos seguido, pero hay más de dos docenas de oficinas en las cuales puede haberse escondido. Ha desaparecido.

—Le he visto la cara —intercaló Monk.

Ham abrió la boca para contestar alguna agudeza, pero volvió a apretar los labios. Había momentos en que Monk no se tomaba bien las bromas.

—Ya he visto esa cara antes de ahora. Sabré encontrar a la chica —siguió diciendo sombríamente el químico.

—Y mientras tanto, la camisa ha desaparecido —declaró bruscamente Renny—. Ignoro lo que Doc quería hacer con ella, pero la juzgaba importante...

Los tres miraron a Doc. Este no contestó y volvió a entrar en la oficina en la cual habían estado hablando con Thorne.

Estaba vacía y Doc fué el único en no sorprenderse.

Ham lanzó una exclamación de sorpresa. Tenía la mirada fija en algunos objetos que yacían sobre la mesa. Había allí un reloj de pulsera, la hebilla de un cinturón y parte de una carta.

—Dijo que tenía las pruebas de que otro hombre blanco había muerto —susurró Ham—. Y esos...

—Son de Johnny —concluyó Doc.

Guardaron silencio unos minutos. Sus peores temores se veían confirmados. El simpático Johnny, el antropólogo amante de las largas palabras, estaba muerto, víctima del misterioso horror verde.

—Es posible que haya algún error —dijo Monk, pero había poca esperanza en su voz.

—Vamos a averiguarlo —dijo suavemente Doc Savage.

CAPÍTULO IV

MONK HALLA DIFICULTADES

EL día fué señalado para los periódicos. Ham pagó treinta céntimos por un diario de la tarde e hizo una mueca al leer el siguiente título:

LA MALDICIÓN DEL INFIERNO VERDE MATA A UN HOMBRE EN NUEVA YORK.

Un explorador cae muerto en la oficina de Doc Savage, a miles de millas de Matto Crosso.

Un artículo espeluznante seguía, explicando que la víctima había ido a la oficina de Doc Savage en busca de consejo, pero cayó herida por la muerte verde antes de poder explicar su historia. No se mencionaba el segundo visitante. Doc no juzgó indicado hablar de él a la policía.

Monk hizo una mueca y volvió a mirar la fotografía que llevaba en la mano.

Esta se hallaba en una revista popular y representaba una muchacha vestida con traje de baño blanco. La muchacha tenía una figura exquisita que normalmente debía atraer y retener la atención complaciente del peludo químico. Sin embargo, éste parecía más bien contrariado.

—¡Maldición! —murmuró—. ¿A cuántos sitios más tendremos que ir antes de obtener algún resultado?

Ham sonrió.

—Es la primera vez que te oigo quejarte siguiéndole la pista a una chica bonita —se burló.

—¿Y por qué ha de andar metida en esto una muchacha linda como ella? —rezongó—. ¿Qué papel representa, después de todo?

Ha sido una manera nueva de acercarse a ti para llamar tu atención —le aseguró tranquilamente Ham.

Monk no se dignó siquiera contestarle. Le dolían los pies y tenía la impresión de haber andado por lo menos un millar de millas sobre el abrasador pavimento de Nueva York.

Mientras Ham hacía perezosos molinetes con su bastón, Monk consultó un Anuario y se paró. A continuación, entró en un edificio destinado a oficinas, seguido de cerca por Ham. Tomaron el ascensor para subir al tercer piso y entraron en una oficina que llevaba el rótulo: «Agencia Modelo de Meredith».

Al alargar la mano para asir el tirador de la puerta, ésta se abrió y un hombre salió atropelladamente, haciendo perder el equilibrio al químico. Monk alargó una de las enormes manazas y agarró al sujeto aquel por el hombro.

—¡Mire usted lo que está haciendo, amigo! —chilló.

El hombre lanzó un terno. Se llevó una mano al sobaco y su rostro duro se contrajo ferozmente.

La sorpresa se dibujó en las facciones de Monk, quien no tardó en sonreír. Levantó el puño derecho con fuerza, pero no tocó nada.

Ham le agarró el brazo y desvió el golpe. Al mismo instante, el hombre se apartó, dejó caer la mano y corrió hacia el ascensor.

—¡Maldición, Ham! —gritó Monk con excitación—. Ese tío ha intentado sacar su revólver, ¡Déjame cogerle! ¡Déjame!…

Seguía exclamando cuando Ham le empujó en la oficina de la Agencia Modelo Meredith. El elegante abogado arrancó la página de la revista de la mano de Monk y la dejó caer sobre la mesa, delante de una muchacha bonita.

—¿Esta modelo se ha apuntando en su agencia? —preguntó amablemente, dando molinetes a su bastón espada, con aire de indiferente aburrimiento.

La muchacha ensanchó ligeramente los ojos.

—S-s-s-sí —dijo— Es Gloria Delpane. Monk recobró repentinamente el buen humor.

—¿Dónde vive? ¿Cómo podría verla? —preguntó rápidamente.

Ham hizo una alegre mueca y dejó caer un billete de diez dólares sobre la mesa.

—Aquí tiene el importe de la tarifa de la agencia. Preferimos ir a verla para convencernos que es el tipo que buscamos —explicó tranquilamente.

Obtuvieron así rápidamente las señas deseadas.

—Pero es posible que tengan que esperar —les avisó la muchacha—. Otro hombre estuvo aquí hace un momento y él también desea obtener las señas de la señorita Delpane. Es indudable que se hace popular y…

La muchacha enmudeció. Nadie la escuchaba ya.

Monk y Ham no esperaron el ascensor. Bajaron la escalera, saltando los peldaños de tres en tres, y corrieron en busca de un taxi.

Llevaban tanta prisa que no vieron al hombre de rostro duro que esperaba al otro lado de la calle. El hombre sonrió de modo extraño, entró en una tienda de tabacos y cigarros e hizo uso del teléfono.

Tal como Ham le hacía notar a menudo, Monk se fijaba de un modo particular en las muchachas. El peludo químico no había lanzado más que una mirada a la muchacha que gritó en el corredor de las habitaciones de Doc, pero le bastó con ello. Sabía que la había visto antes y aunque le costó algún trabajo recordar dónde, cuando lo hizo no tardó en hallar una revista que contenía un anuncio para el cual había posado. De ahí la jira por todas las agencias de modelos.

Ni Monk ni Ham tenían la menor idea de por qué el hombre de rostro duro deseaba hallar a la muchacha, pero se daban cuenta que allí había gato encerrado. El hombre del rostro duro era un sujeto temible a todas luces. Eso se hizo aparente cuando echó mano a su revólver.

¿Qué relación habría entre todo aquello y la muerte verde o Johnny? Además, ¿por qué nadie en Nueva York se interesaba por aquel asunto? No hallaban respuesta adecuada a estas preguntas.

Pero la muchacha tenía la camisa. Doc la quería y aquello les bastaba a Monk y a Ham.

También Doc y Renny estaban ocupadísimos y su ocupación resultaba bien extraña.

Ambos llevaban unos lentes de extraño aspecto que más parecían anteojos provistos de extraños lentes de color y piezas laterales que se adaptaban estrechamente a la cara y cerraban el paso de la luz.

Andaban con la cabeza baja y los transeúntes se apartaban ante ellos. Salieron del rascacielos y siguieron por la acera hasta una

entrada del subterráneo.

¡Rayos y truenos! —murmuró Renny, con tono de disgusto.

Doc no dijo nada mientras entraban en la estación del subterráneo y subían a un tren que se dirigía hacia el centro de la ciudad. En cada parada se apeaban, recorrían el andén de arriba abajo y tomaban el tren siguiente.

Los neoyorquinos, acostumbrados a espectáculos extraños, no se fijaban mucho en ellos, pero dos hombres les miraban con atención. Se les habría tomado por hermanos del sujeto del rostro duro que Monk y Ham habían encontrado. Cuando menos, tenían la misma expresión y debajo del brazo se les notaba un bulto sospechoso. Echaron en pos de Renny y del hombre de bronce. Doc no demostró fijarse en su presencia. A través de los lentes, unas marcas débiles y luminosas eran visibles. Eran huellas dejadas por los zapatos de Thorne. Doc hizo sentar a su visitante en un sitio determinado de la oficina donde sus zapatos entraron en contacto con un preparado, invisible al ojo humano, pero que se veía claramente con ayuda de los extraños anteojos.

Eso permitía seguirle la pista a Thorne, aunque el uso del subterráneo complicaba el asunto. Era necesario entregarse a pesquisas en cada parada, para determinar en cuál el individuo se había apeado. Era importante el hallar a Thorne y vital saber en qué región del Matto Grosso había visto matar a Johnny.

Doc habló de pronto a Renny. Una expresión de asombro se pintó en la cara del fornido ingeniero, que hizo una leve mueca y se quitó los anteojos.

En la siguiente parada, Doc salió solo, cuando el tren entró en la estación. Un momento después, los dos pistoleros le seguían.

Una forma inmensa se materializó detrás de ellos. Dos puños enormes, capaces de romper una puerta de roble macizo, salieron disparados y agarraron cada uno un cuello de americana.

Los hombres hicieron gestos desesperados para sacar sus revólveres. No lo lograron y, en vez de eso, se vieron arrastrados hacia atrás, al extremo de la plataforma, fuera de la vista de todos. Hubo una lucha breve y Renny volvió a la plataforma con una sonrisa de satisfacción en sus severas facciones. Estaba solo. Inconscientes, ambos pistoleros yacían ocultos debajo de la plataforma.

En la estación siguiente, Doc halló lo que andaba buscando. Unas huellas que indicaban el hecho de que su visitante había dejado el tren subterráneo en aquel punto. Siguieron la pista hasta la calle.

Al poner el pie en la acera, oyeron el lamento de la sirena de un coche de la policía. En la lejanía, sonaba el gong estrepitoso de una ambulancia.

Una débil arruga se dibujó en la frente del hombre de bronce.

Monk y Ham se apearon de su taxi a una manzana de distancia de la casa donde vivía Gloria Delpane. No tenían motivo especial para andar con cautela; pero era en ellos una costumbre inveterada.

Al extremo de la manzana había un gran sedán que parecía vacío, pero al acercarse Monk y Ham por la acera, parte de la capota del coche cayó atrás y una luz brilló delante de un espejo.

Monk movió rápidamente los brazos, describiendo molinetes. Sus ojillos estaban más hundidos que nunca en las profundas órbitas.

—No te sobresaltes —le dijo rápidamente Ham—. Tal vez sea una falsa alarma. Ese sujeto es posiblemente un fotógrafo.

—¿Y lleva un revólver? —dijo Monk con toda la lógica.

—Sea como sea, no debemos asustar a la chica. Lo que buscamos es la camisa —le recordó el elegante abogado, haciendo saltar con el dedo una manchita de polvo invisible de su traje inmaculado.

La puerta de la casa era del tipo de las que se abren apretando un botón, tocándole al inquilino abrir desde arriba, pero de día la puerta de la calle permanecía a menudo abierta. En la actualidad lo estaba.

Una mirada rápida al registro les enteró que Gloria Delpane vivía en el piso cuarto D. Había un ascensor automático que se oía bajar. Monk y Ham no lo esperaron y subieron rápidamente la escalera.

El piso estaba situado en la parte de atrás. Los dos ayudantes de Doc se acercaron en silencio y se pararon para escuchar. No se oía el menor ruido en el interior.

Ham buscó con la mano el timbre de la puerta y se detuvo. La puerta no estaba completamente cerrada, sino entreabierta. Monk enarcó las cejas y miró a Ham. Este asintió con la cabeza.

Ham cruzó el corredor y se acurrucó, algo apartado de la puerta.

Ham se mantuvo a un lado de ésta. De pronto, alargó el brazo y la abrió completamente.

¡P-f-f-f!

Una bala disparada por un revólver provisto de silenciador cruzó el espacio y habría herido a cualquiera que hubiese estado en el umbral.

Al mismo tiempo un grueso proyectil traspuso la puerta en sentido contrario.

Aquel proyectil era Monk, que estaba doblado de tal manera, que sus manos tocaban el suelo.

La idea de Monk era buena. Suponía a la muchacha sola en el piso y contaba con la rapidez de su ataque para desarmarla sin dificultad.

No contaba con los cinco hombres que se hallaban en el aposento junto con ella. Uno de ellos estaba en un ángulo de la habitación con una mano apretada, contra la boca de la muchacha mientras con la otra sostenía un revólver. El era quien había disparado.

Monk les vio en un abrir y cerrar de ojos y enseguida creyó que un equipo de fútbol le había caído encima. Los otros cuatro ocupantes del cuarto le atacaron en todas direcciones.

Varias cachiporras amenazaron la cabeza de Monk, que rodó por el suelo frenéticamente, gruñendo sordamente.

Ham se precipitó en el cuarto. Su bastón había quedado transformado en espada e hirió a un individuo fornido en el preciso instante en que iba a descargar su cachiporra en la cabeza de Monk.

El bandido lanzó un juramento y cayó sin volver a moverse. La punta de la espada de Ham estaba untada de un anestésico de rápidos efectos.

Monk se levantó con dos hombres colgados de su persona. El químico sonreía de puro gusto. Agarró a los dos hombres que se esforzaban en estrangularle y entrechocó sus cabezas con fuerza. Después de eso, dejaron de interesarse por lo que ocurría.

El hombre del revólver hablaba con excitación, pero le era imposible disparar sin herir a sus propios hombres. Ham se le echó encima.

Fué un error. Un ex pugilista alto y esbelto surgió en el umbral a su espalda. Había estado vigilando, viendo la señal del sedán y

avisado a sus compañeros que estaban en el cuarto. Llevaba nudillos de metal en ambas manos. Se preparó y lanzó los puños.

Los nudillos alcanzaron a Ham detrás de la oreja. El elegante abogado no supo nunca qué era lo que le había herido. Monk se volvió... a tiempo para interponer la mandíbula en la trayectoria descrita por el segundo par de nudillos. Inmediatamente permaneció quieto e inactivo.

Doc también estaba haciendo frente a una muchedumbre, aunque de distinto tipo. Se hallaba congregada delante de un viejo caserón de piedra y consistía en su mayor parte en policías, detectives y periodistas. Todos, incluso los periodistas, estaban excitados. La casa en cuestión era en donde terminaba la extraña pista luminosa.

El hombre de bronce habló rápidamente a Renny y el ingeniero hizo con la cabeza una seña afirmativa. A continuación, Doc desapareció.

Unos instantes después, una figura se deslizó al interior de la casa por el techo. Doc habría podido obtener directamente unos informes de la policía, pero eso habría podido traer complicaciones. No era nunca amante de hacer público su interés por algún caso que surgiera.

Bajó por una escalera tortuosa y cruzó anchos vestíbulos, pero ni sus propios ayudantes le habrían identificado, aunque sabían que era maestro en el arte de disfrazarse.

En vez de ofrecer a la vista el cuerpo alto y atlético de Doc, el hombre que cruzaba la casa aparecía viejo y encorvado. No tenía el pelo del color del bronce, sino blanco. Su rostro estaba surcado de arrugas y su voz temblaba cuando preguntó a un detective que encontró a su paso:

—¿Qué... p... p... pasa, guardia?

El detective resopló:

—Nada que pueda preocuparle, abuelo —declaró con tono condescendiente—. ¡Un hombre que ha muerto, nada más!

El anciano parpadeó.

—¡No creí que provocaría semejante revuelo...!

El detective se echó a reír, dio un paso a un lado y su interlocutor pudo echar una mirada en el cuarto. Se oyó un débil trino. El detective se volvió, miró con asombro y cuando volvió a

dar la espalda, el anciano desapareció.

Doc había visto bastante. La figura tendida en el cuarto que el detective guardaba, era la del hombre que había dicho llamarse Thorne.

Un forense estaba examinando el cadáver cuya cara y cuyo cuerpo estaban verdes. Una expresión de terror estaba pintada en sus facciones. ¡La muerte verde del Matto Grosso había vuelto a herir! ¡El hombre en quien Doc había fiado para obtener nuevas informaciones respecto a Johnny, estaba muerto!

CAPÍTULO V

ATAQUE DE GANGSTERS

MONK fué el primero en recobrarse. El peludo químico tenía la impresión de hallarse en un aserradero, con una enorme sierra en movimiento cerca de su cabeza. Finalmente decidió que aquel ruido infernal provenía del interior de su cabeza y no de fuera.

Se retorció. Ham estaba tendido de un modo falto de elegancia por una vez. Monk sintió el deseo de obtener un retrato de su amigo en aquella posición; pero no tardó en pensar en cosas más serias.

Tenía las muñecas y los tobillos atados con cuerdas y las manos en la espalda. Ham había sido tratado en la misma forma.

El químico gruñó y se retorció acercándose lentamente al abogado. A continuación dió un golpe violento en el suelo con el tacón de uno de sus zapatos.

Un trozo de acero delgado y afilado como una navaja salió disparado de la punta de su zapato, quedando fuertemente sujeto por un extremo en el cuero. Fué juego de niños para Monk cortar las cuerdas que sujetaban a Ham. La invención era de Doc y antes de entonces había probado su utilidad.

Ham seguía sin dar señales de vida. Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Monk.

—¡Sow-e-e-e-e! ¡Piggy! ¡Piggy! —gritó Monk, imitando de un modo excelente a los pastores que guardan puercos en el Estado de Missouri.

Ham se irguió enseguida con una expresión de asombro en la cara. Monk estalló en una carcajada sonora.

—¡Maldito...! —exclamó Ham, poniéndose colorado. No le sucedía a menudo no hallar palabras para contestar, pero en aquella ocasión se quedó corto. Monk se había burlado de él.

Aquel grito le tocaba a Ham en lo vivo. Le recordaba los días de la Gran Guerra cuando robaron un puerco y él se vio acusado del robo. El apodo Ham era el resultado de aquel incidente y Ham sospechaba que Monk sabía más acerca del animal robado de lo que quería decir.

—¡Sow-e-e-e! ¡Sow-e-e-e! —repitió burlonamente.

—¡Debiera dejarte atado, reliquia de la edad de piedra! —gritó Ham, enfurecido. Seguía rezongando mientras cortaba las ataduras del químico.

Estaban solos en el aposento, de eso se habían dado cuenta en el acto. Los cinco hombres se habían ido junto con la muchacha y no se veía rastro alguno de la camisa. Un registro rápido les demostró que casi todo lo demás había sido sacado también del piso.

No quedaba más que uno o dos vestidos viejos en el armario del dormitorio. No había allí más ropa ni equipaje de ninguna clase. Los muebles estaban, cosa sorprendente, huérfanos de todo polvo.

Ham sacó un pequeño lente de su bolsillo e inspeccionó algunos muebles, así como el tirador de la puerta, e inclinó la cabeza con aire de comprensión. No se veía la menor huella digital. Sus atacantes eran hombres precavidos.

Monk estaba rebuscando en la cocina. Un cuarto de litro de leche desapareció, así como los restos de un pollo asado.

—¡Guisado como lo hacen en el Sur! —dijo riendo al sorprenderlo Ham.

Monk no había dejado pollo para su compañero. Ham resopló y un grito salió de la boca de Monk. El químico metió la mano debajo del papel que cubría loa estantes y sacó un sobre roto. Cambió de expresión al ver que estaba vacío. Sólo quedaba parte de un nombre que decía:

«…lcom».

—¿Qué demonios? —empezó a decir Ham—.

—Es Scotty Falcorn, el aviador desaparecido —exclamó Monk—. El sujeto que suponen perdido…

—… en el sector de Matto Grosso —concluyó Ham—. Y eso significa que la muchacha está realmente metida en este asunto… Pero, ¿cómo?

Rezongando, regresaron a la oficina de Doc Savage.

No eran los únicos en encaminarse al rascacielos. Cubierta la

inclinada cabeza con un viejo mantón y dejando que la falda harapienta barriera la acera, una figura inclinada se movía lentamente por la concurrida calle.

Unos ojos astutos atisbaban en medio de un rostro arrugado, pero casi siempre esos ojos permanecían fijos en el suelo y a pesar de su aparente avanzada edad, la anciana caminaba incansable.

Cuando llegó al enorme edificio, vaciló un momento y se acercó, titubeando, a un ascensor. No dio el número del piso de, Doc Savage. Salió del ascensor en el piso de debajo y subió con cuidado la escalera.

Sus ojos astutos se cerraron levemente cuando miró por el corredor. Luego, se hizo atrás, aplastándose contra la pared. Dos policías esperaban delante de la puerta del hombre de bronce.

Mientras vigilaba, la puerta se abrió y Doc Savage apareció con el rostro tan inexpresivo como siempre. Los policías hablaron brevemente. Era imposible oír lo que decían, pero la voz de Doc Savage contestó claramente aunque no subió el tono:

—No, lo siento. Hasta ahora no he podido determinar cuál ha sido la causa de la muerte del hombre que está aquí —dijo.

—Siento que haya habido una nueva víctima, según me dice usted.

La puerta se cerró. Los policías parecieron desconcertados, pero giraron sobre sus talones y se alejaron.

Fuera, los vendedores de periódicos vendían hojas ennegrecidas por gigantescos títulos:

SEGUNDO EXPLORADOR VICTIMA DE LA MUERTE VERDE

El tercer miembro de la batida es buscado por los hombres de ciencia —en un esfuerzo por salvarle la vida.

Una expresión singular se dibujó en la cara de la anciana. Apretó los pliegues de su mantón sobre la cabeza y echó a andar por el pasillo. De pronto, se quedó clavada en su sitio.

Se oyó un chirrido como si se hubiese soltado una terrible presión de aire, y antes de que pudiera moverse, una puerta de ascensor se abrió, dejando paso a Monk y a Ham. El chirrido era el ruido que hacía el ascensor particular de Doc Savage al subir como un cohete hasta el piso ochenta y seis.

La anciana suspiró fuertemente, dio media vuelta e intentó echar a correr.

Monk y Ham la vieron al mismo tiempo. Monk lanzó un gruñido, pero antes de que su cuerpo corto y macizo se pusiera en movimiento, Ham se le había adelantado. La anciana corría con rapidez sorprendente. Pero Ham la alcanzó fácilmente y, alargando la mano, la agarró suavemente.

—Un momento... —empezó a decir.

Recibió una sorpresa. La figura de débil aspecto se movió con furor. Sus manos arañaron, sus pies patearon y Ham se vio obligado a soltarla.

—No eres siquiera capaz de sujetar a una vieja —dijo Monk, burlón—. A su vez, quiso coger a la figura que luchaba con frenesí y una mirada de asombro se pintó en su cara. La anciana tenía aparentemente músculos de acero.

Ham levantó la mano y sin querer arrancó el mantón. Inmediatamente, Monk agarró la figura con toda su fuerza, levantándola del suelo.

La ausencia del mantón reveló el hecho que se trataba de un hombre y no de una mujer: de un hombre de cabeza muy desarrollada.

Tanto Monk como Ham reconocieron su víctima en el acto. Era Hugo Parks, el tercer hombre que salió vivo de la manigua de Matto Grosso.

Parks seguía tartamudeando furiosamente cuando Monk le llevó a la oficina de Doc.

Entonces ocurrió lo asombroso. Tan pronto como estuvieron en la oficina, Hugo Parks dejó de luchar y sus ojos, ensanchados por el miedo, volvieron gradualmente a tener una expresión más inteligente.

—¡Lo... lo siento! No sabía quiénes eran o no habría luchado. Aquí es donde quería ir. Quería ver a Doc Savage. ¡Es preciso que lo vea! ¡Mi vida está en juego!

El ruido atrajo a Doc y a Renny. El hombre de bronce permaneció silencioso mirando tranquilamente al hombrecito.

—Lo esperaba —dijo finalmente Doc.

Renny pareció sorprenderse. Hugo Parks no se fijó en ello.

—A menos de que me ayude enseguida, moriré —gimió el hombrecito. Su cabezota cayó inerte—. Tengo que regresar... volver al distrito del Infierno Verde, ¡Es preciso!

—¿Quiere usted decir que de otro modo la maldición le alcanzará también? —exclamó Renny.

Hugo Parks asintió con la cabeza.

—¿Y el otro hombre blanco, Johnny, nuestro amigo, a quien vio morir? —preguntó Doc con voz mesurada.

Una expresión de pena se dibujó en las facciones de Parks.

—¡Es cierto! —dijo—. Le vimos caer y su cuerpo se volvió verde. Nos estaban atacando en aquel momento, pero de todos modos no habríamos podido ayudarle. Más tarde, hallamos su campamento, supimos que era uno de sus hombres y hallamos los objetos que mi compañero ha traído aquí. También había una caja de plomo. Estaba vacía, pero creí que tendría valor. La he traído, pero han saqueado nuestras habitaciones y se han llevado la caja de plomo.

Una expresión de tristeza cubrió las facciones del hombre de bronce. No se podía poner en duda la sinceridad de las palabras de aquel hombre.

—Y el cuerpo de Johnny, ¿lo hallaron luego? —preguntó.

Hugo Parks meneó la cabeza.

—Lo intentamos... después. Había desaparecido —dijo sencillamente—. Hay muchas fieras en la región.

Un gemido escapó de labios de Renny, pues Johnny había sido su amigo particular.

—¿No queda esperanza alguna? —dijo con voz entrecortada. Sus facciones se endurecieron.

—Podemos ir allá —dijo con fuerza— Si su cuerpo desapareció, puede haber una probabilidad... es posible que...

Doc le interrumpió diciendo:

—¿Adonde tiene que volver? —No quiero decirlo— declaró inesperadamente el hombre de la cabezota. —¿Qué?

Monk y Ham dieron un salto adelante.

—Nuestro amigo murió allí... Usted quiere un favor y, sin embargo...

—Un momento —intervino el hombre de bronce. Hablaba sin alzar el tono, pero Monk y Ham callaron instantáneamente.

Doc prosiguió:

—Barrunto que lo que desea es que lo acompañemos al Infierno Verde, pero que para asegurarse que no le dejaremos atrás para correr en busca de Johnny, nos indicará el camino a medida que

avancemos. ¿No es así?

Hugo Parks asintió con energía. El temor volvió a pintarse en su cara.

—Pero, ¿me llevarán ustedes? ¿Me llevarán enseguida? —gimió.

Doc se volvió a sus ayudantes.

—Creo que el dirigible es lo más indicado para este viaje —dijo.

Monk suspiró de alivio. Había previsto la decisión de Doc —No podía ser otra hasta que se hubieran enterado por sí mismos de que Johnny había muerto. El químico apretó los puños con fuerza:

—¡Tal vez haya alguna buena lucha! —susurró.

Otros personajes parecían abrigar la misma idea. Estaban trabajando en silencio y con determinación. Se hallaban en el garaje subterráneo del edificio en el cual Doc tenía sus oficinas. El garaje era del uso exclusivo del hombre de bronce y de sus ayudantes.

Había allí media docena de hombres entre los cuales Monk y Ham habrían reconocido a los que habían visto en el piso de Gloria Delpane. Renny habría identificado a dos de ellos por ser los que lucharon con él en el «metro».

Uno de los hombres estaba manipulando el gran coche blindado de Doc. Le había levantado la tapa del motor y con alambres tocaba algo al lado del poderoso motor. Otro hombre estaba tendido debajo del coche.

Varios individuos estaban diseminados por el garaje, hallaron escondrijos y esperaron, presa de nerviosismo. Todos iban armados de fusiles ametralladoras.

—Esto no… no me gusta —dijo uno de ellos a sus compañeros. Era uno de los dos individuos maltratados por Renny.— ¡Ese Doc Savage es dinamita!

El otro escupió y se encogió de hombros. Se le conocía en la niña de los ojos que se hallaba bajo la influencia de un narcótico. Acarició su ametralladora con manos amorosas.

—Ordenes del gran jefe —dijo brevemente.

Su compañero se estremeció.

—Es… esto va a ser tan malo como la matanza de San Valentín —murmuró—. Peor aún…, pues los que vamos a quitar de en medio son personalidades…

—Procura ayudar a liquidarlos a todos —dijo fríamente el otro —. La orden del jefe lo dice así y ya sabes…

Calló de pronto. Un pistolero que se hallaba al lado de la caja del ascensor dio una señal. Los dos hombres que manipulaban el coche cerraron la tapa del motor y se ocultaron. El silencio reinó en el garaje subterráneo.

Se oyó un chirrido en la caja del ascensor, seguido de un rugido estremecedor. El ascensor ultrarrápido bajaba a toda velocidad. Únicamente Química y Habeas Corpus quedaban atrás. Monk y Ham iban a regresar en su busca más tarde.

Renny sostenía la débil figura de Hugo Parks, evitando que el hombrecito de la enorme cabeza abandonara el suelo al caer el ascensor bajo sus plantas. Monk y Ham sonrieron.

Doc tocó una palanca. El ascensor se paró tan repentinamente que todos, menos el hombre de bronce, doblaron involuntariamente las rodillas. La puerta se abrió.

Los hombres que se habían ocultado esperaban con los nervios en tensión y el dedo sobre el gatillo de sus fusiles ametralladores.

Doc salió del ascensor, seguido de sus amigos. La mirada del hombre de bronce recorrió el garaje. No vaciló, pero cambió levemente de dirección.

—Necesitamos más luz —dijo tranquilamente, alargando la mano hacia un conmutador.

¡Y las cosas tomaron un ritmo acelerado!

Alguien gritó una orden y las ametralladoras surgieron. Una lluvia mortal azotó las figuras de Doc y de sus ayudantes, pero el hombre de bronce había sido demasiado rápido para sus enemigos.

Con un gesto acertado, tocó un botón en la pared y a continuación se tiró con toda su fuerza de lado. Derribó a Hugo Parks, a Monk, Ham y Renny como un experto jugador de fútbol, en el preciso instante en que una lluvia de plomo pasaba sobre ellos.

El tiroteo cesó al fin. La niebla parecía haber llenado el subterráneo en una fracción de segundo. Se trataba de un gas anestésico de efectos rápidos que se esparció cuando Doc tocó el botón de la pared.

El hombre de bronce había sido el único en fijarse en factores pequeños e insignificantes al entrar en el garaje —Un barril estaba fuera de su sitio. Una luz que debió estar «encendida», estaba apagada.

Doc se levantó rápidamente conteniendo la respiración al igual

que Monk, Ham y Renny. Estos habían adivinado lo que Doc iba a hacer al alargar la mano hacia el botón de la pared y no habían sufrido los efectos del gas.

El hombre de bronce dio órdenes por medio de signos. Renny recogió la figura inconsciente de Hugo Parks y todos corrieron al gran automóvil que ocupaba el centro del garaje. Doc se sentó al volante.

Era preciso que respiraran todos en breve. Por una vez, el hombre de bronce había sido cogido sin las tabletas de oxígeno que acostumbraba llevar y aunque él era capaz de contener la respiración unos minutos, sus ayudantes no lograban hacerlo y no tardarían seguramente en perder el conocimiento.

Rápidamente, Doc apretó el pulsador. El contacto eléctrico se estableció. Una bomba de gran potencia estalló debajo del automóvil.

CAPÍTULO VI

UN POLIZÓN

ANTES de que el ruido de la explosión expirara, las puertas, accionadas por medio de electricidad, se abrieron. El gran automóvil, guiado por Doc Savage, subió una pendiente hasta hallarse en medio del aire puro de la calle.

Monk, Ham y Renny estaban aturdidos aún antes de la explosión. Esta acabó de dejarles ofuscados y unos segundos transcurrieron antes de que se hallasen en condiciones de maravillarse de su milagroso escape.

Antes de que pudieran hacerle preguntas, Doc había parado el coche. Rápidamente, se apeó y volvió a penetrar en el garaje subterráneo. Este ofrecía el mismo aspecto que si hubiese sufrido los efectos de un ciclón. Las latas de aceite, la maquinaria pesada, incluso un cochecito, habían sido proyectados contra las paredes laterales.

Los desgraciados gángsters quedaron aprisionados debajo de los pesados aparatos. Únicamente dos seguían vivos, aunque mal heridos.

La cara de Doc no cambió de expresión. Enchufó los ventiladores que limpiarían el aire en pocos minutos y se acercó al teléfono, dando un número. Cuando le pusieron en comunicación, dio breves instrucciones y, sin echar una mirada atrás, salió del garaje.

Una ambulancia no tardaría en llegar. Sería una ambulancia particular que se llevaría a los dos bandidos supervivientes. Estos irían a parar a un sanatorio, en el campo, sanatorio que pocas personas sabían pertenecía a Doc. Allí sufrirían una delicada operación, al reponerse de la cual, habrían olvidado sus criminales ocupaciones y estarían dispuestos a tomar su sitio en la vida a fuer

de respetables ciudadanos.

Antes de alejarse la ambulancia, la policía quedaría avisada y los polis se hallarían frente a frente con un nuevo misterio.

Hugo Parks se incorporaba cuando Doc volvió al lado del coche. Estaba lívido. Antes había parecido asustado, pero ahora se conocía que estaba aterrorizado. Miraba nerviosamente de un lado a otro y se humedecía los labios resecos con la lengua.

—¿Por qué habrán intentado matarnos? —preguntó Doc.

—No... no sé —tartamudeó Parks con evidente sinceridad.

—¿Por qué habrá aquí alguien complicado en el asunto de Matto Grosso? ¿Qué relación tendrán con la muerte verde? —preguntó Ham, con el mismo tono que empleaba ante el tribunal.

Nuevamente Hugo Parks meneó la cabeza.

—No puede haber relación alguna —dijo fieramente, con énfasis demasiado marcado. Ham tuvo de repente la impresión que el hombre intentaba convencerse de ello.

Aquel ataque formaba parte de una serie de acontecimientos asombrosos que no parecían relacionados entre sí; pero que, sin duda, tenían que ver con la muerte verde. Ham llegó a esta conclusión y durante un momento su expresión fué tan sombría y severa como la de Renny.

Doc se deslizó al volante, dio media vuelta al coche y se encaminó al Río del Norte.

La curiosidad que mordía a Monk no le permitió esperar más tiempo.

—¿Era una bomba lo que estalló debajo del coche, verdad? —preguntó con acento acusador.

Doc asintió y una luz divertida brilló en sus ojos dorados.

—Lo que quisiera saber —siguió diciendo Monk con su vocecilla chillona— es por que demonios no hemos saltado todos.

—¡Debido a la resistencia molecular! —dijo sencillamente Doc.

Los ojos del químico se ensancharon.

—Resistencia mole... ¡Pero sigo sin comprender!

—El tipo de bomba explosiva que se usa debajo de los automóviles ejerce siempre su fuerza hacia arriba —explicó Doc, parando el coche frente a un gran almacén que llevaba el nombre de «Hidalgo Trading Company».

Doc siguió diciendo:

—La parte inferior de este coche está forrada de recipientes que contienen un gas comprimido que, una vez que escapa, ejerce una presión tremenda hacia abajo. La bomba estalló, libertando al gas comprimido que cerró el paso a la carga del explosivo, obligándola a buscar salida en otras direcciones. En este caso, la dirección ha sido a ambos lados.

La cara de Monk era expresiva. El químico se imaginaba lo que ocurrió en el interior del garaje.

Doc detuvo el coche y dijo:

—Vamos a preparar el dirigible.

Sus compañeros se apearon y miraron rápidamente en torno suyo sin ver nada. Un taxi estaba parado a una manzana de distancia, pero parecía vacío. No vieron a la muchacha acurrucada en el asiento posterior.

La muchacha dejó el taxi tan pronto como Doc y los demás desaparecieron en el almacén. Llevaba un bultito debajo del brazo y procuraba pasar inadvertida por la calle.

Caía la noche. Varios camiones se acercaban al almacén, siguiendo órdenes de Doc; descargaban provisiones y las entraban a toda prisa al interior. Por unos momentos, la muchacha permaneció oculta en un portal. Un camión se alejó. Durante un minuto no hubo nadie a la vista.

Rápidamente, la muchacha cruzó la calle y entró en el almacén.

Un hombre surgió a un centenar de yardas, de distancia. No vio a la muchacha y se deslizó él también, procurando no ser visto. Silbó suavemente y otro hombre se le reunió, llegando en otra dirección.

Esperaron un momento oportuno y se deslizaron en el interior del almacén.

En circunstancias normales, les habría sido imposible lograrlo, pero con las prisas de las operaciones de carga, Doc había desconectado su sistema de alarma.

Una vez dentro, la muchacha pareció asombrada. Visto desde la calle, el edificio era pobre, ruinoso y no parecía contener nada de valor. Esas apariencias resultaban engañosas.

Había un yate de gran tamaño en un dique de carena de cemento. A su lado se veía un submarino. Cerca de una pendiente se divisaba un hidroavión, al lado de un pequeño autogiro. A veinte

pies de distancia del suelo se hallaba un dirigible.

Algunas escaleras de cuerda corrían por los costados del dirigible, excepto en un sitio donde habían construido una plataforma que se erguía como una torre sobre el suelo del almacén. Las mercancías eran subidas hasta aquella plataforma que estaba bien alumbrada y en la cual algunos hombres trabajaban activamente.

La muchacha respiró aceleradamente. Corrió al extremo del almacén, permaneciendo en las sombras. El vestido obscuro que llevaba la hacía invisible.

Doc y sus hombres estaban atareados. Únicamente Hugo Parks permanecía inactivo. Estaba acurrucado en el camarote principal del dirigible y se hacía tan pequeño como le era posible. El sudor le cubría la frente y miraba constantemente en torno suyo, dando muestras de gran nerviosismo.

Las últimas provisiones fueron subidas a bordo. Hubo un momento de confusión al dejar caer un operario una pesada caja. La muchacha escogió aquella oportunidad para encaramarse por una escala de cuerda en un extremo del dirigible. Se deslizó al interior y halló un escondrijo en una alacena. Un solo par de ojos se fijó en su llegada.

En cambio, nadie vio a los dos hombres que se hallaban frente al dirigible. Trabajaron rápidamente, como si supiesen de antemano qué era lo que iban a hacer. Uno de ellos hizo correr lo que parecía una larga serpiente por el suelo del almacén y ató su extremo al dirigible. Su compañero estaba atareado cerca de la pared del fondo.

—Esos muchachos serán muy listos, pero ni siquiera el demonio de bronce será capaz de evitar lo que va a ocurrir —murmuró para su capote con una risita divertida.

—Ya estamos listos —dijo Renny.

Hugo Parks lanzó un suspiro de alivio y durante un momento pareció humanizarse.

—¡Cuanto más pronto, mejor! —suspiró.

Monk y Ham se encaminaron a la plataforma.

—Hemos olvidado algo —chilló el químico—. Estaré de vuelta dentro de pocos minutos.

—Quieres decir que hemos olvidado dos cosas —contestó Ham

con tono áspero—. Estaremos de vuelta dentro de…

El hombre que se hallaba contra la pared del fondo del almacén sonrió burlonamente. Oía claramente las voces de Monk y de Ham.

—¡Lo que no vais a ir a ninguna parte! —murmuró tocando un conmutador.

Hubo un chispazo terrible y un rayo pareció herir el dirigible. Las llamas recorrieron su armazón, iluminando el brillante metal.

Hugo Parks lanzó un grito. Comprendía lo que ocurría. Una línea de alto voltaje había sido sujetada al armazón del gigante del aire. Parks recordó el desastre del Hindenburg y la desgracia sucedida a otras naves aéreas alcanzadas en el cielo para caer, envueltas en llamas, muriendo abrasados cuantos iban a bordo.

Se levantó de un salto y echó a correr hacia una salida con el propósito de saltar del dirigible.

Monk alargaba la mano para agarrar un antepecho cuando el rayo tocó el dirigible. De haber puesto la mano en el metal, habría tenido pocas probabilidades de salvarse. Aun así, tenía el puño tan cerca que una chispa saltó y el químico tuvo la impresión de que una mula gigantesca le había asestado una coz. Cayó detrás dando una vuelta completa sobre sí.

Derribó a Hugo Parks, que se hallaba detrás de él. El hombrecito cayó inerte: el aire era seco y olía a ozono, como sucede siempre cuando cae un rayo o hay una pronunciada perturbación eléctrica.

Doc Savage se movía con rapidez. Se puso un traje de goma tan rápidamente que no se podía apenas seguir sus movimientos. A continuación, se dejó caer del dirigible.

Aquel salto de veinte pies no pareció molestarle en lo más mínimo. Aterrizó con las piernas levemente dobladas y sus enormes músculos absorbieron el choque con facilidad.

Unos segundos después, el contacto eléctrico cesaba. Doc halló el sitio en el cual la línea había sido reunida al armazón y con un tirón vigoroso arrancó el hilo.

Monk, Ham y Renny se pusieron en movimiento sin vacilar. Se había hecho una tentativa para fulminarlos. Eso significaba que los atacantes se hallaban todavía en el almacén.

Ambos empuñaron un arma de extraño aspecto… una pistola provista de un tambor de gran tamaño. Los que habían luchado ya contra Doc Savage, conocían esas armas que disparaban un río de

balas con un rugido ensordecedor. Las balas no mataban, sino que provocaban la pérdida del conocimiento.

A corta distancia, una pistola automática escupió fuego y un proyectil caliente silbó en los oídos de Monk.

El químico apretó el gatillo de su arma y el rugido que ésta emitió, llenó el almacén de ecos.

Los dos asesinos seguían juntos. No pensaron en correr hasta que la corriente eléctrica fué cortada. Estaban seguros que Doc y sus ayudantes morirían.

Echaron a correr hacia la puerta. Un rayo pareció alcanzarlos por detrás. Doc, a quien era difícil ver con el traje de goma que llevaba, les había alcanzado y sus poderosas manos les agarraron por el cuello.

Una presión ordinaria de aquellas manos habría sido suficiente. Doc sabía causar la pérdida del conocimiento apretando algunos nervios del cuello de sus adversarios, pero los gruesos guantes de goma que llevara todavía le molestaban.

Los hombres se soltaron y echaron a correr. Doc se echó encima de ellos. Esta vez, la emprendió a puñetazos. Un hombre gritó y cayó, agarrando a su compañero al desplomarse.

Hubo una chispa brillante... luego el silencio. El hombre había caído sobre el extremo desnudo del cable de alta tensión. Tanto él como su compañero habían sido electrocutados en el acto.

Lógicamente, el dirigible debió quedar destruido; pero las precauciones tomadas por Doc le salvaron. En primer lugar estaba lleno de helio no combustible, y luego, tenía siempre un suelo eléctrico cuando estaba anclado en el almacén. La electricidad corrió por el armazón de metal y salió, dejando el enorme aparato intacto.

Hugo Parks seguía acurrucado de miedo. Comprendía que si Monk no le hubiera derribado, habría muerto al tocar el antepecho de metal del dirigible.

Doc examinó los cadáveres de los dos hombres No podía hacer nada más por ellos. Luego dio breves instrucciones a Ham. El elegante abogado se llevó a Hugo Parks fuera del dirigible y le obligó a mirar los dos cadáveres.

—¿Conoce a cualquiera de los dos? —preguntó.

El hombre de la cabezota palideció todavía más —Se mojó los

labios febrilmente, echando miradas asustadas como si viese nuevos enemigos.

—No… no —tartamudeó. Ham gruñó y se dispuso a hacerle una nueva pregunta. Doc meneó levemente la cabeza y el abogado cerró la boca. Ham estaba seguro de que Hugo Parks mentía. Sabía también que Doc le comprendía igualmente, pero si Doc quería convencer a Parks que se lo creía, Ham no tenía nada que objetar.

El asunto entero era misterioso y descabellado. Sin embargo, tenía cosas serias que atender. Las explicaciones podían esperar.

No cabía duda que Johnny había muerto; pero ni Doc ni sus ayudantes gozarían de la paz de su espíritu hasta cerciorarse de ello y hasta haber hecho cuanto podían.

Hugo Parks se quedó en el dirigible. No se podía poner en duda el terror que le embargaba… era un hombre presa del mayor pánico. Doc y Renny permanecieron también a bordo, mientras Monk y Ham hicieron un rápido viaje a la oficina de Doc.

Cuando regresaron, estaban de excelente humor. Traían a Habeas Corpus y a Química, así como algunos artículos pedidos por Doc. Habeas chillaba de pura satisfacción. Comprendía que se preparaba un viaje, y a pesar de no ser más que un puerco, Habeas tenía un entendimiento asombroso. Química desertó de Ham para colgarse amorosamente del brazo de Monk. El mono sentía gran cariño por el feo químico.

Al dar la medianoche, las grandes puertas del almacén se abrieron automáticamente. El dirigible salió, movido por una maquinaria adecuada. Unos momentos después, se elevaba lentamente sobre el río Hudson.

En la obscura alacena, una muchacha bonita procuraba instalarse lo más cómodamente posible. En sus facciones se leía una decisión férrea.

Los misterios de Matto Grosso y la muerte verde les esperaban, pero ni los ayudantes de Doc ni el propio hombre de bronce traducían en su expresión la importancia de aquel viaje. Todos estaban preocupados por la suerte de Johnny, pero hacia tiempo que se habían dado cuenta que tarde o temprano correrían una aventura de más y que algunos miembros de su grupo leal caerían víctimas de la muerte.

No necesitaron las indicaciones de Hugo Parks durante la

primera etapa del viaje. El dirigible se encaminaba al Sur y Renny estaba al mando. Los demás se entregaron al sueño.

Todos no... pues había una excepción. Durante la noche, la puerta de un camarote se abrió y una figura vaga realizó una excursión por el dirigible, regresando a su punto de partida.

Habeas Corpus estaba resoplando de un lado a otro. En particular se entretuvo cerca de la puerta de una alacena que servía pocas veces; pero ni Monk ni Ham estaban despiertos para fijarse en eso.

Al alba, Doc relevó a Renny, que no tardó en dormirse profundamente. El fornido ingeniero descansaba tranquilamente y seguro que de momento ningún peligro les amenazaba.

Fué entonces cuando vino el ataque inesperado. Dos cazas rápidos, armados de ametralladoras que escupían fuego, cayeron sobre el dirigible.

CAPÍTULO VII

UNA DESERCIÓN

LOS tripulantes de los cazas creían en una victoria rápida. Disparaban balas incendiarias. Sabían que no podían incendiar el helio, pero engendrarían llamas si tocaban madera o se incrustaban en los depósitos de gasolina del dirigible. Y éste viajaba lentamente, comparándolo con la gran velocidad de los aeroplanos.

Los tripulantes de los cazas recibieron entonces su primera sorpresa. El gran cigarro que se hallaba debajo de ellos cabeceó ligeramente. Las balas no penetraron en su casco y se limitaron a resbalar por los costados.

Necesitaron algunos segundos para comprender que el dirigible no era del tipo ordinario, sino que el helio estaba contenido en una envoltura de metal delgada pero extremadamente resistente. Las balas resbalaron en su superficie.

Tan pronto como lo vieron claro, los aeroplanos iniciaron un rápido descenso.

Las balas disparadas directamente, a corta distancia, no podrían rebotar.

Los pilotos tuvieron entonces una nueva sorpresa. El dirigible desapareció. Nada veían en el cielo.

Uno de los pilotos lanzó un terno. Tenía un rostro atrevido, duro, pero que traducía cierta preocupación. Sus órdenes habían sido bien explícitas. El dirigible debía desaparecer. ¡Era preciso detener a Doc Savage!

El piloto lanzó su aparato en un descenso vertiginoso —De pronto un gritó brotó de sus labios, y empujó la palanca de dirección con tal violencia, que durante un momento creyó haber arrancado las alas. Logró evitar un choque con el dirigible.

El piloto había gritado al ver otro aeroplano subir hacia él con la misma rapidez con que bajaba. Los reflejos del piloto eran buenos. Maniobró a tiempo, comprendiendo por qué había perdido de vista el dirigible.

Doc soltó un gas que hizo las veces de espejo, ocultando al dirigible. El ángulo de los rayos del sol se combinaron para ayudar a causar la impresión que no había nada a la vista.

El piloto se enojó. El aeroplano que vio surgir a su encuentro era el reflejo de su propio aparato. Volvió a empuñar la palanca y enderezó su aparato hasta que se puso derecho sobre la cola. Una lluvia de plomo acribilló el viento del dirigible.

Una gran actividad reinaba a bordo de éste. Monk, Ham y Renny se habían levantado tan pronto como oyeron los primeros disparos. Química y Habeas Corpus corrían muy excitados de un lado a otro.

Únicamente Doc, que estaba al mando, carecía conservar la calma.

Todos sabían que el dirigible no tenía la menor probabilidad de escapar a sus atacantes, superando su velocidad. El dirigible estaba dotado de una velocidad más que ordinaria, pero que estaba lejos de igualar la de los cazas.

Sin embargo, los ayudantes de Doc no estaban preocupados. La situación se presentaba mal, pero ellos conocían al hombre de bronce.

Hugo Parks estaba preocupado y sus ojos brillaban de miedo. No hizo esfuerzo alguno por ayudar a los demás a rechazar el ataque. En vez de ello, hizo algo extraño.

El hombrecillo se deslizó por un pasillo, mirando constantemente en torno suyo para asegurarse que no le observaban.

Luego se metió rápidamente en el cuarto de la telegrafía. Una vez allí, sus acciones fueron las de un telegrafista profesional.

Durante un momento estuvo inmóvil delante del aparato, estudiándolo con ojos perspicaces. Luego hizo una señal afirmativa con la cabeza y una sonrisa de satisfacción le ensanchó los labios. Esperaba hallar una instalación moderna, y en efecto lo era.

Se entregó a varias manipulaciones rápidas. La onda que usó era mucho más baja que las usuales, tan baja en realidad, que en condiciones normales habría necesitado un aparato especial para

obtenerla. No sucedió así, pues el aparato de Doc podía ajustarse a casi todas las ondas conocidas… y algunas que no lo eran.

Las lámparas zumbaron suavemente. Hugo Parks miró en torno suyo ansiosamente y volvió a sonreír. No corría peligro de ser interrumpido. Los demás estaban demasiado atareados para darse cuenta que la radio funcionaba.

Se puso un casco y acercó un micrófono. Enchufó, y unas gotas de fino sudor le cubrieron la frente.

—Llamo a S-N —graznó—. Llamo a S-N.

Repitió una y otra vez la llamada.

Fuera, la batalla hacía furor. Monk, Ham y Renny disparaban sus ametralladoras, obligando a sus atacantes a andarse con más cuidado.

El hombre de la cabezota sudada copiosamente y con voz ronca repitió:

—Llamo a S-N.

Se estremeció y lanzó un hondo suspiro. Sus hombros cayeron. Le contestaban.

Hugo Parks habló rápida y extensamente. Su voz era quejumbrosa.

De pronto dio un respingo y sus ojos se dilataron.

—Sí… S-N —susurró— Sí, comprendo… Es horrible… pero haré lo que tenga que hacer. Haré lo que dice…

Se quitó lentamente el casco y volvió a dejar el aparato en la onda original.

Salió tambaleándose. Sus ademanes eran torpes y tenía los ojos vidriosos como si hubiese recibido una sentencia de muerte.

Doc, que estaba al mando del dirigible, emitió su trino. Los ojos del hombre de bronce estaban cerrados a medias. Tenía un pequeño altavoz al lado del oído y había sorprendido la conversación de Hugo Parks.

Volvió a concentrar la atención sobre la lucha.

Las ametralladoras disparadas por los ayudantes de Doc obligaban a los aeroplanos enemigos a acercarse con cuidado, pero era imposible que los tres hombres cubriesen la nave desde todos los ángulos.

Era evidente que los pilotos habían llegado a la conclusión que las balas solas, aun siendo incendiarias, no bastarían para derribar

al dirigible.

Dejaron caer bombas. Subiendo a bastante altura, pero siguiendo el trayecto de su blanco, dejaron caer los mortales proyectiles. Su blanco era relativamente fácil de alcanzar. Merced a una hábil maniobra, Doc logró que las primeras dos bombas cayeran y estallaran en el mar, pero ni la gran habilidad del hombre de bronce legraría evitar finalmente una catástrofe.

Las bombas eran pequeñas, pero poderosas. Se las vela difícilmente a simple vista y caían con tal velocidad, que era difícil evitarlas.

Doc llamó a Renny y le dejó al mando del dirigible.

El hombre de bronce corrió a popa y no tardó en sacar a relucir una especie de viejo trabuco de anchísima boca que tendría quizá dos pies de diámetro. Un gran depósito estaba unido al mismo.

Cuatro bombas de pequeño tamaño caían en aquel momento, siéndole imposible al dirigible esquivarlas todas.

Renny tenía los labios más apretados que nunca. Hizo una señal de asentimiento al hacerle Doc un signo.

Inmediatamente el dirigible se tumbó de lado al manipular Renny varias palancas, combinando el lastre.

El trabuco apuntaba al aire. Doc apretó una palanca y una hoja de llama subió en el cielo. Era una tremenda sábana de fuego que empezaba a doscientos pies del dirigible y se extendía a muchas yardas en todas direcciones.

Hubo cuatro poderosas explosiones al hundirse las bombas en las llamas, y una lluvia de acero cayó, inofensiva.

Doc abrió una llave y la llama se ensanchó hasta cubrir aparentemente todo el cielo, formando una cortina protectora a mucha altura sobre el dirigible.

Fué entonces cuando los pilotos atacantes cometieron el primero y último verdadero error. Creyeron que una bomba por lo menos habría alcanzado el dirigible y que éste había estallado. Bajaron para cerciorarse de ello.

Esperaban ver desvanecerse las llamas y su intensidad les sorprendió. Antes de que pudieran remontarse, se hundieron en la sábana de roja destrucción. Un momento después, caían en barrena, presa de las llamas.

Uno de les pilotos intentó saltar en paracaídas. El paracaídas se

incendió antes de que pudiera abandonar su aparato. El hombre estaba perdido.

Los ojos dorados de Doc tenían una expresión de pesar. Le desagradaba quitarle la vida a un ser humano. No había sido su intención hacerlo y únicamente el instinto salvaje y vengativo de los pilotos tenía la culpa de lo ocurrido. Habían estado demasiado ansiosos de ver la destrucción que creían haber causado. Habrían podido dar media vuelta y huir. No lo hicieron y pagaron su error con la vida.

Al transcurrir las horas, Hugo Parks fué el único en mostrarse nervioso e inquieto. Los demás eran viajeros más experimentados.

Monk y Ham se divertían con Química y Habeas Corpus. Renny estaba casi siempre al mando, mientras Doc pasaba la mayor parte del tiempo en el laboratorio que tenía instalado a bordo.

Sus ayudantes no le molestaban con preguntas. Sabían que cuando el hombre de bronce estuviese dispuesto a darles explicaciones, lo haría, pero no antes. Estaban seguros, por otra parte, que sus trabajos estarían relacionados con la terrible y misteriosa muerte verde.

Se habrían asombrado si le hubiesen podido ver. Doc estaba estudiando y comprobando trozos de uñas humanas. Estas eran delgadas y de aspecto ordinario, con la excepción de que eran verdes. Esas uñas provenían del hombre que cayó momificado en la oficina de Doc.

El reciente ataque de los cazas arrancó escasos comentarios a los ayudantes de Doc. Se daban cuenta de la naturaleza del arma que éste usó. No era otra cosa que un lanzallamas muy desarrollado y que usaba un tipo de gas inflamable que flotaba en el aire y se esparcía rápidamente, produciendo un calor terrorífico.

Gradualmente el paisaje cambió a sus plantas. Volaban sobre tierra y poco después Hugo Parks empezó a pasar la mayoría de su tiempo cerca de Renny y de los mapas que éste tenía delante de los ojos.

Se acercaban rápidamente al Brasil.

Habeas Corpus se sentía indolente. El calor le producía siempre esa impresión. En cambio, Química estaba más animado que nunca. El clima le gustaba y había inventado un nuevo juego. Esperaba que Habeas estuviese durmiendo profundamente, se le acercaba en

silencio, le cogía por una de las largas orejas y le golpeaba la cabeza sobre la cubierta. Con acompañamiento de gritos de enfado, Habeas se levantaba de un salto, bajaba la cabeza y cargaba. Química esperaba que le hubiese alcanzado casi, para dar un salto y colgarse de las cuerdas que subían a la envoltura. Charlando burlonamente, permanecía allí hasta que Habeas renunciara a alcanzarle y se echase nuevamente a dormir.

Ham reía a carcajadas, pero Monk ponía mala cara. Habeas era su favorito y le molestaba verle salir perdiendo en cada encuentro.

—¡Pero si tiene una mentalidad exactamente igual a la tuya! —le aseguró Ham.

Y el elegante abogado sonrió de un modo insultante.

—Por lo menos, Química tiene el sentido del humor, lo cual no puede decirse de alguien que se le parece —siguió criticando.

La lucha verbal continuó, sin que ninguno de ellos previera el resultado que daría el juego de Química.

Hugo Parks pasó a su lado. No le hicieron caso, pues estaban acostumbrados a ver al hombrecito de la cabezota ir de un lado a otro en el dirigible. Habeas se despertó de pronto, gruñó y le siguió.

—¡No parece sino que has perdido el cariño de tu favorito! —se chanceó Ham. Monk se limitó a hacer una mueca feroz. Hugo Parks no hizo caso del marrano y se deslizó por el corredor hasta llegar a la puerta de una pequeña alacena. Después de mirar cuidadosamente en torno suyo, abrió la puerta e introdujo la cabeza en el interior.

—¡Esta noche! —dijo rápidamente—. No podemos esperar más.

Entregó un paquetito a la muchacha. —¡Ya sabe qué es lo que hay que hacer! Cerró la puerta y se alejó. Habeas permaneció largo rato sin moverse de allí.

Al caer el crepúsculo, Monk se acercó a la pequeña galería. Ham decía que era por ser químico y saber preparar mezclas complicadas en el laboratorio, pero la cuestión era que Monk era capaz de preparar comidas excelentes.

Disfrutaba sobre todo preparando el café y no permitía que nadie le ayudara a hacerlo, aunque Hugo Parks le hacía las veces de camarero.

Poco después que Monk empezó a preparar la comida, Doc fué al cuarto de la radio. Hugo Parks se fijó en ello, su rostro adquirió

una expresión de temor y se deslizó por el pasillo detrás del hombre de bronce.

Oyó la voz de Doc, pero no distinguió sus palabras. Sus ojos eran ansiosos, su rostro demudado. Consultó el reloj y volvió la mirada nerviosamente en dirección a la puerta de la alacena.

Un momento después, Hugo Parks llamó a Monk:

—Se ve una luz extraña —dijo—. Quizá se trate de un nuevo ataque.

Ocultando su nerviosismo, parecía excitado.

Monk dejó la cocina, rezongando y junto con Parks, fué a examinar el cielo. El hombrecillo no cesaba de charlar, Monk le interrumpió, disgustado. No se veía nada y finalmente decidieron que había sido una falsa alarma. Poco después se sirvió la comida.

Monk sirvió el café, en persona, pues no dejaba este cuidado a nadie, pero consintió en que Parks llevara una taza a Renny, que estaba al mando.

Los ojos de Doc no traicionaban emoción alguna y sus facciones estaban exentas de expresión.

Ham hizo una mueca al tomar el primer sorbo de café.

—¿Haces algún experimento de química en vez de café? —inquirió sardónicamente.

Monk cambió de color. No podía sufrir que se criticara su café. Agarró su taza y la apuró de un sorbo.

—Es excelente —empezó a decir; pero de pronto hizo una mueca—. ¿Qué demonio? —exclamó.

—Creo que está bueno, Monk —dijo Doc, apurando su taza.

Una expresión de sueño se pintaba en las facciones de Ham, y cerró los ojos. Monk hizo un esfuerzo desesperado por ponerse de pie. Estaba lívido.

—¡Narcotizados! —exclamó.

Intentó volverse contra Hugo Parks, pero el hombrecillo se escabulló.

Doc parpadeó, se levantó y dio dos pasos. Lentamente sus rodillas se doblaron bajo su peso y cayó al suelo.

Se oyó un porrazo al desplomarse Renny, cuyas manos soltaron los mandos.

Una sonrisa malévola se dibujó en los labios de Hugo Parks. Rápidamente corrió al laboratorio y cogió varias latas marcadas:

«Gasolina… altas pruebas».

Derramó el líquido por el camarote principal y sobre las ropas de Doc y de sus ayudantes. Habeas y Química miraban con asombro, olisqueando con desconfianza.

Luego, Parks colocó una vela de manera que en pocos minutos ardiese e inflamara la gasolina. Corrió a la alacena y abrió la puerta.

—¡Salga! ¡Todo ha ido a pedir de boca! —exclamó.

Gloria Delpane salió. Estaba algo pálida, pues el calor era excesivo en la alacena. Estuvo a punto de hablar, pero Parks no la dejó. La cogió de la mano y la hizo seguir rápidamente.

Una trampa se abrió en el fondo del camarote principal. Había allí un aeroplano anclado, hábilmente rodeado de mamparos que le protegían contra el viento y dispuestos de manera que no entorpecieran la velocidad del dirigible.

Parks empujó a la muchacha al interior del aeroplano y se sentó al mando. El motor rugió. Parks esperó el tiempo justo para que se calentara, alargó la mano hasta una palanca y le dio un fuerte tirón. El aeroplano se soltó, cayó un momento y se enderezó al girar la hélice.

El aeroplano se alejó rápidamente del dirigible. Las llamas brotaron detrás de ellos. El dirigible parecía una bola de fuego. Parks hizo una mueca de satisfacción al caer la bola de llamas hacia el terreno árido de abajo.

—Los viejos métodos son preferibles y más seguros que los adelantos científicos —se dijo—. Cuatro gotas de narcótico en el café y unos cuantos bidones de gasolina han dado resultado. Doc Savage no existe ya.

Su sonrisa se ensanchó y su rostro adquirió una expresión satánica.

—¡Ahora la muerte verde puede verdaderamente dar resultados! —dijo con júbilo.

CAPÍTULO VIII

PISTA FALSA

HUGO Parks consultó la brújula y cambió el rumbo del aeroplano. La dirección que tomó lo llevaría a un punto distante del de destino del aeroplano.

El hombre de la cabezota instaló un piloto mecánico y empezó a investigar el cuadro de instrumentos. Gruñó de satisfacción al descubrir una radio, cosa que había esperado. Una vez más, cambió la onda y obtuvo contestación casi en el acto.

—¡Ya está! —dijo con satisfacción íntima—. Doc Savage ha pasado a la Historia Estaré a su lado al alba.

Desenchufó la radio. No era siempre cuerdo sostener esas conversaciones. Había poca probabilidad de que nadie las escuchara; pero por si acaso, no era prudente permitir que alguien localizara el sitio de donde provenían.

A miles de millas de distancia, otro hombre cerró también su emisora, con igual satisfacción. Era un hombre alto y bien plantado, de cabello negro y brillante, muy pegado a la cabeza. Su traje habría hecho la admiración de cualquiera, aun del elegante Ham.

Se hallaba en el corazón de la manigua. El aire era húmedo y caluroso, pero el elegante sujeto no parecía darse cuenta de ello. Un gran ventilador eléctrico le refrescaba hasta cierto punto. Los ventiladores eléctricos son raros en la manigua, ni aun en las caravanas más lujosamente equipadas.

Pero Sleek Norton no tenía el aspecto de un explorador usual. Bebió un sorbo de una bebida helada y cerró los ojos, dejando vagar por sus labios una sonrisa de satisfacción. Doc Savage estaba muerto. Muy bien. Y con aquella muerte verde...

Su sonrisa se ensanchó. Desde luego, no tenía nada que temer en

ningún caso, se repitió, pero no dejaba de alegrarse que el hombre de bronce estuviese fuera de su camino.

Si Sleek Norton o Hugo Parks hubiesen poseído un buen tipo de aparato de televisión, habrían sufrido una sorpresa. Para ser un muerto, Doc Savage estaba extraordinariamente activo.

El hombre de bronce no perdió un solo momento el conocimiento. Fingió beber el café narcotizado, pero se levantó tan pronto como Hugo Parks abandonó el dirigible.

La enorme bola de fuego que el cabezota había visto no era otra cosa que una nube de gas ardiente proyectada por el lanza llamas. Con todas las luces apagadas a bordo del dirigible, Hugo Parks fué engañado con toda facilidad.

Doc Savage no paró mientes en la vela que ardía en el suelo. Se apresuró a reanimar a sus ayudantes. Habían ingerido un vulgar narcótico, y el tratamiento usual en semejantes casos es limpiar el estómago.

El hombre de bronce fué al laboratorio y mezcló unos líquidos incoloros. El resultado despedía un olor penetrante y poderoso. Lo sostuvo bajo la nariz de Renny.

El cuerpo del ingeniero se estremeció como si se le hubiese aplicado una descarga eléctrica. Abrió los ojos y se levantó, abriendo y cerrando, los puños.

—¿Dónde está? ¿Dónde están? —gritó.— ¿Quién me ha pegado en la cabeza con una porra?

Doc no contestó. Se acercó a Monk y a Ham y el líquido incoloro obró los mismos efectos sobre ellos.

El narcótico vulgar usado por Parks embotaba el cerebro, introduciéndole en la sangre por el estómago. Doc usó un poderoso contrairritante que vertía oxígeno en el organismo y sacudía de tal modo los vasos sanguíneos que alimentaban el cerebro, que lo limpiaban de veneno casi instantáneamente.

—¡Maldito envenenador! —gritó Ham—. ¿Han intentado matarnos con ese café?

—No fué el café, picapleitos —gimió Monk—. Debiste hacer un discurso. Es imposible que otra cosa me haya hecho dormir tan rápidamente.

Ham resopló; luego se fijó en la vela que ardía y notó el olor de la gasolina, la llama de la vela estaba a punto de tocar el líquido.

Lanzó un chillido de sorpresa y se abalanzó sobre la vela, apagándola con los dedos.

—Era innecesario —dijo tranquilamente Doc.

—Pero el gas... —empezó a decir Ham. Calló y cambió de color. No quería dar a entender, ni aun indirectamente, que creía a Doc capaz de haber despreciado un peligro posible.

—No es gasolina —explicó el hombre de bronce—. Si Parks no hubiese llevado tanta prisa, habría descubierto que no era más que agua con una materia inofensiva que le daba el olor de la gasolina.

—¡Parks! ¿El ha hecho eso? —exclamó Monk—. ¡Maldición, sospechaba de él!

Se levantó de un salto, meneando los largos brazos y haciendo una mueca feroz.

—¿Dónde está? ¡Dejadme que lo agarre por mi cuenta!...

—Se ha ido en el aeroplano... con la muchacha —dijo tranquilamente Doc.

—¿La muchacha?

Monk se puso como la púrpura. A él incumbía la tarea de registrar el dirigible en busca de polizones. Descuidado, no lo había hecho.

Salió corriendo del cuarto. Habeas Corpus correteaba por el pasadizo. Cuando vio a Monk, gruñó y se alejó trotando. Monk vaciló y acabó por seguirle.

Habeas se paró delante de una puerta abierta, la de la alacena.

—¡Hasta Habeas ha tenido el sentido común de comprender que había alguien escondido a bordo! —declaró Ham, olvidando que tampoco él se había dado cuenta.

Monk no contestó. Alumbraba el interior de la alacena. Un momento después lanzó un grito de alegría y se aparto.

En la mano sostenía la camisa robada al cadáver en la oficina de Doc.

La explicación de Doc fué breve y concisa. Contó a sus ayudantes que había sorprendido la conversación por radio.

—Pero en realidad, ¿de qué se trata? —preguntó Ham.

El hombre de bronce meneó la cabeza. —Eso no lo han dicho durante la conversación— contestó —. Le dijeron a Parks que nos pusiera sobre una pista falsa y escapara si era posible.

—¡Y le hemos dejado ir! —gimió Renny.— Desde luego, o de

otro modo habríamos sido llevados hacia un destino muy distinto —dijo el hombre de bronce.

—¿Y la muchacha? ¿Y cómo sabremos adonde hemos de ir? —intercaló Monk.

—No supe lo de la muchacha hasta que era demasiado tarde para intervenir sin echar a perder nuestros planes —explicó Doc—. Era necesario dejar que Parks creyera que escapaba en realidad para que fuera al sitio que nos interesa conocer.

—¿Podemos seguirle? —preguntó Ham.

Doc no contestó con palabras, pero abrió la marcha hacia el camarote de los mandos. Al lado del volante había una caja que se parecía a una brújula, pero cuya aguja no marcaba el Norte, sino que estaba vuelta hacia el Suroeste.

—El aeroplano descarga constantemente pulsaciones de radio —dijo Doc—. Esta aguja recoge las ondas y señala la dirección que sigue.

Una ancha sonrisa —partió los labios severos de Renny.— ¡Rayos y truenos! —exclamó—. Así lo único que hemos de hacer, pues, es seguir el camino que nos señalan.

—Y Parks ignorará que le seguimos —dijo Monk alegremente—. ¡Esperad que le ponga la mano encima! ¡Le enseñaré a echar a perder un excelente café!

Doc Savage no dijo nada. Tomó la camisa hallada en la alacena y volvió a su laboratorio.

La camisa olía débilmente, pero si había contenido un veneno o cualquier otro agente de muerte, aquel veneno había sido quitado.

Sobre el corazón, la tela estaba partida. Era posible que hubiese habido algo oculto allí; pero fuese lo que fuese, lo habían quitado.

El hombre de bronce usó un instrumento similar al que hizo funcionar en su oficina de Nueva York. El instrumento chupaba el aire, incluyendo el que despedía el débil olor de que estaba impregnada la camisa.

Cuando obtuvo un tubo lleno de aire, Doc empezó a analizarlo. Algo más tarde completó su labor. Tenía delante de los ojos un papel lleno de fórmulas químicas y preparó una redoma que llenó de un líquido rojizo.

Fué entonces cuando el altavoz del cuarto de radio empezó a gritar.

—¡Nueva York llama a Doc Savage! ¡Nueva York llama a Doc Savage!

Hugo Parks no estaba escuchando la radio a bordo del aeroplano, aunque era dudoso que hubiese oído la llamada, pese a que llevaba los auriculares puestos. El aparato receptor del aeroplano era bueno, pero su alcance muy distinto del de la instalación del dirigible.

El hombre de la cabezota vigilaba el paisaje a sus pies. La luz de la luna le ayudaba. Cuando divisó un río, pareció aliviado y se dispuso a seguir su curso. Era el Río de la Muerte.

El país que le circundaba era salvaje. Estaba plantado de árboles y espesos matorrales. Los claros eran pocos y alejados unos de otros. A veces, un animal asustado miraba el aire, contemplando aquel objeto dotado de alas que rugía sobre su cabeza. Algunos de esos animales eran fieras temibles.

Parks siguió al mando durante toda la noche, mientras la muchacha dormía. Cuando despertó, se puso el aparato que le permitía hablar con el piloto.

Tenía los ojos extraviados y el rostro demudado. Era mucho lo que había soportado durante los últimos días.

—¿Llegamos ya? —preguntó.

—Todavía falta una hora —le contestó Parks—. Entonces hallará lo que desea hallar.

Durante un momento los ojos de Gloria Delpane brillaron y, a pesar de su cansancio, pareció hermosa.

—¿Acaso era… era absolutamente necesario matar a Doc Savage y a sus hombres? —preguntó.

—Eran nuestros enemigos. Era preciso hacerlo —le aseguró Parks.

—He oído decir que eran muy listos. ¿No podrían seguir vivos?

La voz de la muchacha tenía un dejo de esperanza.

—No es fácil —dijo Hugo Parks.

Pero arrugó el ceño. Sabido era que Doc Savage era hombre de recursos, y ahora que recordaba lo ocurrido, le hacía la impresión que su huida y la aparente destrucción del dirigible habían sido demasiado fáciles.

Su mente trabajó rápidamente. Intentó ponerse en el sitio de Doc Savage. Si el hombre de bronce había sospechado que las cosas no

eran lo que debían ser, le habría permitido escapar. En tal caso, Doc Savage tenía, sin duda, la oportunidad de seguir la pista del aeroplano.

Hugo Parks juró con fuerza. Eso era y mientras volaba le era imposible registrar el aeroplano con el fin de hallar algún aparato oculto, capaz de señalar su posición.

Una sonrisa malévola iluminó las facciones del cabezota. Doc Savage era listo, pero era evidente que no había evaluado a «Sesos» adecuadamente. Hugo Parks rió bajito.

Otros individuos abrigaban dudas respecto al trágico fin de Doc, aproximadamente al mismo tiempo. Confortablemente instalado y protegido contra los insectos por un mosquitero. Sleek Norton fué despertado por un telegrafista.

—Le he dejado dormir tanto como ha sido posible, jefe —dijo el hombre con tono de excusa— Pero ya sabe usted que Parks dijo que Doc Savage y su dirigible habían sido destruidos...

—Sí —contestó Norton con tono desabrido, pues el ser despertado a esa temprana hora no mejoraba su humor. El telegrafista tartamudeó.— ¡No... no creo que esté muerto, jefe! He oído a Nueva York llamar al demonio de bronce durante la noche. Al principio creí que no habría contestación, pero después de un rato la obtuvieron. Alguien llamaba en código y tan aprisa que únicamente un receptor mecánico podía recogerlo. No he podido recoger más que una o dos palabras.

La cara de Sleek Norton se contrajo airadamente.

—¡Vamos, habla de una vez! ¿Qué crees haber oído?

—Pues bien: recogí dos palabras... muerte verde —tartamudeó el otro—. Y la firma me pareció ser Clark Savage Junior.

Sleek Norton juró prolijamente, pero gradualmente cambió de humor y sonrió.

—Si, amigo —dijo—. No es tuya la culpa. De todos modos, ese majadero de bronce no sabe dónde estamos y no lo sabrá si «Sesos» sabe hacer su trabajo.

Hugo Parks estaba dando muestras de ello. Siguiendo sus instrucciones, Gloria Delpane se puso un paracaídas. Estaba pálida, pero tenía los labios contraídos con dureza y decisión.

El cabezota se puso otro paracaídas y a cinco millas de un claro, enchufó el piloto automático del aeroplano.

Al pasar el aparato sobre el claro, le dio a la muchacha la orden de saltar. Así lo hizo ella y Parks la siguió un momento después.

El aeroplano siguió surcando el cielo, rugiendo sus motores con intensidad. La altitud a que iba era considerable y tenía bastante gasolina a bordo para viajar otro millar de millas antes de que sus motores se parasen y cayese.

—¡Que Doc Savage lo siga si quiere! —rió Hugo Parks—. ¡No nos encontrará nunca aquí!

CAPÍTULO IX

UN MENSAJE DE LOS MUERTOS

EL dirigible viajaba también sobre la manigua, pero a muchas millas de distancia y a velocidad mucho menor que la del aeroplano robado por Parks.

Un observador ordinario no se habría dado cuenta que estaba en el cielo. Lo único que se veía era una nube. Esta se movía en el aire a velocidad sorprendente por tratarse de una nube. Se trataba de un invento de Doc. Contenía algo de humedad, la suficiente para darle peso, y estaba electrificada. La electricidad que contenía la mantenía cerca del casco de metal de la nave aérea.

Uno u otro de los ayudantes de Doc se hallaba siempre en los mandos. El gran dirigible seguía una dirección fija, marcada por la brújula.

Doc estaba mirando por otro instrumento, construido en el fondo del dirigible y que echaba rayos ultravioletas. Esos rayos atravesaban la nube artificial y daban una vista clara de la manigua, a sus pies. El hombre de bronce mostraba interés por lo que veía, pues la manigua valía la pena de ser inspeccionada.

Parecía imposible que unos hombres pudieran haberla penetrado a pie. Se extendía durante millas y millas, tan densa que un grupo de hombres a pie se vería, sin duda, obligado a abrirse camino palmo a palmo.

De cuando en cuando, se veían unos montones de piedra cubiertos de enredaderas y matorrales. Era cuanto quedaba de ciudades olvidadas. El país tenía, sin duda, interés excepcional para un arqueólogo en busca de reliquias de tiempos pasados.

Monk y Ham pagaron silencioso tributo a los que tenían el valor de desafiar aquel país a pie y con canoas. Fieras peligrosas,

serpientes y plantas venenosas llenaban la manigua. Los ríos también eran peligrosísimos.

Las hélices del dirigible eran mudas. El aire que desplazaban y tiraban detrás de ellas era recogido y distribuido de manera que el ruido que hacían no era mucho mayor que el de un ventilador. A la altura a que viajaban, el sonido no podía oírse desde tierra.

Hacía horas que no habían visto habitaciones humanas y, sin embargo, sabían que había hombres en la manigua. Los exploradores que penetraron en el Infierno Verde y tuvieron la suerte de regresar, escribieron extensamente sobre las tribus que habían hallado.

Sin excepción, decían que los indígenas eran sanguinarios y poco dignos de confianza. Algunos miembros de esos grupos de exploradores habían sido asesinados a traición, otros se vieron obligados a luchar para escapar, batallando días enteros antes de verse a salvo.

La manigua en sí era un enemigo fiero. Si se le añadían sus habitantes de obscura piel, no era adversario que se pudiera atacar sin muchas armas y abundantes provisiones.

Los ayudantes de Doc no se preocupaban. El dirigible les llevaba en una hora a una distancia que hubieran necesitado días para cubrir a pie y aun en el caso de que, debido a una desgracia, perdiesen el dirigible, tenían confianza en que Doc les sacaría de apuros de una manera u otra.

Lo único que les tenía inquietos era el pensamiento de Johnny. Ahora que se acercaban a su meta, su ansiedad iba en aumento. Ninguno de ellos quería pensar en lo que iban a encontrar.

Doc se volvió de pronto, abandonando su inspección del país. Se acercaban a un gran claro.

—Parad los motores —dijo secamente—. Hemos llegado a nuestro destino.

Renny se quedó boquiabierto. Sin hablar, señaló el indicador de radio. La aguja seguía marcando en línea recta, sin vacilar para nada.

Doc no cambió de expresión. En cambio, señaló lo que parecía un reloj que sostenía en la mano. El reloj era del mismo género que el indicador de radio, pero mucho más pequeño. No tenía más que una aguja pequeñita que oscilaba furiosamente.

—Nuestro amigo Hugo Parks ha creído engañarnos —dijo el hombre de bronce.

—Pero ¿cómo? —tartamudeó Renny.

—Había indicadores en los paracaídas del aeroplano —dijo tranquilamente Doc—. Esos indicadores eran de un tipo distinto. Esta esfera nos demuestra que los paracaídas están debajo de nosotros. Parks y la muchacha han saltado, sin duda, del aeroplano en este sitio.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Ham. Se había preguntado si Parks no intentaba engañarles y aguardó acertadamente a que Doc descubriera una tentativa para lanzarles sobre una pista falsa.

Monk iba de un lado a otro, muy excitado.

—¿Qué demonios esperamos? —chilló—. Vamos. ¡Hemos de hallar a Johnny!

—Sería preferible bajar cuando sea de noche. Podemos hacer mucho más si se ignora nuestra presencia —dijo Doc.

Monk bajó la cabeza. Fuerza le era reconocer, que Doc acertaba siempre mejor que él y que tenía razón en la presente ocasión como en muchas otras. Por muchos deseos que tuviera de enfrentarse con los peligros que le amenazaban, dominó, pues, con dificultad su impaciencia.

—Hemos de hacer preparativos —le recordó Doc.

Esos preparativos contribuyeron a hacer pasar el tiempo. De un pequeño almacén situado en el envoltorio del dirigible sacaron las diversas piezas de un autogiro.

Doc y sus ayudantes montaron rápidamente el aparato. No era de grandes dimensiones, pero sí capaz de llevar a tres hombres, aunque no a gran distancia. Y era un verdadero autogiro… uno de los pocos que existen en el mundo. Subía y bajaba verticalmente y la enorme hélice tenía bastante fuerza para sostener el aparato inmóvil en el aire.

Para un país salvaje como el que intentaban explorar, resultaría sumamente valioso, pues necesitaba muy poco espacio para aterrizar o despegar.

El dirigible flotaba con facilidad, sin avanzar; y una sola hélice funcionaba a intervalos para sostenerlo; de otro modo, sus motores estaban silenciosos.

El hombre de bronce y sus ayudantes ignoraban que la nube que

ocultaba el dirigible atraía la atención; pero ignoraban también que Sleek Norton se había enterado de que vivían todavía.

Sleek Norton sonrió cuando le llamaron la atención sobre la nube. Era lo único que se veía en el cielo. Más avanzado el día, habría otras, pero eso seria cuando los chubascos usuales caerían como siempre, por la tarde.

Norton envió mensajeros desde su escondrijo para ir al encuentro del grupo que servía de guía a Hugo Parks y a la muchacha.

Más tarde todavía, otro grupo dejó el campamento. Iba bajo el mando de un blanco que recibió instrucciones concretas de Sleek Norton. El hombre rió entre dientes al recibir esas instrucciones. Sleek Norton era, sin duda alguna, un jefe muy inteligente.

A continuación, Norton en persona se puso a la tarea y se hicieron grandes preparativos de armas.

Ignorantes de la recepción que les preparaban, Monk, Ham y Renny estaban muy seriamente ocupados.

Estaban de acuerdo en que alguien tenía que quedarse en el dirigible. Además, el autogiro no podía llevar más de tres personas y nadie quería perder tiempo haciendo un segundo viaje.

Dejaron que la suerte decidiera entre ellos y se pusieron de acuerdo para que el que tuviera «cara», mientras sus compañeros sacasen ambos «cruz», o viceversa, se quedara de guardia. Con habilidad extraordinaria o conocimiento de cómo los demás reaccionarían, probablemente los tres hacían saltar sus monedas como si supiesen qué lado iba a quedar a la vista. Varias veces los tres sacaron «cara» o «cruz».

Renny acabó por disgustarse y tiró su moneda al espacio.

—¡Vosotros os entendéis demasiado bien! —declaró severamente — Me quedaré yo y que no se hable más del asunto.

—¿No querrás decir que nos hacemos signos, Renny? —preguntó Monk, con acento inocente.

—Tal vez no le llamáis signos —dijo amargamente Renny—. Pero es extraño que cada vez que bajabas el párpado izquierdo, tú y Ham teníais «cruz», y cuando movíais el párpado derecho, ambos teníais «cara».

Se decidió que Química y Habeas Corpus se quedarían a bordo con Renny. Ni Monk ni Ham gustaban de este arreglo, pero

convinieron en que regresarían en busca de sus favoritos más tarde, si les era necesaria su ayuda.

Química estaba jugando, molestando como siempre a Habeas Corpus, y aunque el marrano había sido víctima centenares de veces de sus travesuras, no dejaba nunca de levantarse y perseguir en vano al mono.

Monk y Ham tomaron sus pistolas misericordiosas. Su primer viaje sería de exploración, pero ignoraban delante de qué se hallarían.

Doc pasó unos veinte minutos en su laboratorio y llenó de aparatos el espacio del botiquín para casos de urgencia que llevaba ceñido al cuerpo.

La manigua ocultaba bien sus secretos y muchas cosas podían ocurrir en su seno.

Doc tomó el mando al ser bajado el autogiro por la abertura practicada en el fondo del dirigible, al llegar el crepúsculo. Era la misma abertura usada por Parks para escapar en el aeroplano robado.

El dirigible flotaba a gran altura. Cuando el autogiro quedó suelto, cayó en línea recta por espacio de varios centenares de pies antes de que la gran hélice funcionara, así como el motor. A continuación, su velocidad aminoró paulatinamente.

Doc había retratado en su cerebro el terreno que se extendía a sus pies. Bastante lejos, al Oeste, había acantilados. La manigua les había ocultado tan eficazmente que no había sido posible verlos claramente desde arriba. Habría sido posible acercárseles, pero el hombre de bronce no hizo esfuerzo alguno por lograrlo.

El autogiro aterrizó fácilmente.

El hombre de bronce se puso unos lentes especiales y empuñó una lámpara eléctrica.

Esta no lanzó el haz de luz blanca que era de esperar, pues se trataba de un rayo especial y, a través de sus lentes, el hombre de bronce veía perfectamente, sin que la luz delatara su presencia en caso de que alguien le vigilara.

Escudriñó el suelo con atención y las huellas que vio resultaron clarísimas para su cerebro acostumbrado a las deducciones. Vió el lugar donde Parks y la muchacha se habían reunido con un grupo numeroso. Las huellas de zapatos le dieron a entender que había

dos hombres blancos en el grupo.

No tardó en descubrir con el rayo especial los paracaídas abandonados y su trino resonó en el aire.

Monk y Ham se abalanzaron sobre él. Doc recogió una nota sujeta a uno de los paracaídas y la leyó en voz alta:

«Querido Doc: Comprendo tus maquinaciones mentales lo suficiente para saber que buscarás la explicación de mi suerte. ¡Yo soy un hombre que ha estado muerto y morirá nuevamente! ¡Ve! No puedes ayudarme. No intentes comprender. No puedes comprender. —Johnny.»

—¿Qué significa esto? —exclamó Ham.

Doc no contestó. Parecía enfrascado en sus pensamientos. Se sacó un pequeño lente del bolsillo y espolvoreó el papel con un polvo finísimo. A continuación, lo estudió a través del lente.

—Aquí hay huellas digitales. Son las huellas de Johnny —dijo lentamente—. Pero una voz ruda le interrumpió, aunque en la obscuridad era difícil decir de qué dirección llegaba.

—Doc Savage… eres un hombre valiente, pero óyeme. Abandona este país y no vuelvas jamás. Si no me haces caso, no saldrás nunca.

Monk exclamó con firmeza:

—¡Vamos, a ellos!

Doc alargó la mano, conteniéndole.

—Espera —dijo.

Ham hizo caso omiso de la exclamación de Monk y dijo:

—Ibas a decir otra cosa, Doc… algo relativo a las huellas de Johnny. ¿Qué era?

—Esas huellas… —dijo Doc— no eran las de un hombre vivo.

CAPÍTULO X

UNA DESGRACIA

LAS palabras de Doc tuvieron el efecto de un golpe tremendo. Ni Monk ni Ham dudaron un momento de la veracidad de la declaración del hombre de bronce y comprendieron cómo Doc había llegado a esa conclusión.

Las huellas dejadas por una persona viva dan siempre señales de transpiración, cosa doblemente de esperar en la manigua, cerca del Ecuador. En cambio, las huellas dejadas por la mano de Johnny no revelaban la menor señal de humedad.

Olvidaron de momento la amenaza de la voz que les había aconsejado huir, pero no tardaron en volver a la realidad.

—¡Doc Savage! Has tenido tiempo de pensarlo —dijo la voz ruda —. ¡Ve!

Una especie de gruñido sordo escapó de labios de Monk. Los ojillos del químico estaban inyectados de sangre. No era la primera vez que se parecía de un modo sorprendente al mono macho que Ham le acusaba ser. Sus largos brazos daban molinetes inconscientes.

Ham se apartó a un lado. El elegante abogado tenía los nervios en tensión. No cabía duda de que Johnny estaba muerto. Todo llevaba a esta conclusión, pero la nota era sumamente misteriosa y casi parecía un verdadero mensaje de un muerto. Semejante cosa no era probable y Ham deseaba investigar el asunto.

Se oyó un silbido y una luz brilló. Sus enemigos ocultos habían disparado una pistola Very. El claro entero estaba alumbrado como de día.

Doc y sus ayudantes resultaban unos blancos fáciles. Sin vacilar, Monk y Ham se dejaron caer de bruces.

El hombre de bronce fué el único que no se movió. Esperaba que sus enemigos obraran como lo hacían. Era lógico que así lo hicieran. A salvo en sus escondrijos de la manigua, podían acribillar a sus indefensas víctimas con las balas de sus ametralladoras sin correr el menor peligro.

De haberse hallado solo, Doc habría quizá intentado eludir las balas que sin duda vendrían si desobedecían la orden de huir, y habría buscado refugio, bajo los enormes árboles y entre los matorrales que abundaban a su alrededor.

Pero Monk y Ham le acompañaban. Les seria imposible a los tres ponerse a salvo. Uno u otro sería derribado. Era cierto que todos llevaban una cota de malla debajo de la ropa, pero la habilidad con que estuvo preparada la emboscada, indicaba que se las tenían con un adversario temible. Las ametralladoras les apuntarían, sin duda, a la cabeza.

—No nos queda más remedio que irnos —dijo Doc.

Hablaba más alto que de costumbre y su voz llegó fácilmente hasta los hombres ocultos en la manigua.

Monk gruñó fieramente. Le encendía el deseo de luchar, de poner las manos sobre los que se oponían a su paso, de desahogar su rabia por la muerte de Johnny sobre esos hombres que se les enfrentaban, poniendo trabas a sus pesquisas. Fué una de las raras veces en su vida en que Monk sintió deseos de desobedecer al hombre de bronce.

Se paró, sin embargo. Doc hablaba nuevamente, pero esta vez su voz era tan baja y contenida que Monk y Ham fueron los únicos en oír lo que decía. De todos modos, los hombres escondidos en la manigua no podían entenderlo, pues Doc usaba el antiguo idioma de los mayas.

—¿Podremos irnos sin ser molestados? —preguntó Doc en voz alta.

Una risa dura salió de la manigua. —Sube a tu aparato y márchate: no dispararemos un solo tiro— prometió.

El acento del que hablaba indicaba que preparaba alguna broma, secreta para todos menos para él.

Doc no pareció fijarse en ello. Se encaminó al autogiro, y subió al mismo. Monk y Ham le siguieron a regañadientes. La enorme hélice del autogiro empezó a dar vueltas con rapidez siempre

creciente. El aparato se elevó lenta y verticalmente. Por encima del ruido de la hélice se oyó un grito de mujer, agudo y lleno de terror. —¡Cuidado, Doc Savage! Piensan... Calló como si una mano se hubiese puesto sobre su boca.

Doc tocó la palanca. Una gran hélice situada en la parte anterior del giro empezó a funcionar. El aparato dio materialmente un salto a un lado. Se hallaba tan sólo a una veintena de pies del suelo.

Al mismo tiempo se oyó una explosión terrible. Los árboles y arbustos saltaron por el aire. El suelo quedó removido a varios metros de distancia, como por la explosión de un obús al saltar las cargas enterradas en aquel lugar. Nuevas luces Very explotaron en el aire. No se veía el autogiro en ninguna parte.

El primer cohete luminoso atrajo la atención de Renny. El ingeniero estaba tendido de bruces con los ojos fijos en el telescopio de a bordo.

La nube artificial no era lo único que ocultaba al dirigible en la actualidad. También había verdaderas nubes, blancas y blandas que el telescopio especial de Doc atravesaba sin dificultad.

Renny lanzó un gruñido al ver el autogiro y las figuras de sus tres amigos en el campo, a sus pies. Se dio cuenta que ellos no habían disparado el cohete y que, en consecuencia, se hallaban en un mal paso.

Se levantó, se puso un paracaídas y se acercó a la barandilla, sintiendo la tentación de saltar.

Enseguida meneó la cabeza. Sus órdenes eran explícitas. Tenía que permanecer a bordo del dirigible, ocurriese lo que ocurriese. Sin la enorme nave aérea, la salida del distrito del Infierno Verde resultaría más que difícil, imposible.

Volvía a mirar por el telescopio cuando ocurrió la explosión. A pesar de su altitud, el dirigible se meció fuertemente.

Tal vez fué por eso por lo que Renny no oyó débiles sonidos que provenían de arriba. Estaba demasiado preocupado por descubrir la suerte que habían corrido Doc y sus ayudantes.

Monk y Ham se preguntaron un momento qué era lo que había ocurrido, aunque Doc les había avisado de lo que tenían que esperar.

La explosión pareció ocurrir en su propia cara. Estuvieron un momento sin comprender que había habido varias explosiones

distintas. Una de ellas era la de un cohete. Doc lo encendió un segundo antes de la tentativa hecha para matarles.

El autogiro voló sobre el claro con la velocidad de un rayo, rozando las copas de los árboles y desapareciendo cuando las luces de Very se encendieron.

Doc había descubierto huellas del explosivo oculto, dándose cuenta de lo que ocurría y avisó a sus ayudantes en maya. Aun así, la rapidez con que todo ello ocurrió les dejó aturdidos.

—Toma el mando —dijo Doc a Monk. El químico tragó saliva y obedeció.— Volved al dirigible y que no os vean por ahora —siguió diciendo Doc—. Os haré señales cuando desee vuestro regreso.

Antes de que Monk y Ham pudiesen replicar, el hombre de bronce abandonó el autogiro. Lo había mantenido casi inmóvil sobre un enorme árbol. Su cuerpo cayó en aquel árbol sin hacer el menor ruido y desapareció.

—¡Maldición! —protestó Monk— Ahora que la cosa empezaba a ser divertida, tenemos que irnos.

—Doc tiene razón —dijo sobriamente Ham—. No podemos aterrizar donde estábamos antes sin ser vistos y es preferible que nos crean muertos o que nos hemos escapado.

Monk murmuró para si. Dejó que el autogiro subiera unos cuantos pies y describió un lento circuito, buscando en vano otro sitio adecuado para posarse; pero tuvo cuidado de mantenerse a distancia del alcance de las luces Very.

Tardó unos diez minutos en obedecer las instrucciones de Doc. Más tarde, sintió haberlo hecho.

Otros ruidos siguieron el leve choque en la parte superior del dirigible, pero Renny estaba demasiado enfrascado en lo que ocurría a sus pies para oírlos.

Química se levantó y dio unas vueltas olfateando, llegando a refregarse contra el ingeniero que lo rechazó.

La parte superior del dirigible tenía el mismo aspecto que si un enjambre de abejas hubiese aterrizado de pronto sobre ella. Se veía una veintena de objetos obscuros. Unas escalas de cuerda fueron sujetadas al caminillo de ronda que coronaba la nave aérea y cayeron a su lado. Varios hombres las bajaron rápidamente.

Renny se dio cuenta de lo que ocurría cuando dos hombres le cayeron encima.

Los dos hombres no guardaban muy bien el equilibrio. Llevaban cachiporras pero no tuvieron la oportunidad de usarlas, pues Renny se puso de pie como movido por un resorte.

Había deseado acción para desahogar su rabia sobre alguien... Sus puños monstruosos salieron disparados. Eran puños capaces, de romper puertas macizas y hallaron fácil la tarea de romper mandíbulas. Los hombres que le atacaban se hicieron atrás, con las facciones bastante alteradas.

Entonces muchas cosas ocurrieron a la vez.

Los hombres se arremolinaron en torno a Renny, atacándole en masa.

Uno de ellos cayó sobre Habeas Corpus. El marrano seguía dormitando. Su cabeza chocó contra el suelo y creyó que Química volvía a las andadas.

El puerco gruñó fieramente y saltó. Vio una figura que corría cerca de la baranda del dirigible. La rabia pudo más que su prudencia habitual y sus largas piernas se distendieron en un salto gigantesco.

Al mismo tiempo, una figura se tambaleó, empujándolo. Habeas no tuvo tiempo para lanzar más que un chillido de sorpresa temerosa y cayó del dirigible hacia la tierra, que estaba a miles de pies de distancia.

Renny era un buen luchador. Si hubiese alcanzado un sitio en el cual poder apoyar la espalda en la pared, la batalla habría durado mucho más tiempo. De todos modos, un grupo de hombres sin conocimiento le rodeaba antes de que dos cachiporras le hiriesen a la vez por detrás.

El fornido ingeniero meneó la cabeza e intentó volverse. Unos hombres le cogieron por las piernas y otros le sujetaron los fuertes brazos. Fué vencido por la superioridad numérica.

Una vez más una cachiporra se levantó y cayó.

Química había visto caer a Habeas Corpus. Durante un minuto, el mono quedó colgado de unas cuerdas, desde donde podía mirar abajo. Unos sonidos lastimeros escaparon de su boca.

Los ojillos del mico estaban tan rojos como los de Monk, cuando volvió nuevamente la atención hacia la lucha. Se tiró en medio de los luchadores, exactamente como lo hacía el químico.

Química había esperado treinta segundos de más para ayudar

eficazmente a Renny. Recibió la atención íntegra de los piratas del cielo y no tuvo la menor probabilidad de salir con bien de la empresa.

Unos minutos después de alcanzar la parte superior del dirigible, los invasores se habían hecho dueños del mismo.

Un hombre bien vestido bajó por la escalera de cuerda y contempló el campo de batalla con ojos sardónicos. Enseguida, Sleek Norton dió unas órdenes breves.

Algunos hombres subieron por unas escalas de cuerda a otro dirigible que flotaba a mayor altura que el de Doc. Aquel dirigible había estado esperando, oculto entre las nubes, hasta que Doc y sus amigos bajaron. Luego iniciaron el ataque.

Ataron a Renny de pies y manos. Nadie se fijó en Química, que parecía muerto.

Luego, uno de los hombres se puso al mando. Los motores zumbaron suavemente y las hélices giraron. Unos minutos después, ambos dirigibles se alejaban.

CAPÍTULO XI

TUMBA DE LOS MUERTOS

AUN cuando Monk hizo remontar el autogiro, éste ascendió lentamente, y Monk se puso un par de anteojos especiales para ver en la noche.

—No me gusta eso de que Doc esté allí abajo —murmuró.

Ham se acercó y tomó el mando. —Está probablemente más en seguridad que yo contigo y seguramente mucho más que si estuvieses con él— dijo secamente. Monk sonrió.

—Estoy hecho para esos trabajos en la selva, picapleitos —dijo —. Este país no es ningún tribunal.

—Buscarías, sin duda, a la chica —observó Ham— Las mujeres te hacen siempre más mico de lo que pareces..., si es posible...

Monk se limitó a gruñir. Vigilaba a Doc y a través de los cristales opacos de sus anteojos veía su gigantesca figura moverse entre las copas de los árboles. El cuerpo de Doc estaba cubierto de una solución química que brillaba de noche cuando se miraba con anteojos especiales. A gran distancia, tanto él como sus ayudantes, podían localizarse en la obscuridad.

—Se diría que corre por una carretera —dijo Monk—. El...

—¡E-e-e-e!

Monk pegó un respingo como si se le hubiese pinchado.

—Maldito ladrón legal —chilló—. Déjate de imitar a Habeas o te meto la barba en el fondo de los zapatos...

Ham parecía tan sorprendido como su peludo compañero y abrió la boca para replicar.

—¡E-e-e-e!

El grito venía de más cerca. Era un chillido de miedo, de pánico. Luego, un crujido de ramas y maleza subió hasta el silencioso

autogiro. Monk empezó a saltar de arriba abajo.

—¡Es Habeas! —vociferó.

—Algo ha ocurrido allí arriba —dijo rápidamente Ham, aumentando la velocidad del autogiro.

—¡Maldición! Déjame salir de aquí —chilló Monk con voz estridente—. Alguien ha tirado a Habeas por la borda, ¡Voy en su busca!

—¡Estáte quieto! —rugió Ham—. Irás en busca de tu maldito puerco después. Algo ha ocurrido arriba. Es preciso que subamos y vayamos a ayudar…

Monk tragó saliva. Comprendía que Ham tenía razón y de pronto dijo suavemente:

—Habeas era un buen compañero. Cogeré al pájaro que le ha tirado del dirigible y lo despedazaré con mis propias manos.

Por una vez, Ham no contestó. Las grandes hojas de la hélice del autogiro giraban a toda velocidad. El armazón se inclinaba a un ángulo peligroso y Ham se cansaba la vista intentando ver al gran dirigible. No había nada a la vista.

Subieron hasta penetrar en la nube que se extendía sobre sus cabezas y creyeron que había llegado el fin del mundo.

Las hojas de la hélice del autogiro se metieron en una sábana de pequeños globos. Esos globos habían sido soltados por Sleek Norton y sus hombres en el camino ¿Por qué guardar esos cadáveres en vez que el autogiro seguiría infaliblemente al intentar regresar al dirigible?

Esos globos estaban llenos de un gas asfixiante.

Monk y Ham fueron cogidos por sorpresa. No tuvieron tiempo de sacar sus tabletas de oxígeno y sus pulmones estaban ya llenos del gas mortal. Obraron instintivamente y sin vacilar, tomando la única resolución que podía salvarles la vida.

Monk cerró el contacto y ambos se tiraron de cabeza por la borda, cayendo por más de mil pies antes de tirar de la cuerda de sus paracaídas. Era preciso alejarse del gas y alejarse rápidamente.

La sacudida que fué el resultado de la apertura del paracaídas hizo dar vueltas a Ham como un trompo. De pronto, éste lanzó un grito. Una figura peluda le caía encima con el paracaídas todavía cerrado.

—¡Apártate de mí, reliquia prehistórica, o nos vamos a romper

la crisma los dos! —gritó el abogado.

Alguien le contestó a un centenar de pies más abajo.

—No estoy cerca de ti —chilló Monk—. Estás viendo visiones.

Al propio tiempo, la figura peluda pasó como un bólido, rozando a Ham. Un momento después, ¡otro paracaídas se abrió en el aire y Ham se echó a reír.

—¡Es Química! Se habrá puesto un paracaídas y habrá levantado el vuelo. Sin duda, no podía soportar la idea de estar separado de ti.

Monk resopló, disgustado:

—¡Ese asqueroso mico!

De pronto, gruñó y gritó:

—Tengo una idea. Nos reuniremos con Doc. Te pondré en tu sitio, maldito picapleitos.

—Lo que harás será matarnos a ambos —dijo secamente Ham, desde los más profundos repliegues de su paracaídas—. Aunque vale la pena perder la vida para sacarte de en medio.

Ninguno de los dos mencionó los problemas que les preocupaban seriamente. Era inútil discutir lo que no tenía remedio, pero ambos comprendían la gravedad de la situación en que se encontraban.

El dirigible había desaparecido; cómo o por qué, lo ignoraban. Renny estaba, probablemente, en un grave apuro. Se habían visto obligados a abandonar el autogiro y Doc estaba a millas de distancia.

Sus fuerzas estaban divididas. Se hallaban en un país hostil, rodeados de enemigos y sin provisiones. Y todavía quedaba por explicar el problema de la muerte verde y de la muerte de Johnny.

Ninguno de los dos parecía preocupado. Si no hubiese sido por Habeas y Johnny, Monk se habría sentido feliz. Siempre era feliz cuando las cosas se complicaban.

La manigua se había tragado a Doc Savage. Aunque hubiese sido de día, poca iluminación le hubiera alcanzado, pues las copas de los altos árboles de aquella selva sudamericana se juntaban. El suelo estaba cubierto de arbustos y maleza que cerraban el paso a cada momento.

En tierra, habría sido necesario abrirse camino con machetes en muchos sitios. Doc viajaba por las ramas de los árboles a sesenta o setenta pies del suelo. Seguía un débil olor a humo. Allí donde

había humo, habría, sin duda, seres humanos.

La selva estaba densamente poblada. Los monos charlaban sobre la cabeza del hombre de bronce. También abundaban las fieras temibles. Unos ojos amarillentos y relucientes seguían los movimientos del hombre de bronce. Los monos callaron de repente y al mismo momento una forma alargada saltó al aire.

Doc se dejó caer bruscamente, soltando la rama a la que estaba agarrado con ambas manos. La forma que se había tirado le rozó, doblándose en medio de su salto para arañarle con sus gigantescas garras. Era uno de los temidos gatos salvajes de la manigua sudamericana.

Enorme como un tigre, era todavía más feroz. Tenía la agilidad de un leopardo y era capaz de destrozar a un hombre, despedazándolo. Si sus garras hubiesen cogido a Doc, éste habría quedado mutilado, muerto quizá.

Pero por rápido que fuera el gato, Doc lo fué más todavía. Sus manos se alargaron, agarró las patas traseras del enorme gato y las retorció. El gato lanzó un grito casi humano. Sin punto de apoyo, era incapaz de soltarse. Junto con Doc, que seguía agarrándole con fuerza, cayó al suelo.

Las ramas amortiguaron su caída y cuando tocaron el suelo, el gato salvaje estaba debajo. El peso de Doc le aturdió de momento. El hombre de bronce no se entretuvo. Se levantó enseguida y saltó sobre un árbol. En un momento desapareció.

El gatazo gruñó en el fondo de su garganta y fué en busca de una presa más fácil.

Durante unos largos minutos Dos siguió avanzando. El olor a humo aumentó. Luego, de pronto, llegó al límite de los árboles. Cautelosamente, el hombre de bronce bajó al suelo y avanzó. Era como si entrara en un valle de silencio.

Los ruidos de la selva cesaron. Ni una hoja se movía, nada delataba la presencia de seres vivos. Había en la atmósfera una tensión extraña.

Un olor dulce, como flores, le asaltó el olfato, pero no había allí flor alguna.

Doc se paró, estremeciéndose las aletas de su nariz. Se puso los anteojos y encendió su lamparita. Un trino bajo y contenido subió al aire. Doc Savage se había enterado de algo respecto al distrito del

Infierno Verde. Era un detalle que aparentemente le había intrigado. Se entretuvo un buen rato haciendo varias cosas y siguió adelante.

Al otro lado del claro, un camino medio borrado era visible. A distancia y a pesar de la obscuridad, se veía la silueta maciza de unos acantilados donde algunas luces brillaban a intervalos.

Con los anteojos puestos, el hombre de bronce inspeccionó el camino. Se le veía andando, pero con cautela, deteniéndose a menudo y aguzaba el oído para sorprender el más leve sonido. No oyó nada. Eso era un tributo a sus atacadores, cuya carga llegó sin previo aviso.

Una lanza de pesado mango silbó en el aire. Cualquier otro hombre habría quedado atravesado por aquella lanza. Doc oyó la aspiración que hizo el que lanzó el arma y se echó a un lado. La lanza le hizo un sencillo rasguño en el cuello.

Unas figuras morenas surgieron de la maleza, rodeándole por todas partes. El hombre de bronce llevó la mano al cinto, pero la dejó caer enseguida. No podía, emplear sus balas misericordiosas contra sus adversarios, pues... ¡estaba rodeado de mujeres!

Eran mujeres vestidas como las tribus de la selva virgen, es decir, que estaban semidesnudas. Eran altas, tenían la cara muy pintarrajeada y los brazos musculosos. Sus miembros era sumamente proporcionados y su físico perfecto. A pesar de la pintura que les cubría, algunos de sus rostros eran hermosos.

Pero su expresión no era suave. Eran verdaderas amazonas y su actitud resultaba amenazadora.

Doc no tuvo tiempo de estudiarlas más en detalle. Una de las mujeres lanzó una orden breve y todas blandieron sus lanzas.

El hombre de bronce saltó y se encaramó a un árbol en el preciso instante en que esas lanzas convergían hacia él.

Unos gritos de rabia le persiguieron mientras corría por la copa de los árboles. Las mujeres echaron a correr debajo de él, pero aun yendo por las ramas, Doc superaba su velocidad.

De pronto, los árboles concluyeron y los acantilados se dibujaron netamente delante. Más mujeres armadas bajaban corriendo por esos acantilados, llevando antorchas y llamándose unas a otras. El idioma que hablaban era extraño.

Los ojos dorados de Doc brillaron levemente. Pocos hombres

habrían comprendido que hablaban una mezcla de Cherokee y de Sioux. Doc lo comprendió. Sabía que era debido a uno de los inexplicables misterios de la Historia que el idioma de los indios norteamericanos fuera hablado, algo deformado, por tribus del corazón del Brasil. Doc había hecho un estudio detenido de todos esos idiomas.

—¡Matad al intruso! ¡No le permitáis que escape! —gritaban.

Un frenesí irrazonable pareció apoderarse de las mujeres. Sería imposible hablarles mientras tuviesen aquel humor. Las que le perseguían se acercaban por detrás. Las que bajaban del acantilado estaban casi bastante cerca para que los rayos de sus antorchas le alcanzaran.

Doc se metió la mano en el bolsillo, la sacó y la movió al aire. Luego, siguió caminando adelante, lenta y confiadamente.

Las mujeres que cargaban no se pararon y le rozaron al pasar, sin al parecer verle.

Luego ambos grupos de mujeres se juntaron y charlaron animadamente, acusándose mutuamente de haberle permitido escapar. Las mujeres que bajaban de los acantilados se restregaban los ojos que estaban levemente irritados. ¡No se daban cuenta que durante un momento habían estado casi ciegas!

Doc había tirado al aire un polvo que, combinado con el humo de las antorchas hacía imposible ver las cosas a corta distancia. Durante esos momentos, Doc pasó de largo.

El hombre de bronce echó a correr rápidamente, dando un rodeo con el fin de rebasar los acantilados y examinar el terreno.

Se paró de repente al faltar el suelo bajo sus plantas. Enseguida cayó rodando…

La apertura por la cual Doc se había desplomado, había estado tapada en otros tiempos, pero sin duda quedó mal cerrada a consecuencia de las lluvias tropicales. Sus paredes eran de piedra y el hombre de bronce cayó hacia adelante, dando con la cabeza en esas piedras en su caída.

Doc no se movió enseguida cuando volvió en sí. Era su costumbre permanecer quieto para poner orden en sus ideas si las cosas no eran claras.

Ignoraba cuánto tiempo estuvo inconsciente… varias horas sin duda. El hecho de que no era cautivo permitía presumir que las

mujeres que le daban caza no se habían fijado en la abertura por la cual había caído.

Por la obscuridad que lo rodeaba, se daba cuenta que seguía siendo de noche. No oía ruido alguno, pero un extraño olor, suave y débil le asaltaba el olfato.

El aire era sorprendentemente frío y seco en aquella cueva subterránea. Sin duda, tendría otras aberturas por las cuales el aire circulaba.

Los dedos poderosos de Doc buscaron y tocaron el enorme chichón que tenía en la frente. Usó entonces los dedos de ambas manos, haciéndose masajes con tremenda fuerza. El chichón desapareció.

Doc se puso de pie.

Los anteojos que llevaba se rompieron en su caída. Sacó otro par del botiquín que llevaba en el cinto y que estaba acolchado de tal modo que se necesitaba algo más que una sencilla caída para romper los objetos que contenía.

Encendió su lámpara y dejó oír su trino que llenó los ámbitos de la cueva... de los muertos.

El subterráneo era grande, tendría unos cincuenta pies de ancho y mucho más de largo. Las paredes habían sido excavadas para formar nicho tras nicho, como en las catacumbas de Roma.

En cada nicho descansaba un cadáver. En su mayoría eran cadáveres de mujeres; pero los había también de hombres. Estos eran pequeños y delgados comparados con las mujeres y se echaba de ver porqué estas últimas eran aparentemente las que gobernaban en aquella tierra.

Una espesa capa de polvo cubría algunos de los cadáveres que sin duda habían estado allí mucho tiempo, aunque todos seguían en buenas condiciones, con la excepción que su color era verde.

La cueva de los muertos no tenía otros cadáveres que los de las víctimas de la muerte verde.

Rápidamente, Doc inspeccionó los cuerpos, uno tras otro. Finalmente, llegó a una tabla que estaba separada de las demás. El cuerpo tendido en la misma era el de un hombre excepcionalmente alto, aunque delgado. Sus ropas colgaban de su cuerpo de cualquier manera y llevaba todavía calados los lentes.

Hugo Parks no había mentido... por lo menos respecto a este

punto. El cadáver era el de William Harper Littlejohn, conocido por el nombre de Johnny por sus amigos.

Era indudable que había sido víctima de la muerte verde.

CAPÍTULO XII

MONK TROPIEZA

EL paracaídas de Monk se desgarró en las altas ramas de un árbol y el químico realizó el resto de su viaje de descenso sin freno alguno. Aterrizó sobre la parte de su anatomía usada normalmente para sentarse y lanzó un grito: —¡Uyyy!

Ham y Química aterrizaron a corta distancia.

Monk miró el cielo con los ojos semicerrados.

—El viento nos ha llevado un poco atrás —hizo observar—. Habeas habrá aterrizado cerca de aquí.

Ham abrió la boca para hacer un comentario, pero cambió de idea. Monk tenía en gran aprecio al extraño animal.

—Voy en busca de Habeas —dijo Monk con voz— algo ronca —. Cuando menos, se merece un entierro decente.

Monk se quitó las correas del paracaídas y empezó a rebuscar entre la maleza. De pronto, lanzó un grito de alegría:

—¡Está vivo! —chilló—, ¡Parece mentira!

El químico se abalanzó sobre la maleza. Ham entrevió la forma de un puerco que corría a su encuentro; pero la reunión no fué amistosa. El puerco le lanzó un fuerte mordisco.

Monk gritó de sorpresa. El puerco intentó pasarle entre las piernas, pero el químico estaba plantado demasiado cerca del suelo. Bramando de asombro, Monk fué llevado sobre el lomo del animal a través de los matorrales. Ham se echó a reír de un modo tan excesivo que tuvo que sentarse en el suelo.

El animal que Monk había encontrado no era Habeas. Pertenecía a una extraña especie de pecaríes sudamericanos y estaba muy enojado.

Química cometió el error de querer ir en socorro de Monk. El

mico dio un salto atrás con sorpresa al atacarle el pecarí con los dientes desnudos. Monk cayó al suelo y el pecarí escapó entre la maleza.

—Monk —dijo sarcásticamente Ham—. ¡Siempre he dicho que un puerco sería tu perdición!

Monk le miró airado y se frotó las manos que estaban llenas de púas. Luego, y con asombro de Ham, se echó a reír y empezó a desnudarse.

—¡Tu propia perdición se acerca, picapleitos! —chilló.

Se acercó a Química y empezó a ladrar con voz gutural. Química asintió como si le comprendiese.

Ham abrió la boca de asombro y una expresión de inquietud se pintó en sus facciones. No creía a Monk capaz de comprender cualquier lenguaje que él no conociera.

—¡Qué vas a hacer, equivocación peluda! —le dijo—. ¿Qué estás tramando?

Monk no contestó. Acabó de desnudarse hasta quedar en paños menores. Se sacó un tubo lleno de pasta oscura del bolsillo de la chaqueta y se untó todo el cuerpo.

—Es preferible que lo hagas tú también —aconsejó con tono solemne a Ham—. De otro modo, te dejaremos aquí solo.

Y volvió a hablar rápidamente a Química.

—¡Qué demonios...! —exclamó Ham—. ¿Estás loco de remate?

Monk le miró con sorna.

—He esperado este momento durante años, elegante libro de leyes —gruñó—. Demasiadas veces me has acusado de ser un mico. Pues bien, ha llegado la hora de los micos. Vamos a serlo todos. ¡Es de la única manera que podremos viajar!

Hablando en serio un momento, Monk explicó que caminar por el suelo resultaría arriesgado. Ignoraban dónde estarían sus enemigos, pero era posible que no anduviesen lejos y por otra parte era sumamente difícil cruzar por la maleza sin hacer ruido.

Si querían investigar algo, el camino más seguro era por el aire.

Monk volvió a reír y su cabeza desapareció detrás de su enorme bocaza.

—¡Vamos, picapleitos! —dijo con exaltación—. Ya no estás delante del tribunal. Es preciso que subas a los árboles —. Y una vez mes pareció hablarle a Química.

Ham parecía desconcertado. Por una vez, comprendía que Monk le tenía donde quería. La lógica del químico era buena.

—¡Pero no me engañas cuando hablas con Química! —dijo secamente—. ¡Eso es tan sólo tu idea de una broma en la selva virgen!

Lentamente y a regañadientes, el elegante abogado se quitó la hermosa indumentaria y con evidente disgusto se untó el cuerpo con pasta obscura. A continuación, los tres subieron a los árboles.

Únicamente Química viajaba con la misma facilidad que Doc Savage, aunque Monk era casi tan ágil como el mono. Ham avanzaba c«n dificultad y repetidas veces evitó una caída agarrándose desesperadamente; y Monk tenía la cara roja de tanto contener la risa.

—¡Ríete, maldito seas! —dijo amargamente Ham—. Esto no te cuesta nada. Estás hecho para ello y no volveremos, probablemente, a verte calzado nunca.

La primera parte de la acusación de Ham era acertada. Monk se parecía y obraba igual que Química. En cuanto a Ham no estaba hecho para aquellas actividades.

—Debiste seguir haciéndote una clientela —gruñó Monk—. Doc cometió un error al sacarle del tribunal.

Química hacía cabriolas a la vanguardia. Sus gruñidos llegaban a los oídos de Monk y Ham. Monk se vio obligado a aminorar la velocidad a causa del abogado. Dos veces se vio obligado a ayudar a Ham sacándole de peligrosas posiciones en que se hallaba, después de soltar un punto de apoyo y caer hacia el suelo.

Pero Ham era valiente y dejó de quejarse. Tal vez no quería darle a Monk la ocasión de hacerlo nuevamente víctima de su desprecio.

De pronto, Monk tropezó con un cuerpo cubierto de vello.

—¡Maldición, Química! —murmuró—. No puedes quitarte de en medio... ¡Brrr!

No era Química con quien acababa de tropezar. Los árboles viéronse de pronto llenos de micos iguales al favorito de Ham. Monk recordó que era una manigua sudamericana donde habían hallado a Química. Ningún zoólogo había visto nunca un ejemplar similar, pero la selva virgen de América del Sur tiene regiones inexploradas más vastas que en ningún otro punto del Globo.

Había allí decenas de Químicas que parecían ver con malos ojos la presencia de Monk y Ham. Su jefe saltó sobre el químico y otros dos monos se tiraron sobre Ham.

Monk olvidó de pronto su cautela y la necesidad de guardar silencio:— ¡Química! ¡Química! —chilló.

Desesperadamente, él y Ham se agarraron a los troncos de los árboles.

Se oyó un ruido de ramas y el verdadero Química llegó dando saltos tremendos. Empezó a charlar con elocuencia, como el mejor abogado, según Ham declaró más tarde.

Los otros micos parecían inseguros. Se miraron unos a otros. Química lanzó un chillido y dramáticamente saltó adelante y puso un brazo peludo en torno al cuello de Monk.

El jefe de los micos soltó al químico, se rascó la peluda cabeza y ladró una orden.

Un segundo después, los monos se retiraban.

—¡Salvados! —suspiró Ham—. ¡Salvados… porque Química les había presentado a un semejante!

Unas lágrimas de alegría rodaban por la cara del abogado. Monk había empezado por ganar la jornada, pero Ham tenía su desquite. Monk permaneció mudo. La pantomima de Química había sido demasiado expresiva. No le quedaba nada que decir.

Siguieron avanzando, haciendo tan poco ruido como les era posible. No se encaminaban a un sitio determinado, pero intentaban tomar la misma dirección seguida por Doc Savage.

De pronto, Química empezó a portarse de extraño modo. Daba saltos, señalando con un peludo brazo. Monk levantó la cabeza y las anchas aletas de su nariz se dilataron.

—¡Humo! —dijo—. Química ha descubierto algo.

En silencio siguieron al mono. El olor a humo aumentó. Era humo de leña y provenía, sin duda, de la hoguera de un campamento.

Los árboles se hacían más espesos. Monk llamó a Química y tomó la delantera. Ham seguía penosamente a retaguardia.

Formaban un trío extraño. Monk, que parecía un enorme antropoide de ancho pecho, se movía con la mayor cautela; pero en ocasiones las ramas se rompían bajo su peso. Cada vez se paraba y prestaba el oído con cuidado. No tardó en oír voces, casi todas de

hombres, pero a las cuales se unía la de una muchacha.

Una voz se levantó sobre las demás… la de Hugo Parks.

—No en vano me llaman «Sesos» —decía el cabezota—. Sabemos que Doc Savage ha penetrado en la tribu de los acantilados. Ese es su fin. Tenemos ya uno de sus hombres y los otros dos están en la selva. Les recogeremos por la mañana. Todo anda a pedir de boca.

Monk se acercó lentamente. Vio un pequeño claro. Hugo Parks estaba tendido en el suelo, mirando la hoguera. Gloria Delpane estaba sentada a su lado.

—¿Y mañana me llevará hasta el que deseo ver? —preguntó suavemente—. ¡Ya sabe que todo va bien!

Hugo Parks rió levemente y acarició un aparato de radio de onda corta, portátil, que estaba a su lado.

—Esto me ayuda a saber muchas cosas —dijo— Sí, todo marcha bien… hasta la muerte verde. Se interrumpió.

Gloria, permaneció callada. Había media docena de gángsters armados alrededor del fuego. Se arrimaron a éste cuando «Sesos» mencionó la muerte verde.

Monk se deslizó por la rama de un árbol, intentando interceptar todas las palabras de Parks. Este se enjugó el sudor que le cubría la frente y su voz subió de tono:

—La muerte verde trabajará por nosotros —dijo con alegría.

—Hasta los muertos son útiles. El jefe tiene ya todas las contestaciones. Todos seremos millonarios.

Bajó la voz y añadió:

—Los indígenas están aturdidos —dijo—. Han vivido con ello toda la vida; pero ahora están asustados. —Hizo una pausa.— Les sobra razón —añadió en un murmullo—. Es imposible. No he creído nunca en esas supersticiones antes, pero ahora…

Un fuerte crujido le interrumpió. Se oyó un estrépito y un grito. Ham se volvió. El cuerpo de Monk volteaba en el aire. Se había deslizado demasiado lejos por la rama del árbol y ésta se había roto bajo su peso.

Monk cayó aullando.

La lucha iba a ser formidable. Ocurriera lo que ocurriere, Monk se sentiría feliz, pues nada le gustaba tanto como una buena pelea. El peludo químico se desplomó sobre un fornido gángster. Enseguida empezó a repartir tremendos puñetazos.

—¡Es un mico! —gritó Hugo Parks—. ¡A él! ¡Matadlo!

Uno de los pistoleros agarró su fusil ametralladora «Thompson». Se lo apoyó en el hombro, disponiéndose a apretar el gatillo, cuando Parks lo hizo caer de un manotazo.

El cabezota reía sarcásticamente.

—No es un mico —gritó—. Es ese amigo de Doc Savage que parece un mono. Ha caído entre nuestras manos. Atrapadle vivo.

Apresar a Monk vivo iba a ser más difícil de lo que Parks se figuraba. La cosa se complicó al cabo de un momento, pues Ham y Química hicieron su aparición, dejándose caer en medio de los luchadores.

Los gángsters estaban confundidos. La hoguera quedó deshecha y los tizones esparcidos. Monk gritaba de puro placer. Un pistolero cayó, luego otro. De pronto, Gloria Delpane gritó:

—Una co... su... algo... —gritó—. Es un...

Una forma blanca y vaga surgió en el claro. A la débil claridad de la hoguera moribunda, no parecía tener forma definida. Hugo Parks la miró y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Agarró la ametralladora que había soltado.

—Atrás o te hago saltar —gritó—. Te quiero vivo, pero no voy a luchar contra fantasmas.

Monk se tiró a las piernas de Hugo. Este cayó de espaldas y la ametralladora disparó al cielo su carga de plomo.

Ham se volvió para hacer frente a la amenaza de la cosa blanca. Se le tiró encima, pero su adversario lo esquivó y le mordió en las piernas. Uno de los gángsters rió. Era una risa algo nerviosa...

El agresor blanco cayó a pedazos. Los pliegues de un paracaídas se abrieron y por ellos asomó el cuerpo escuálido de Habeas Corpus, el favorito de Monk. El marrano se refregó contra Ham, como excusándose por haberlo mordido.

—¡Dios todopoderoso! —murmuró Monk.— ¡Es Habeas!

Se abalanzó sobre el delgado puerco y le tomó entre sus brazos, olvidando de repente la lucha.

En eso cometió un error. Hugo Parks se puso en pie de un salto. Monk tartamudeaba, feliz y satisfecho. Pocos días antes había construido un paracaídas para Habeas y se lo había sujetado en el lomo como una silla sobre un caballo. Luego lo olvidó totalmente.

Hugo Parks blandió el fusil ametralladora y alcanzó a Monk en

la nuca en el preciso momento en que tres pistoleros derribaban a Ham, golpeándole firmemente con sus cachiporras.

Química corrió hacia Habeas, se lo metió debajo del brazo y miró en torno suyo con aire de reto. Nadie le hizo el menor caso. Estaban demasiado atareados atando a Monk y a Ham.

Parks se inclinó sobre el aparato de radio de onda corta y envió un mensaje en código. Luego escuchó la respuesta y sonrió sombríamente.

—Bien, muchachos —exclamó—. Vamos a llevar a esos sujetos al jefe. Esta vez Doc Savage queda derrotado en toda la línea.

Se oía un débil rumor de tambores en la lejanía. La sonrisa de Hugo Parks se ensanchó al oír este sonido.

CAPÍTULO XIII

ATAQUE POR SORPRESA

LOS tambores resonaban en la ciudad tras el acantilado. Los tocaban unos hombrecitos delgados que lanzaban en torno suyo miradas nerviosas.

La ciudad rebosaba actividad. El gigante de bronce a quien vieran entrar no había sido hallado. Varias patrullas de amazonas le buscaban palmo a palmo en los cañones y acantilados. Los hombres no obtuvieron permiso para unirse a ellas. No se les consideraba aptos para semejante tarea. Sus ocupaciones consistían en cuidar de las hogueras, en guisar y otros quehaceres domésticos.

Zehi cazaba sola. Prefería siempre cazar sin estar acompañada de nadie. Era una mujer alta, que medía cerca de un metro ochenta, de anchos hombros y brazos poderosos. Blandía una pesada hacha y miraba con desdén a los hombres.

Zehi había sido una de las que habían sorprendido al hombre de bronce en la selva. Sus ojos brillaban de admiración al recordar su aspecto, aunque miró rápidamente en torno suyo, como si los demás pudiesen leer en su pensamiento. No era conveniente permitir que la princesa Molah supiera que abrigaba por los hombres cualquier sentimiento distinto del desprecio.

Los pies desnudos de Zehi pisaban silenciosamente los tortuosos pasillos de los acantilados, siguiendo una pendiente pronunciada. Zehi no se fijaba para nada en lo que la rodeaba, aunque un arqueólogo habríase sentido feliz en aquel lugar. Unas complicadas pinturas cubrían las paredes de piedra. Esas pinturas relataban la historia de la tribu, desde la época, centenares de años antes, en que los Incas huyeron delante de los españoles, desapareciendo algunos de ellos en la selva para no volver a aparecer.

Unas piedras de brillantes colores se habían usado para la complicada decoración de algunas de esas pinturas, pero Zehi no las miró siquiera. Después de todo, pocos eran los que sabían descifrarlas ahora; y ¿qué importaba? Únicamente Pterlodin pretendía saber lo que significaban.

Zehi hizo una mueca de desdén al pensar en Pterlodin. Era un hombre, un brujo, pero no tenía el físico del gigante de bronce.

Zehi blandía con mayor fuerza su hacha. ¡Pterlodin! ¡Buen brujo les resultaba! Con diabólicos hombres blancos acampados a corta distancia, con tribus hostiles en los alrededores, esperando como buitres la oportunidad de atacar, Pterlodin había desaparecido.

¡Y era el único que sabía contrastar la muerte verde!

Zehi contuvo la respiración al pensar en la muerte verde. Apretó el paso, corriendo casi.

Desde luego existía un sitio en el cual era posible ocultarse sin temor a ser descubierto. La cueva de la muerte, el sitio en el cual se guardaban las víctimas de la muerte verde.

Esta era otra idea tonta de Pterlodin, de entregarlos a las llamas o tirarlos al pozo del sacrificio como los demás.

Un sendero largo y en pendiente la llevó bajo el nivel de la tierra. Agarró un hacha que colgaba de la pared y se estremeció. Pterlodin la había avisado que no visitase la cueva de la muerte. Era un sitio sagrado, era tabú... pero Pterlodin había desaparecido y el extranjero de bronce se ocultaba, sin duda, allí.

Zehi volvió una esquina y llegó a una pesada puerta. Sosteniendo el hacha con la boca, forcejeó hasta que hubo soltado una ancha barra de hierro. A continuación intentó gritar, un grito puramente femenino. No tuvo éxito. El hacha que llevaba en la boca se lo impidió.

Unas manos poderosas y bronceadas le cogieron los brazos y le quitaron el hacha como si hubiese sido un niño; luego la atrajeron al interior de la cueva de la muerte, cuya puerta se cerró a su espalda.

—Hay cosas que quisiera saber y que creo puede decirme —dijo Doc Savage con voz reposada, hablando la mezcla de Cherokee y Sioux, que era el idioma de la ciudad del acantilado.

Los ojos de Zehi estaban extraordinariamente dilatados. Unas luces extrañas iluminaban la cueva de los muertos. El extranjero de

bronce parecía todavía más alto y fuerte de cerca que a distancia.

Lo que más la asombró fué la cantidad de objetos extraños colocados en uno de los tablones. Zehi no había visto nunca esas cosas antes de entonces; algunas de ellas eran brillantes y relucientes, mientras otras eran transparentes y parecían contener líquidos. Pero no tuvo tiempo de fijarse en nada más. El hombre de bronce empezó a hacer preguntas. Zehi no deseaba contestar, pero los ojos del extranjero tenían un poder hipnótico.

Fué Doc quien se dio el primero cuenta del peligro. Se abalanzó sobre la enorme puerta y la cerró, atrancándola.

Zehi oyó pasos rápidos, fuera. Estos pararon frente a la puerta y varios hachazos fueron descargados sobre ésta. Unas voces enojadas gritaron con tono amenazador. Zehi se hizo atrás, palideciendo al oír las palabras que pronunciaban.

—Alguien debe haberte visto cuando me sujetabas —susurró—. Te matarán. No puedes escapar.

Cosa asombrosa, Zehi no parecía desear la muerte de Doc Savage.

Otros individuos opinaban de distinto modo.

Un grupo de guerreros se deslizaba por la manigua a unas millas de distancia. Los hombres iban pintarrajeados de un modo grotesco y habían sido excitados o impulsados a un frenesí criminal por peritos en la materia. Uno de esos peritos caminaba al frente del cordón. Era un hombrecito que llevaba un gorro adornado con dos cuernos de antílope y una hilera de dientes humanos en torno al cuello. Tenía una cara fea, de nariz aguileña.

Zehi se habría sorprendido sumamente al verlo. ¡Era Pterlodin, el brujo desaparecido, el único hombre que conocía el secreto de la muerte verde!

Pterlodin tenía formulados grandes planes. Canturreaba de modo extraño al bailotear a la cabeza de la expedición guerrera. Sus ojillos brillantes tenían una luz fanática. Era como un loco poseído por una idea fija... idea que iba a ver realizada.

Pterlodin no parecía considerarse traidor al dirigir un ataque contra su propia tribu; al contrario, parecía orgulloso... pues Pterlodin era ambicioso. Era el brujo de la tribu de mujeres, pero un brujo sigue siendo hombre, algo tolerado antes que venerado. Pterlodin presentía su cuerpo endeble, pero iba a ser rey, dueño de

los que habían gobernado tanto tiempo. Pterlodin se lamió los delgados labios al bailar a la cabeza de la salvaje tribu.

Había recurrido a la ayuda de los terribles guerreros Herdotanos, la tribu más temida del Matto Grosso. El reinaría sobre ellos al igual que sobre las amazonas. Los Herdotanos podrían tomar a las mujeres por esposas.

Los ojos de Pterlodin brillaron al figurarse la abyecta rendición de la orgullosa princesa Molah. Pterlodin reinaría en el Matto Grosso. ¿Acaso no entendía la muerte verde? ¿Acaso no sabía cómo contrarrestarla?

El loco corría arriba y abajo a la cabeza de la larga columna. Un hombre blanco caminaba penosamente junto a los salvajes. Iba atado y su rostro barbudo estaba demudado. Era un hombrecito vestido con los restos de polainas de cuero y pantalones de montar de color kaki. Pterlodin rezongó y escupió al pasar a su lado.

Del nombre de aquel hombre Pterlodin no se había molestado en enterarse. Había servido sencillamente de intérprete entre los salvajes y el llamado Norton, el hombre que prometió a Pterlodin la ayuda que necesitaba. Pterlodin volvió a escupir. También Norton moriría cuando habría acabado con él. Todos los blancos morirían.

Pterlodin se había mostrado astuto. No le había dicho a Norton cuanto sabía. Era lo suficiente listo para comprender que Norton le haría traición y Pterlodin odiaba a los blancos aun más de lo que odiaba a las mujeres que le habían mandado.

A varias millas de distancia, Monk y Ham se retorcieron inquietos al oír los tambores. Sus acentos eran amenazadores, preñados de amenaza. Hubieran querido saber lo que eso significaba.

—Si no hubieses vuelto al estado de tus antepasados, no estaríamos en este apuro —dijo secamente Ham— ¡Eres aun más torpe como mono que como químico!

—¡Calla! —gruñó Monk—. ¡Adonde vas tienen ya demasiados abogados! Es probable que te echarán fuera y no tendré que escuchar tu insípida charla.

—Si alguna vez vuelves a oírme, será cuando haga un discurso en un museo —murmuró Ham— sobre la evolución…

En el cuartel general de Sleek Norton, Renny también se retorcía entre sus ataduras. Creía comprender el significado de aquellos

toques de tambor y el sudor le cubría la frente.

Se había enterado de muchas cosas en el corto espacio de tiempo entre su captura en el dirigible y la hora actual, demasiadas para la tranquilidad de su espíritu.

Renny estaba atado muy estrechamente sobre una silla. Sabía que Sleek Norton había enviado una tribu de feroces guerreros para atacar la ciudad del acantilado. Sabía que Doc Savage estaba allí y conocía a Sleek Norton.

Este era el cerebro que dirigía muchas empresas criminales en Nueva York desde hacía años. Había sido el enemigo público número uno mucho antes que los Feds empezaran a numerarlos, pero cuando le tomaron el número, Sleek había empezada a viajar por su salud. De lejos seguía enviando órdenes a bandidos de segunda categoría que pagaban el pato o eran víctimas de bandas rivales.

Para que Sleek hubiese ido al sector del Infierno Verde, era preciso que la cosa valiese la pena, pues no acostumbraba dedicarse a empresas estériles.

Renny ignoraba qué era lo que estaba en juego, pero sabía que la muerte verde tenía que ver con el asunto y sabía que Norton consideraba la exterminación de Doc Savage necesaria para su éxito, aunque al principio Sleek pensó que necesitaba a Doc para ayudarle.

Casualmente, Sleek dejó comprender todo eso, pero Renny no había podido enterarse exactamente del tenebroso fin que perseguía. Había sido suficientemente importante para que Sleek enviara a Hugo Parks a Nueva York con el fin de atraer a Doc Savage a la manigua. Luego se hizo necesario que Sleek tomara medidas para evitar la llegada de Doc.

Pero Doc no había sido detenido. Estaba ahí… corriendo peligro su vida, y sus ayudantes estaban separados, indefensos. Uno de ellos era víctima de la muerte verde.

Frenéticamente, Renny se retorció, reuniendo su tremenda fuerza en una tentativa estéril por aflojar las cuerdas que le sujetaban. Acababa de ver al elegante Sleek Norton entrar en uno de los dirigibles anclados en el linde del claro. Uno de los dirigibles era el de Doc. El otro pertenecía a Sleek. Renny se retorció con fuerza. Si pudiese soltarse y subir a aquel dirigible, tal vez le sería

posible ayudar a Doc.

Norton salió del dirigible y se acercó al grupo de gángsters. Estos se hallaban delante de una de las casas portátiles más modernas que Sleek había traído a la manigua, con su propia instalación eléctrica, neveras y ventiladores. Sin duda se trataba de un asunto interesante cuando Sleek se había molestado en instalar aquel cuartel general permanente.

Renny se irguió. No le importaba que fuese crecido el número de enemigos contra los cuales tendría que luchar. Era preciso que ayudara a Doc. De pronto se sintió libre. Las cuerdas no se habían roto, pero la silla moderna, de tubos de acero, se quebró por el respaldo.

Renny se puso de pie. A su espalda, la elegante figura de Sleek Norton se acercó con cautela. Los ojos de Sleek se cerraron a medias. Sus labios sonrieron con crueldad. Con un gesto rápido, sacó una pesada pistola automática de la funda que llevaba colgando del hombro y asestó un culatazo en el cráneo a Renny.

El fornido ingeniero se desplomó. No oyó el cambio de tono de los tambores ni el vocerío que subía por la selva… vocerío de rabia, que no tardó en trocarse en pánico.

CAPÍTULO XIV

UNA PRINCESA MANDA

DOC Savage tenía dificultades con una mujer. Se trataba de Zehi, que se mostraba testaruda. No comprendía lo que pasaba. Doc no tenía dificultad alguna en hablar su idioma, pero ella no quería convencerse de la necesidad de poner aquella tableta blanca sobre la lengua.

Zehi estaba ansiosa porque Doc Savage escapase. Le sería fácil salir por donde había entrado. Zehi le enseñó incluso una larga estaca dentada que podía servirle de escala. Pero el gigante de bronce insistía para que se pusiera la tableta blanca en la lengua, diciéndole que era necesario para que salvara la vida finalmente. Zehi se encogió de hombros y obedeció. Era difícil discutir con aquel hombre que podía ser un dios más que un ser humano.

Un humo espeso les envolvió en la cueva de los muertos. De pronto quedó traspasado por una extraña luz. Zehi no había visto nunca una luz como aquella antes de entonces. No se movía como una antorcha. Era un rayo pálido y recto.

Aspiró el humo que se introducía por encima de la puerta de la cueva y explicó lo que era a Doc en el idioma del pueblo. Lo llamó por su nombre nativo, pero su descripción era la de una forma vaporizada de curare, el mortal veneno de la manigua que paraliza los pulmones y el cuerpo entero, hasta la muerte, del que lo respira.

Doc Savage asintió. Ya había identificado la naturaleza de aquel vapor. Se inclinó sobre Johnny y sus manos se movieron rápidamente. No contestó a las explicaciones que le daba Zehi y en cambio le hizo preguntas, inquiriendo el motivo del canto quejumbroso que subía detrás de la enorme puerta.

Zehi contestó, muy excitada, explicándole que era el canto del

sacrificio. El iba a ser la víctima inmolada.

—Huye —suplicó—. Puedes salir por donde has entrado. Te enseñaré cómo.

Doc Savage no contestó. Alargó otra tableta de oxígeno para combatir el efecto del humo del veneno. Zehi la tomó distraída y siguió al hombre de bronce, que iba de un nicho a otro. Doc estudió uno tras otro todos los cadáveres verdosos y regresó al lado de Johnny.

Al lado del cuerpo del arqueólogo había dos grandes cajas. Las amazonas visitaron el último campamento de Johnny, se apoderaron de sus cajas de equipo y las pusieron en la tumba, con su cadáver. Doc abrió una de ellas y sacó un aparato de radio de onda corta, poniéndose el casco. El sabía que Hugo Parks usaba la onda corta para comunicarse.

De pronto se irguió y dijo a Zehi:

—El pueblo va a ser atacado. Tu tribu entera corre el riesgo de morir. Dime exactamente lo que va a ocurrirme.

Zehi habló rápidamente. Doc siguió inspeccionando las cajas de Johnny. Nuevamente, Zehi le suplicó que huyera.

El hombre de bronce no contestó. Había venido en busca de Johnny. Lo había hallado, pero no podía irse antes de haber hecho cuanto pudiera por el arqueólogo. Además otro motivo le impedía irse.

El pueblo iba a ser atacado. Los salvajes iban a matar y a capturar las mujeres. La vida de Doc estaba consagrada a la lucha contra la injusticia y no podía permanecer inactivo, dejando que los indígenas triunfaran.

—Irás al fuego del sacrificio —dijo Zehi con voz entrecortada—. Nada puede impedirlo una vez que han empezado el canto del sacrificio. ¡Morirás!

Zehi tosió súbitamente. Doc le entregó otra tableta de oxígeno. Era la última que le quedaba. Aspiró largamente al terminarse la tableta que tenía en la boca y no volvió a respirar. Poseía la asombrosa habilidad de estarse largos minutos sin respirar, pero hay un límite, aun a las fuerzas del cuerpo más robusto.

Doc Savage se inclinó sobre Johnny. Sus labios se acercaron a la cabeza de éste como si se despidiese de él; luego dos cosas ocurrieron simultáneamente.

Doc Savage se tambaleó y llevóse las manos a la garganta. La puerta de la cueva de los muertos se abrió con violencia. Las amazonas estaban en la entrada, amenazadoras, con las lanzas al aire. Doc Savage yacía en el suelo, inanimado.

—¡El veneno le ha vencido! —murmuró Zehi—. ¡Me… me ha dado algo para salvarme!

Zehi se ruborizó y bajó los ojos, preguntándose si ella también sería sacrificada por fraternizar con un hombre, aunque las acciones de éste se pareciesen a las de un dios.

Una leve brisa limpió el humo de la cueva. Las mujeres guerreras se echaron atrás abriendo un camino. De no haber tenido los ojos cerrados, Doc Savage habría presenciado una aparición que le habría impresionado a pesar de su habitual indiferencia.

La hermosura es una cosa relativa, pero la mujer que entró en la cueva era indudablemente bella entre todas. La pluma que llevaba en el cabello había costado la vida a un ave del paraíso. El fino perfil que se dibujaba debajo habría podido servir de modelo para acuñar la moneda de cualquier nación.

Sus ojos estaban muy separados uno del otro, fríos y de mirar directo. Sus labios no necesitaban afeites. Eran rojos y carnosos y su boca grande, pero firme. La simetría de su cuerpo era aparente. Su andar era armonioso y elegante. Zehi se postró delante de la amazona.

—¡Princesa Molah! —gimió—. ¡Si él muere, entrégame también a las llamas del fuego eterno!

La princesa Molah no miró siquiera a la postrada Zehi.

Encontró indicado, en ocasiones, pasar por alto cualquier interés que algunos miembros de su sexo demostraban por los hombres. La princesa se inclinó sobre el hombre de bronce y sus labios se fruncieron en una expresión de sorpresa.

Inconscientemente, la princesa Molah llevóse la mano a la pluma de su tocado. Quería cerciorarse que estaba recta. No había visto nunca a un hombre como Doc Savage, y seguía siendo mujer, aunque guerrera.

Las duras líneas de la disciplina se dibujaron alrededor de su boca. La tradición de siglos enteros no podía olvidarse.

—Llevadle al fuego del sacrificio —ordenó con voz baja y poderosa de contralto.

Unos cuantos hombres se deslizaron al interior de la cueva. Eran varones acobardados que parecían evitar constantemente algún golpe. Ocho de ellos cogieron la forma inerte del hombre de bronce y la llevaron a un cercado del acantilado.

La princesa Molah los seguía. La expresión de su rostro era particular, entre amarga y dudosa. Siguió al hombre de bronce a un altar erguido al lado de una ancha grieta. Un fuego ardía en el precipicio y la grieta no era más que la válvula de escape de gases naturales en combustión. Hay mucho petróleo en América del sur y también gas, pero para las amazonas se trataba de un fuego sagrado y eterno, puesto allí por los espíritus que guardaban la tribu. Las cosas no habían ido bien últimamente y los espíritus necesitaban ser aplacados.

La princesa Molah suspiró al ser colocado el hombre de bronce sobre el altar teñido de sangre, delante del precipicio. Se acercó maquinalmente al aumentar en fuerza el canto de las mujeres. Recogió un cuchillo de hoja curva y miró al fuego durante un momento.

Luego se volvió a Doc Savage y lentamente el cuchillo empezó a bajar.

Nadie vigilaba la puerta de la cueva de los muertos.

Fuera se quitaba la vida a alguien. En el interior de la cueva un muerto empezó a moverse. El matiz verdoso de la cara de William Harper Littlejohn empezó a palidecer. El arqueólogo se movió lentamente y sus párpados temblaron. Un tremendo estornudo concluyó en una frase:

—¡Quimérica fantasmagoría de un cerebro trastornado! —declaró Johnny, que para no variar empleaba palabritas de un palmo.

A continuación, Johnny se sentó. —Doc— murmuró —. ¿Cómo demonios ha podido...?

Johnny empezó a moverse. No tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí ni de cómo Doc podía haberse reunido con él, pero conocía el impulso post-hipnótico cuando lo sentía.

De un modo u otro, Doc Savage le había dado instrucciones explícitas. Johnny no tenía tiempo para preguntarse qué era lo que había ocurrido ni cómo parecía estar vivo, cuando creía estar muerto. Además, poco le importaba.

El arqueólogo corrió a las dos cajas de equipo que estaban al lado del tablón sobre el cual yacía. Johnny desconocía el camino que tomaba, pero sabía exactamente qué era lo que tenía que hacer y se llevó las cajas de equipo.

Cuando Johnny vio al hombre de bronce, desobedeció sus instrucciones, pues vio algo más de lo que Doc había visto.

Johnny empezó a gritar en maya. Era un idioma que pocos hombres del mundo civilizado conocían. Doc y sus ayudantes tuvieron conocimiento del maya muchos años antes, y detrás de su conocimiento estaba el secreto de la riqueza ilimitada del hombre de bronce, la fortuna que empleaba en su guerra contra la injusticia.

La princesa Molah se volvió con el cuchillo en la mano. Las palabras de Johnny habían sido comprendidas en la ciudad del acantilado.

—¡El lenguaje de los perdidos! —exclamó la princesa.

Varias cosas sucedieron entonces con gran rapidez.

Doc Savage se volvió lentamente. Una mano bronceada tiró un polvo sobre el fuego sagrado, cuyas llamas subieron a un centenar de pies o más al aire. Un espeso humo verde empezó a llenar el recinto del acantilado. Un grito de temor y asombro escapó de los labios de las mujeres. Doc lo había esperado, pero no así los otros gritos que hendieron el aire.

La vanguardia de los guerreros Herdotanos bajaba por las escalas. Desde donde yacía, Dos Savage no les había visto, pues la princesa Molah se interponía en su campo visual. Johnny había visto a los merodeadores que se descolgaban como arañas y por eso gritó.

Pero los demás gritos ahogaron sus palabras. Doc no comprendió lo que Johnny dijo. El hombre de bronce se puso de pie al empezar las lanzas a silbar por el aire. Las amazonas dieron pruebas de ser verdaderas guerreras y se abalanzaron sobre los Herdotanos que ponían píe a tierra en la base del acantilado.

El resto de los agresores no llegó nunca a destino. Las llamas que Doc pensó hacer brotar con otro fin, alcanzaron la parte superior del acantilado, quemando las escalas de cuerda de los Herdotanos como un soplete quemaría una telaraña.

Los hombres gritaron al faltarles su punto de apoyo. El cáñamo seco ardió con suma facilidad, cortándoles la retirada e

impidiéndoles atacar. Doc Savage no tuvo intención de dar muerte, aun a los que proyectaron su asesinato, pero no pudo evitarlo.

Los que seguían arriba miraban el pueblo desde la meseta. Unos juramentos escaparon de sus labios. De pronto, se hizo el silencio. Un hombre gritó y se llevó las manos a los ojos, echando a correr rápidamente por el camino de la selva.

El rostro arrugado de Pterlodin, el brujo, tenía una expresión inconfundible de incredulidad. Sus ojillos parecían mayores, como si quisieran escapar de su fea cabezota.

Lo que veía eran muertos que resucitaban. Se fijó en el humo verde que subía, del suelo árido. En medio del humo, unas mujeres aparecieron, mujeres armadas de lanzas y dispuestas al ataque. Parecían todas mujeres que él, Pterlodin, sabía que habían muerto.

El brujo se estremeció. Luego, otro pensamiento pareció ocurrírsele, pensamiento que trajo una expresión de temor a su rostro. Corrió hacia la selva, encaminándose al cuartel general de Sleek Norton. Pterlodin creía saber cuál sería el paso que el gángster iba a dar.

En la ciudad del acantilado, Johnny estaba atareado. Trabajaba preparando una cajita negra, siguiendo instrucciones que Doc le había dado. Las mujeres estaban muy excitadas, pues el hombre de bronce había hecho saltar las llamas del fuego eterno, cosa sumamente extraña…

El fuego saltó y derrotó a sus enemigos. Las mujeres miraban en torno suyo con temor. Veían figuras de seres que, sin duda, debían estar muertos, víctimas de la muerte verde. Esos seres caminaban en medio del humo creado por el hombre de bronce.

Doc no había esperado la llegada de los guerreros Herdotanos tan rápidamente. Descubrió en la cueva de los muertos que Johnny, usando un lente telescópico, hizo un film de las amazonas durante sus trabajos de exploración. Se limitó a decir a Johnny que usara su proyector portátil para proyectar el film sobre el humo que Doc crearía.

El humo era verde. Las facciones de las personas representadas en el film no resultaban muy claras, y no parecía sino que eran víctimas de la muerte verde resucitadas.

La estratagema de Doc había hecho suficiente impresión sobre las mujeres para que le permitieran rechazar el ataque que él

presentía. No resultó necesario, pero Johnny llevó a cabo las instrucciones recibidas.

Doc gritó unas órdenes a Johnny. Hablaba inglés y las mujeres no le comprendían. Johnny enchufó un ventilador portátil que usaba para limpiar de aire viciado las cuevas que visitaba en el transcurso de sus trabajos geológicos y el humo verdoso se disipó.

—Doc —gritó Johnny—. ¿Cómo me has reanimado? ¿Qué ha sucedido?

Estaba tan excitado, que por una vez no Se acordó de emplear palabras largas.

Johnny estaba dispuesto a hacerle pregunta tras pregunta; pero el hombre de bronce no tenía tiempo para contestarle. Las mujeres convergían hacia él. Parecían agradecidas, pero sus rostros expresaban algo más que gratitud… una sombría determinación.

La princesa Molah iba de una a otra de sus guerreras. Hablaba en voz tan baja, que Doc no la oía. Un escuadrón de mujeres se apoderó rápidamente de Johnny, le ató fuertemente y le metió en una especie de cámara abierta en la roca del acantilado.

—¡No se te hará daño alguno, hombre de bronce! Ve sin resistirte. La palabra de la princesa Molah es tu fianza.

Doc tuvo que andar bajo la amenaza de la punta de las lanzas. Habría podido escapar, e incluso libertar a Johnny, pero había varias cosas que deseaba saber antes de alejarse de la ciudad del acantilado, y sabía que el primer ataque de Sleek Norton no sería el último.

Deseaba saber cuáles eran los otros puntos vulnerables de la ciudad, pero el hombre de bronce no se daba cuenta de lo que le esperaba. Johnny fué el primero en dárselo a entender.

El geólogo se había puesto penosamente de pie y sacó la cabeza por la ventana cerrada. Una de las mujeres pasó delante y Johnny le preguntó qué era lo que pasaba. La mujer era Zehi y su expresión era de tristeza. Fué sin duda esa tristeza lo que la hizo confiar en el compañero del hombre de bronce. Se expresó con amargura.

Johnny estalló en una risa ruidosa y estuvo a punto de dejarse caer. La risa era desconocida entre las amazonas, que se volvieron curiosas. Johnny volvió a lanzar una sonora carcajada.

—¡Formidable acto de hospitalidad superamalgamada! —aulló —. ¡Estás listo, Doc! —gritó—. La muchacha te halla de su gusto.

Me dicen que no saldremos ya de aquí. Eres el único varón que esa chica ha hallado digno de ser su esposo.

Johnny no podía contener la risa. Doc obraba casi siempre el mismo efecto sobre las mujeres; pero ninguna otra había tomado medidas tan decisivas como ésta.

CAPÍTULO XV

ENTRE LOS BRAZOS DE LA MUERTE

LA escena en el campamento de Sleek Norton era una especie de pastoral de la selva. El bandido se estaba divirtiendo ordenando a los indios cavar un sótano muy profundo. No era exactamente un sótano, pero tenía el mismo aspecto.

A continuación, envió una larga fila de indios en busca de algo. Se alejaron en la obscuridad estremeciéndose… pero Sleek Norton les dio a escoger entre cumplir sus órdenes o digerir una bala. Los indios temían a las balas tanto como a la muerte verde, y se fueron.

Cuando regresaron, llevaban todos, una enorme cesta en la cabeza. Las cestas estaban llenas de hierba. A cada viaje, el sótano se llenó más y más de esa hierba. Sleek Norton reía y se frotaba las manos.

—Excelente —exclamó—. Doc Savage ha muerto y vamos a darles la muerte verde a sus tres amiguitos… así como a ese mico loco…

Química había mordido a Sleek poco después que Hugo Parks llegara al campamento. «Sesos» Parks seguía a Norton, paso a paso, y se enjugaba la frente con un pañuelo de hierbas.

—Tendremos el mundo a nuestras plantas —susurraba—. Haremos…

—Qué tendremos y qué haremos —resoplo.— Tú harás lo que se te indica e irás bien. No lo olvides… y no empieces a tener ideas extrañas.

Gloria Delpane salió de la sombra. Su expresión era de duda.

—Me dijo usted… —empezó.

Parks sonrió, intentando hacerlo con simpatía.

—No se preocupe, Gloria, todo va a pedir de boca. Y no deje que

ese petimetre la asuste.

—¡Cierra el pico! —gruñó Norton—. Puedes quedarte con la dama, aunque no lo harías si tuvieses seso.

Monk y Ham habían sido amordazados, pues su incesante pelea verbal empezaba a atacarle los nervios a Sleek Norton.

Pero amordazarles no había resuelto completamente el problema. Alguien había encontrado la ropa inmaculada de Ham en la selva. El elegante abogado colgó su traje de una rama de un árbol, pero en la actualidad yacía en el suelo.

Monk se limpiaba metódicamente los pies en la hermosa chaqueta de su compañero, y cada vez que así procedía, miraba inocentemente a Ham. Aparentemente, el abogado moriría de apoplejía mucho antes que la muerte verde le hiciese su víctima.

Sleek Norton vio el juguetito y lanzó un grito. Ham y Monk le tenían, como ya hemos dicho, con los nervios de punta. Alejó la ropa de un puntapié y plantó su tacón en las costillas de Monk.

—Sacadles las mordazas —ordenó—. Quiero oírles gritar cuando la muerte les alcance. Estarán muertos poco después de la puesta del sol.

Las primeras palabras de Ham fueron:

—¿Me haría el favor de dar otro puntapié, en mi nombre a esta imitación de mico? Tengo los pies cansados.

Sleek Norton resopló y ordenó a los bandidos meter al cuarteto en el sótano. Los gángsters se estremecieron al obedecerlo.

Una conmoción repentina en la selva les interrumpió. Unos gritos de temor brotaron de los labios de los indígenas. Los asustados guerreros que habían atacado la ciudad del acantilado llegaron atropelladamente. Empujaban delante de ellos al hombre harapiento que hacía las veces de intérprete de Norton.

Pterlodin tenía intención de matar a aquel hombre si el ataque al pueblo hubiese tenido éxito. Eso habría impedido que Norton se comunicase con los guerreros Herdotanos. Norton no hablaba su idioma… Pero el ataque, fracasó.

Gloria Delpane lanzó un grito de alegría al ver a aquel hombre de aspecto tan lastimoso. Intentó acercársele, pero Hugo Parks la rechazó rudamente. Durante un momento, el hombre harapiento pareció a punto de echársele encima, pero acabó por encogerse de hombros resignadamente.

Uno de los indígenas balbuceaba una historia de temor. Norton la hizo traducir por el hombre harapiento. El indígena habló de las grandes llamas y Norton se volvió furioso:

—¡Maldito cobarde…

El indígena seguía balbuceando. Habló del gigante de bronce, y la expresión de Norton se trocó en una expresión de temor.

—Ya le dije que no podía vencer a Doc Savage —se mofó Ham con acento de triunfo.

Sleek Norton se volvió.

—¡Al pozo! —bramó.

Los gángsters se apresuraron a obedecerle. El fornido Renny fué el primero en ser trasladado.

—Buena suerte, amigos —exclamó—. ¡Nos veremos en el Infierno Verde!

—Iba a salvar este pueblo —se jactó Sleek Norton—. Es posible que haya un tesoro allí, pero ahora saldrá del mapa como un puñado de polvo… El acantilado, entero está minado. Todo irá a parar al infierno.

Monk fué el último de los ayudantes de Doc en irse. Cuando Química vio que metían a Ham entre la masa de hojas verdes, se introdujo por sí solo entre ellas. El fiel mono no quería separarse de su dueño.

Monk se esforzaba en rascar la espalda de Habeas Corpus.

—¡Ahueca, marrano! —chilló—. Ve a buscar a Doc. ¡Es inútil que tú mueras también!

Sleek Norton se acercó a Gloria Delpane. La muchacha seguía aturdida por el golpe que le dio Hugo Parks. Parecía sentir deseos de hablar al hombre harapiento. Norton se lo impidió y la ató a un árbol, amordazándola.

—¡No es que no tenga confianza en ti, niña! —susurró—. ¡Pero es preferible tomar precauciones!

Había dos guardias frente a la morada subterránea en la cual Doc Savage era prisionero de las amazonas. Una de las dos mujeres que hacían la guardia creyó que su compañera la llamaba, y se alejó unos pasos para contestarle. A su espalda, una figura silenciosa se deslizó por la puerta.

Cuando la amazona decidió que sus oídos la habían engañado, la figura que dejó la cárcel había desaparecido.

El hombre de bronce decidió estudiar el terreno. Anduvo silenciosamente en la obscuridad, volvió una esquina y se aplastó contra la pared. Unos pasos, extraños por cierto, se acercaban. De pronto se oyó una rápida carrera. Doc no se movió y sus ojos dorados brillaron. El frío hocico de Habeas se refregó contra su pierna.

Monk le había dicho a Habeas que buscara a Doc, y el puerco hizo uso de su nariz, y con la agilidad de una cabra, el marrano trepó por un sendero, demasiado estrecho para un hombre.

Doc lo recogió entre sus brazos. No había nada extraño en su aspecto. Habeas estaba como siempre, pero a continuación el hombre de bronce le espolvoreó el lomo con un polvo, y un mensaje brilló inmediatamente en la obscuridad. Monk había escrito lo que sigue:

«Si estás en la ciudad del acantilado, sal inmediatamente. La ciudad entera saltará, pues está minada. Adiós, Doc. Sufrimos la muerte verde».

Doc salió rápidamente de su escondite. Un minuto después estaba al lado de la casilla en la cual Johnny estaba encerrado.

—Vuelve al lado de Monk —dijo el hombre de bronce a Habeas.

El marrano vaciló, chilló con tono de protesta, pero obedeció.

Doc formuló en voz baja algunas preguntas a Johnny.

—Existe un pasadizo subterráneo —contestó Johnny—. Zehi me lo dijo hace unos momentos. Quiere sacarnos de aquí. Dice que las mujeres tienen miedo a aquel lugar, pues existe una superstición.

Doc tanteó la puerta de la cárcel de Johnny. Estaba hecha de algún metal, y no se movió siquiera. El hombre de bronce no perdió tiempo intentando forzarla de un modo ordinario. Se alejó unos pasos y tiró un frasquito.

Una llama cegadora subió al aire. Doc tiró otro frasco. Una mezcla de termita concentrada consumió la puerta de metal como si hubiera sido de papel. La llama blanca iluminó brillantemente la escena. Unos gritos de alarma subieron al acercarse las mujeres en una loca carrera.

Doc Savage desató a Johnny, y ambos hombres echaron a correr a lo largo de los edificios; pero el pueblo despertaba y todas las mujeres se disponían a interceptarles el paso. La voz fría de la princesa Molah resonó:

—¡Matadle! —ordenó—. ¡Es preferible tenerle muerto que como

enemigo!

No parecía sino que Doc le había causado profunda impresión. Varias lanzas silbaron en el aire. Johnny señaló un agujero en una pared de uno de los extremos del pueblo.

—¡Por ahí debe ser! —gruñó—. Ahí es donde Zehi dijo que estaba.

Doc siguió corriendo. No podía pararse para discutir. Sabía que las mujeres le impedirían penetrar en un pasadizo sagrado aun si lograba convencerlas que estaban en peligro, pero si el acantilado estaba minado, aquel pasadizo subterráneo era el lugar más indicado para ocultar explosivos.

Las mujeres, obedeciendo a unas órdenes dadas con voz gutural, se dirigieron a la entrada del pasaje sagrado en un grupo compacto mientras otras convergían hacia Doc y Johnny.

De pronto, el geólogo descubrió que corría solo. Doc había desaparecido. Las guerreras alcanzaban ya a Johnny, sin molestarse en tirar las lanzas, pues estaban seguras que no podía escapar.

Se oyó la voz de Doc:

—¡Por aquí, Johnny, deprisa!

La voz llegaba de la izquierda. Obedientemente, Johnny echó a correr en dicha dirección y en un instante se vio rodeado de un humo espesísimo. Sintió la presión de unas manos poderosas en sus hombros. Se le hizo dar media vuelta, impulsándole en la dirección opuesta.

La voz de Doc siguió llegando del otro lado:

—¡Por aquí, Johnny! ¡Sube por el acantilado!

Nuevas columnas de humo subieron al aire. Johnny oyó el débil ruido seco de su proyector portátil y deseó ardientemente que las baterías siguiesen cargadas.

Seguían estándolo. Dos figuras vagas se destacaron de pronto luminosamente entre el humo. Podían tomarse por Doc y Johnny y parecían subir en línea recta por la pendiente del acantilado.

Mientras, Doc y Johnny corrían hacia la entrada del pasadizo secreto. Un grito surgió a sus espaldas. Johnny miró por encima del hombro y echó a correr más aprisa.

—Han descubierto que se trata de un ardid —gritó—. Están destrozando el proyector.

En efecto, algunas mujeres, rompían el proyector, pero el resto

iba de un lado a otro, buscando a Doc y a Johnny.

Los dos hombres se hallaban apenas a una docena de yardas de distancia cuando penetraron en el agujero de la pared. Las mujeres se pararon en seco. No intentaron lanzar sus armas por la negra boca del túnel, y empezaron a hablar en voz baja. La alta figura de la princesa Molah surgió entre ellas. La princesa se detuvo y habló:

—Has escogido tu propio fin, hombre de bronce —dijo—. No puedo hacer más por ti.

Había un dejo de pesar en el tono de su voz. Levantó la mano y empujó una palanca oculta. Una puerta de piedra bajó del techo y cortó toda retirada.

El pasadizo estaba abierto entre roca maciza y su suelo era húmedo y resbaladizo. Doc encendió una lamparilla eléctrica y se dio cuenta que iba estrechándose. Un río subterráneo lo cruzaba. Las paredes eran lisas y chorreaban agua. Pequeños animales parecidos a ratas corrían delante de los dos hombres.

Al cerrarse la puerta de piedra detrás de él, Johnny se volvió. Unos ojos amarillos le miraban con malevolencia. Un gato salvaje lanzó su grito.

—¡Corre, Doc! ¡Cruza el río! —gritó Johnny.

Uno de los animalejos, asustado por el grito del gato salvaje, se zambulló en el río subterráneo. El agua entró en conmoción, se tiñó de sangre y Johnny se echó atrás, asombrado.

—¡Perturbación submarina de proporciones teratogénicas! —murmuró el arqueólogo.

—Son pirañas —dijo Doc—. Transformarían un caballo en esqueleto en diez minutos. Esos ríos están llenos de ellas.

El gato salvaje volvió a lanzar su grito en la obscuridad del túnel.

—Vamos —dijo Doc, y tiró una cápsula en el agua al acercársele. Hubo una explosión sorda y un surtidor de agua brotó.

—Explosión minúscula —explicó el hombre de bronce—. Hará las veces de bomba de profundidad. No matará a los peces, pero los aturdirá por unos momentos.

Doc y Johnny se metieron en el río, cuyas aguas les llegaron a la cintura.

A los pocos segundos estaban en la otra orilla y seguían adelante. El aspecto del pasadizo subterráneo cambió, y allí donde

sólo había roca resbaladiza, se veían ahora matorrales; a trechos, se distinguían árboles raquíticos.

Un silbido salió de los matorrales. Johnny saltó a un lado al alargarse un tentáculo con el fin de agarrarle.

Doc se acercó corriendo con el fin de socorrerle. Su lámpara alumbró el animal retorcido que amenazaba al arqueólogo; pero no vio al otro que se alargó. Aquel era más grueso que un brazo humano. Era una boa gigantesca, que se enrolló alrededor de la cintura de Doc, levantándole en el aire.

CAPÍTULO XVI

ENTRE DOS FUEGOS

SLEEK Norton estaba disgustado. Los bandidos que caminaban en fila india detrás de él estaban más que normalmente quietos. En cierta ocasión, cuando Sleek Norton estaba enfurecido, le sacó las uñas de ambos pies a uno de sus lugartenientes por haber cometido el hombre un error en un trabajo que estaba realizando.

Sleek estaba más que normalmente disgustado aquella vez. Los gángsters pensaron que era preferible sin duda que Pterlodin no hubiera regresado, es decir, preferible para el brujo. La mayoría de los bandidos habrían disfrutado viéndole sacar las uñas de los pies a Pterlodin, que había estado tan seguro de que capturaría la ciudad del acantilado.

Norton gruño en voz alta, hablando consigo mismo, a la cabeza de la columna:

—Hay un túnel de una milla de largo —decía—. A medio camino tengo instalados los conmutadores. Haré saltar la otra mitad del túnel y el acantilado entero basta el infierno. Todo quedará hecho polvo. Las mujeres y Doc Savage quedarán enterrados a tanta profundidad, que no les hallarán nunca ni con una draga a vapor.

Alguien escuchaba estas palabras de Norton con suma atención y a unos cincuenta pies escasos de distancia. Norton no veía a este miembro de su auditorio. Es probable que hubiera pensado en arrancarle las uñas, de haberle puesto los ojos encima.

Había pánico en el rostro cruel y pintarrajeado de Pterlodin. Sus cuernos de antílope se mecían de terror mientras se arrastraba entre los matorrales. Pterlodin comprendía bastante inglés para darse cuenta de lo que Norton decía, y se estremecía de miedo. Podía desear la conquista del pueblo, pero no quería ver destruida la

ciudad del acantilado.

Pterlodin cambió de pronto de expresión. Los músculos de su cara se contrajeron. Tal vez fué un remordimiento de conciencia. La cuestión es que llegó aparentemente a una decisión.

Apretó a correr entre la maleza con una rapidez increíble, dirigiéndose a la meseta que dominaba el pueblo.

El brujo tenía allí una cuerda de enredaderas oculta para casos de apuro. Atando fuertemente uno de sus extremos, dejó caer el otro por la cara del acantilado, se deslizó por la misma y aterrizó silenciosamente en el suelo del pueblo. Sabía que no le acogerían con palmas y vítores y que sería preciso dar rápidas y buenas explicaciones.

Pero Pterlodin no estaba preparado para la confusión que encontró allí. Las mujeres corrían de un lado a otro, hablando en voz alta entre ellas. El brujo no necesitó más que un momento para darse cuenta de lo ocurrido. El hombre de bronce y su amigo habían escapado por el túnel sagrado.

Al oír mencionar al ayudante de Doc, Pterlodin frunció el ceño. Luego, el ceño fué reemplazado por una sonrisa astuta. Estaba tan satisfecho que empezó a hablar solo.

—Lo que Norton desea en realidad —dijo— es la muerte del hombre de bronce. Tal vez pueda dar un golpe doble con un solo esfuerzo.

El brujo se acercó a un grupo compacto de mujeres guerreras. Estas le dominaban con su aventajada estatura, y un aullido de rabia subió al aire cuando divisaron al fugitivo. Media docena de ellas le amenazaron con sus lanzas. Pterlodin empezó a temblar. Cayó al suelo y se arrastró a sus plantas, suplicándoles que le llevaran a presencia de la princesa Molah en el acto.

Pterlodin no fingía miedo. Estaba de veras aterrorizado. Las mujeres se impacientarían quizá, atravesándole el pecho con sus lanzas. Era cierto que Pterlodin había sido su brujo, pero no por ello dejaba de ser hombre y se le toleraba antes que temerle.

Pero peor aun, Pterlodin sabía que Sleek Norton y sus hombres no tardarían en llegar a los explosivos ocultos. Se daba cuenta de la huida del tiempo y, gimiendo, se arrastró por el suelo hasta la princesa. Esta le paró clavándole una lanza en la carne de la espalda.

Pterlodin yacía aplastado contra tierra, hablando con la boca en el polvo.

—Princesa Molah —gimió—. Te traigo noticias de tus enemigos. No he obrado contra ti como puede parecer, sino que en realidad he estado protegiendo vuestras vidas.

—¿Cómo, gusano? —dijo secamente la princesa—. Habla pronto, antes de que te empale como mereces.

—Perdona, princesa —lloró Pterlodin—. He venido a avisarte, poniéndote en guardia contra las malas artes del hombre de bronce. Está a punto de destruir nuestra ciudad con fuego que sale de la tierra. Sin duda, ha matado a las serpientes sagradas y nos aniquilará a todos.

Lo de las serpientes era una pura invención por su parte, pero soliviantó a las mujeres. No sólo adoraban a las boas sagradas; pero se desprendía que temían que algo horrible ocurriera si las serpientes morían. Tenían, sin duda, a Doc Savage en gran concepto cuando le creían capaz de conquistar a las boas.

Corrieron a la puerta de piedra del pasadizo sagrado. Unos complicados contrapesos la abrieron. La voz de la princesa dominó las demás.

—¡Si el hombre de bronce ha sobrevivido a las serpientes, matadle! —gritó—. ¡Su cuerpo ha de quedar convertido en cenizas! ¡El hombre de bronce es un espíritu maligno!

Las mujeres penetraron a la carrera en el pasadizo sagrado. El pueblo entero se vació. Unos largos tablones fueron pasados de mano en mano hasta la vanguardia y colocados de una a otra ribera del río, poblado de mortales pirañas. Las mujeres siguieron adelante. Algunas llevaban hachas, pero la mayoría sostenían lanzas y flechas untadas de veneno mortal.

Sleek Norton alcanzó la entrada exterior del pasadizo parecido a un túnel antes de que Pterlodin alcanzara la ciudad del acantilado. La entrada era un mero hoyo en la ladera de una colina y estaba bien oculto por la maleza. Sleek hizo parar a sus gángsters unos momentos.

Norton se había enterado de la existencia del pasadizo por Pterlodin, pero el temor a las serpientes, a los peces carnívoros y a los reptiles venenosos de que le había hablado el brujo le había contenido en su deseo de seguir el túnel hasta la ciudad del

acantilado.

—¿Qué hacemos, jefe? —inquirió uno de los gángsters.

—Tú te vienes conmigo —dijo secamente Norton—. Hay bestias ahí dentro. Dispara sobre lo que se mueva. No esperes a ver lo que es.

Varias lámparas eléctricas alumbraron el túnel y Sleek avanzó cautelosamente. El agua goteaba del techo sobre su cabeza. Aquel lugar estaba húmedo y resbaladizo. Más de un gángster se estremeció de aprensión, pues el túnel tenía una atmósfera tétrica, de verdadera tumba. Olía a moho como si tuviese un millar de años de existencia.

De pronto, Sleek Norton se paró y masculló un terno. Se oían voces de mujeres a distancia, delante de ellos. Era el grito de una muchedumbre que se prepara a matar. Sleek Norton ignoraba que Doc Savage y Johnny se hallaban en el centro del túnel; pero comprendía que las amazonas llegaban del otro extremo y tomó una decisión rápida.

—Corred —ordenó— Es preciso que lleguemos a esos conmutadores antes que las mujeres.

Olvidando toda prudencia, Norton corrió por el suelo fangoso seguido de cerca por sus gángsters. Todos iban armados de fusiles ametralladoras.

Por una vez, Doc había encontrado músculos más fuertes que los suyos. La boa constrictor tenía unos dos pies de circunferencia en el centro y sus anillos rodeaban completamente al hombre de bronce.

Doc luchó, intentando levantar loe brazos para alcanzar el chaleco interior que llevaba con su equipo. Los músculos de su cuello se tendieron como cables, pero la serpiente se limitó a moverse y a apretar sus anillos. Cuanto más luchaba el hombre de bronce, más se estrechaba el abrazo del reptil.

Johnny no habló más que una sola vez... Eso fué cuando la primera boa que hallaron le agarró.

—¡Extraordinaria tenacidad de los músculos de coartación! —murmuró y, habiendo soltado estas palabras, Johnny luchó en silencio.

También Doc forcejeaba sin hacer ruido. Sus manos estaban libres hasta la muñeca. Probó las tretas del jiu-jitsu que resultaban posibles con tan escasa libertad de movimiento e intentó contraer

su ancho pecho repentinamente, luchando en vano para poder alcanzar su chaleco.

La gran serpiente contrajo sus anillos. Sus huesos y sus músculos se tendieron y el hombre de bronce dejó de luchar. Su cabeza colgaba lánguidamente a un lado. Sus ojos dorados estaban entornados y una exclamación ahogada salió de sus labios. Eso fué todo.

La boa tenía hambre, pues no había comido hacía tiempo. Sin duda, las amazonas mantenían a las serpientes medio muertas de hambre para asegurarse de que atacarían a cualquier intruso o desgraciado prisionero que decidiesen sacrificar al dios-serpiente.

La boa aflojó levemente sus anillos, pero no del todo. Se limitó a hacerlo alrededor del pedazo que iba a tragar en primer lugar. La cabeza de Doc estaba vuelta hacia su boca. Un pequeño antílope había sido la última comida de la serpiente.

Pero una boa puede abrir las mandíbulas para recibir cualquier pedazo, sea del tamaño que sea. El límite de extensión es milagroso. Las mandíbulas se abrieron lo suficiente para tragar la cabeza de Doc y sus hombros. Una boa constrictor no chupa su comida, ni siquiera la muerde. Se limita a tragarla y deja que su poderoso jugo gástrico haga el resto.

Desgraciadamente para aquella boa, tenía mucha hambre. De no ser así, habría seguido apretando un momento sus anillos antes de intentar tragar su comida.

Doc Savage contó con ello al dejar de luchar. Si la serpiente estaba verdaderamente hambrienta, empezaría a tragar enseguida. La boa tuvo que soltar los brazos de Doc para cogerle por las piernas. Pero Doc no había perdido el conocimiento un solo instante.

Tan pronto como los anillos se movieron, los dedos de Doc se introdujeron en su chaleco. Sacó una jeringuilla para inyecciones de un bolsillo y la hundió en el estómago de la gran serpiente. Esta empezó a aflojar su presión. Doc hundió la jeringuilla por segunda vez.

Pero varios minutos se habían perdido. En su posición actual, Doc no oyó la con —, moción al otro extremo del pasadizo. No se dio cuenta de ella hasta haberse soltado. Oyó entonces el barullo y vio a las mujeres que corrían al final del túnel.

En aquel instante, uno de los gángsters de Norton disparó sobre algo en el otro extremo del túnel.

Doc Savage se volvió a la boa que sujetaba a Johnny. El huesudo arqueólogo estaba inconsciente. Doc hundió la jeringuilla en la boa y estiró las gruesas anillas con sus poderosas manos. Otra jeringuilla surgió en su mano. La hundió en las venas del cuello de Johnny y los párpados de éste se movieron.

—Asombroso fenómeno de resurrección —murmuró.

La vuelta a la vida de Johnny fué asombrosamente rápida. No tenía los poderes de resurrección de Doc, pero la mezcla que el hombre de bronce le había inyectado en el sistema venoso le devolvió inmediatamente la fuerza.

Doc Savage se puso de pie. Las mujeres llegaban, gritando que Doc había matado a las serpientes sagradas. Doc y Johnny habrían podido escaparse fácilmente, a no ser porque Sleek Norton y sus hombres llegaban en la otra dirección.

No era imposible que Doc y Johnny les engañaran a todas y pasaran de largo hasta la salida. La confusión al encontrarse el ejército de mujeres con los gángsters sería terrible, pero Doc sabía que Sleek había colocado explosivos en el pasadizo sagrado y no quería exponer a las mujeres al mortal fuego de los fusiles ametralladoras que llevaban los gángsters.

—Recoge esa boa, Johnny —ordenó Doc.— Y sígueme.

Doc levantó la enorme boa que le había atacado. Parecía imposible que un solo hombre pudiese llevar a semejante animal. La boa que había atacado a Johnny era mucho más pequeña, pero aun así, su peso era respetable. Johnny se tambaleaba levemente, pero corría, pisándole los talones al hombre de bronce.

Doc Savage no encendió su lámpara. El débil resplandor de las antorchas de las mujeres era la única luz que tenía, pero bastaba a sus ojos acostumbrados a ver en una obscuridad casi completa. Doc halló los conmutadores colocados por Sleek Norton. Eran de un tipo moderno, usado para explosiones a distancia. Sus hilos eran de alta tensión y hechos para resistir a la intemperie.

Lo primero que hizo Doc fué cortar los hilos. Les dio un tirón y un centenar de pies o más cayó de la pared del túnel.

Doc lo enrolló formando un ovillo y lo tiro en una grieta. Se necesitaría algún tiempo para reparar el daño, en el caso de que

Sleek Norton alcanzara los conmutadores.

En aquel instante, las mujeres llegaron, doblando un recodo del túnel. Doc se volvió a ellas y tiró dos cápsulas diminutas por encima del hombro. Apenas si movió los dedos, pero las cápsulas fueron a parar a doscientos pies de distancia en el corredor y una espesa niebla llenó de pronto el túnel.

Sleek Norton corrió en medio de la niebla, que le aturdió de pronto. Se paró. Adivinó que Doc Savage tenía que ver con ella y no quiso seguir adelante hasta ver más claramente lo que le esperaba.

Doc se volvió a las mujeres, teniendo cuidado de mantener la serpiente entre ellos. Habló rápidamente en el lenguaje de la tribu y mientras hablaba colgó la serpiente por el pasadizo, usando un fino alambre. Se parecía a un domador de serpientes a punto de dar una representación.

—Vuestra serpiente sagrada no está muerta —dijo serenamente — Pero si seguís avanzando lo estará. Haced lo que os diga y revivirá.

La princesa Molah se adelantó. —Es un ardid— declaró —. ¡Apoderaos del hombre de bronce!

En aquel instante, Sleek Norton salió de la niebla.

—¡Fuego! —gritó—. Tenemos a Doc Savage. ¡A él!

El hombre de bronce se movió rápidamente. Dio un paso atrás y una de sus manos tocó levemente la serpiente. El enorme reptil empezó a retorcerse ligeramente: estaba bien vivo.

Un grito se elevó entre las mujeres, que empezaron a postrarse delante de la serpiente sagrada. Doc dio unos pasos atrás y dejó caer una bomba diminuta. Un humo espeso y acre subió en columna a su espalda.

El primer pensamiento del hombre de bronce había sido por la seguridad de las mujeres. No quería exponerlas al fuego mortífero de las armas de Sleek Norton y de su banda. Sabía que no cruzarían el camino de su serpiente sagrada, al descubrir que ésta seguía viva.

Doc se volvió para enfrentarse con Sleek Norton. Los gángsters sonreían. Por todas partes surgían pistoleros, cuyos fusiles ametralladoras encañonaban a Doc y a Johnny.

—¡A ellos, muchachos! —ordenó Sleek.

CAPÍTULO XVII

AGUAS ROJAS

DOC tenía los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Sus ojos dorados contemplaban a los gángsters sin emoción. Los pistoleros sonreían cruelmente. Disfrutaban con aquella situación y parecían deseosos de prolongarla tanto como pudieran.

El hombre de bronce levantó los brazos, como haría cualquiera al verse detenido por el enemigo. Aquel gesto instintivo arrancó una risa de Sleek Norton, pero una risa breve.

Doc levantó los brazos rápidamente, en un gesto decidido y se oyó un sonido débil, parecido a un chirrido.

Sleek Norton no acabó de comprender lo que ocurría entonces, pero todas las lámparas de sus hombres se apagaron. Las que no estaban encendidas en aquel momento resultaron luego fuera de servicio. Unos alambres delgados, reunidos a una dinamo de alta frecuencia que Doc llevaba, sobrecargaron las lámparas, quemando las ampolletas.

—¡Disparad, muchachos! —gritó la voz de Doc en la obscuridad —. ¡Acabad de una vez!

Los gángsters blasfemaron y gritaron. La mayor confusión reinaba en el túnel. Doc no estaba allí donde habían oído su voz. En las tinieblas, perdieron el sentido de la dirección y Doc los engañó con un truco de ventrílocuo.

Las balas rebotaron en las paredes de roca de la cueva. Los pistoleros gritaron de agonía al caer heridos por sus propias balas.

Otros se figuraron que Doc disparaba y, excitados, contestaron a aquel fuego imaginario.

Sleek Norton fué más listo que sus secuaces. Por eso, sin duda, era jefe de banda. Tan pronto como las luces se apagaron, Sleek se

escabulló. Sabía demasiado respecto a Doc Savage para luchar con él en las tinieblas. Además, Sleek tenía otros planes. No creyó encontrarse con Doc Savage en el túnel, pero Sleek era hombre precavido y por eso llegó a la edad que tenía. Su deseo era vivir mucho más todavía…

Doc Savage y Johnny se orientaron en el túnel. La mayor quietud reinaba. Johnny sentía el deseo de hacer gran número de preguntas al hombre de bronce, pero le faltaba tiempo.

—¿Cómo has podido resucitarme, Doc? —preguntó—, ¿Estaba de veras muerto?

Johnny se parecía a un hombre en un trance. No podía decir hasta dónde llegaban sus sueños o qué parte de ellos habían ocurrido en realidad.

—No hay tiempo para preguntas ahora —dijo el hombre de bronce—. Hemos escapado de esa trampa con demasiada facilidad. Creo que nos esperan.

Johnny calló y siguió a Doc por el suelo desigual del túnel, manteniendo una mano en la espalda del hombre de bronce. Aun así, Johnny tropezaba a menudo. La vista excepcional de Doc le permitía evitar cualquier obstáculo.

Finalmente, vieron las brillantes luces de la entrada. No había duda que les esperaban. Sleek Norton y dos o tres gángsters sobrevivientes estaban a la vista. Todos llevaban fusiles ametralladoras y miraban al interior del pasadizo.

La boca del túnel era ancha y concluía en forma de abanico. Había tres salidas distintas, como si un río impetuoso hubiera cruzado el túnel en otros tiempos, creando una serie de deltas.

Doc y Johnny torcieron a la derecha. Sleek y sus hombres parecían vigilar otra salida.

—Nos dan la espalda —murmuró Johnny—. Si corremos, tal vez podamos escapar de aquí.

El hombre de bronce hizo una cosa peculiar. Le hizo dar media vuelta a Johnny, diciéndole que saliera por la abertura central. Johnny se mordió los labios. Doc no acostumbraba sacrificar a sus hombres, pero Johnny dedujo que tenía formado algún plan.

—Muy bien, Doc —murmuró y se alejó en dirección al fusil de un gángster que podía ver de lejos.

Doc siguió por el pasadizo contiguo.

Cuando el tiroteo comenzó, Johnny descubrió por qué Doc le había mandado por el pasadizo central. Doc gritó en maya, diciéndole a Johnny que se abriese camino por la manigua con el fin de hallar el campamento en el cual Monk y Ham estaban prisioneros.

Doc se tiró al encuentro de los fusiles ametralladoras.

Sleek Norton esperaba coger a ambos hombres. Dispuso con habilidad unos espejos en la entrada del túnel y aunque él y sus hombres parecían vigilar la salida central, en realidad vigilaban la de la derecha.

Doc tiró unas bombas anestésicas contra sus enemigos. Los gángsters suspiraron y se durmieron. Hubo unos cuantos tiros esporádicos y nada más… o casi nada más…

Sleek Norton llamó a Hugo Parks. Sleek había visto a Johnny que salía por el otro lado. Hugo y Sleek llevaban instrumentos que tenían el aspecto de extintores de incendios. Parks disparó en dirección al geólogo.

El jefe de la banda corrió entonces un riesgo enorme. Contuvo la respiración y penetró en la nube de gas anestésico. Doc Savage se hallaba en el centro de aquella nube. Norton no llegó a tocarle. Se paró, prestó el oído y oyó las pisadas de Doc, a pesar de su ligereza. Se oyó un leve ruido en las tinieblas y un olor acre llenó la atmósfera.

Doc se volvió y se acercó a Norton. Este echó a correr. En aquel instante, otros gángsters sobrevivientes salieron del túnel. Los que no quedaron mal heridos estaban enloquecidos con el deseo de matar. Dispararon sus balas sobre el hombre de bronce. Doc desapareció entre las copas de los árboles.

Sleek Norton se echó a reír de un modo estridente. Por medio de signos, dio órdenes a uno de los indios que había traído. El indio sonrió y subió a los árboles con una facilidad y elegancia que se parecían mucho a las del hombre de bronce.

Norton volvió a reír.

En aquel instante, una fila de guerreros Herdotanos salía de la manigua, empujando a Johnny, fuertemente atado, delante de ellos. En su huida, éste había dado con ellos.

—Le daremos una muerte fácil —dijo Norton con acento de satisfacción—. La de Doc será más dura.

Doc Savage no esperaba el entretenimiento que Sleek había preparado para él, pero su fino olfato le dijo instantáneamente lo que había ocurrido. No anduvo lejos antes de hallarse en un aprieto.

Unos feroces gatos salvajes le rodearon. Sus gritos se oían a lo lejos en la manigua. Acudían corriendo hacia Doc como partículas de acero atraídas por un imán. Doc corría por los árboles.

Habría podido eludir a un gato salvaje y luchar con éxito contra dos o tres, pero una docena o más de las enormes fieras le daban caza.

Doc se tiraba incansablemente de rama en rama, pero los enormes gatos le perseguían con igual facilidad. Otros más llegaban de la espesura… Esos gatos seguirían a Doc hasta cogerle.

Sleek Norton preparó un producto que olía como sangre para un carnívoro. Llevado a distancia por el aire húmedo, atraía a todos los animales de presa de la selva.

Doc podía quitarse la ropa, pero sería inútil, pues Sleek le había rociado la piel y el cabello.

Dos enormes gatos asaltaron al hombre de bronce por ambos lados. Doc cayó como un plomo a doce pies de distancia. Otros gatos surgieron en el suelo, gruñendo sordamente y desnudando largos colmillos.

Entonces, el hombre de bronce reunió todas sus fuerzas para correr, en una última tentativa para escapar. Un enorme gato ganaba terreno y corría entre los árboles más deprisa que Doc. Delante, se oía un ruido de agua corriente.

A su espalda, una figura solitaria seguía. Era el guerrero Herdotano, puesto sobre su pista por Sleek Norton, El hombre sonreía de satisfacción, demostrando con su expresión que veía el fin próximo.

Un gato saltó con un grito ensordecedor. Otros le imitaron. El túnel en que se hallaba estaba en la orilla de un río tropical. En todas direcciones acudían los gatos salvajes y se veía en aquel último árbol una masa de pieles que luchaban entre sí.

El árbol se desplomó con un crujido siniestro, cayendo en las aguas lentas del río. Inmediatamente, el agua hirvió y se tiñó de rojo. Aquello duró largo rato, extendiéndose la mancha y removiéndose las aguas. Había, sin duda, allí miles y miles de voraces pirañas, que se daban un verdadero banquete.

Uno de los gatazos gritó una vez y casi instantáneamente sus huesos quedaron limpios como si un buitre hubiera pasado una semana mondándolos, pues así es cómo las pirañas trabajan.

El indio se deslizó hacia la orilla. El árbol que se había desplomado era pequeño y no alcanzaba a mucho más de veinte pies en el río. Este tendría, por lo menos, un centenar de pies de ancho.

Los guerreros Herdotanos sabían que ningún hombre habría podido cruzar seis pies de aquella agua, y menos los restantes ochenta.

Mientras el indio vigilaba, un pedazo de la camisa de Doc Savage subió a la superficie del agua.

El indio gruñó de satisfacción; pero era cauteloso y concienzudo. Siguió la orilla cosa de una milla, halló un tronco que formaba puente sobre el agua y lo cruzó.

En la otra orilla, buscó huellas en el suelo. Luego levantó la voz para decir en el dialecto de la manigua que cualquiera, aun sin conocer el idioma, habría traducido fácilmente:

—¡El hombre de bronce está muerto!

CAPÍTULO XVIII

NUBES QUE PASAN

POR primara vez desde hacía horas, Sleek Norton se sentía feliz. El informe del mensajero indio le había animado. Su plan dio buenos resultados y Doc Savage estaba muerto.

El rostro delgado de Johnny palideció al oír el informe del indio. Este no ahorró los detalles y sus palabras fueron traducidas por el hombre harapiento que llevaba polainas de cuero. Johnny no necesitaba intérprete, pues entendía fácilmente aquel lenguaje.

Gloria Delpane estaba en el cuarto en el cual Johnny se hallaba prisionero, en el campamento de Norton. Sus ojos se llenaron de lágrimas al oír de labios del hombre harapiento la historia del fin del hombre de bronce, pero había algo extraño en sus lágrimas, como si no llorara tan sólo por Doc Savage, sino por otro motivo también.

Johnny se dominó haciendo un esfuerzo y, al volverse a la muchacha, le dijo con voz dura, para ocultar su sincera pena:

—¿Qué representa usted en medio de todo esto?

—Doc… Savage debió creer que era responsable de parte de sus contratiempos —sollozó ella.

—¡Explíquese! —contestó bruscamente Johnny, que no era tan sensible como Monk a los encantos femeninos, aunque no podía menos de encontrar a la chica muy hermosa.

En cortas frases, la muchacha le refirió cuanto había ocurrido antes de la salida de Johnny a escena. Le ayudó a comprender por qué Doc y los demás se trasladaron a la manigua y los motivos que les impulsaron a hacer varias cosas.

—Sé… sé que me vieron cuando huí de su oficina —concluyó brevemente—. Luego narcoticé su café a bordo del dirigible y huí

con Hugo Parks; pero ignoraba que éste intentaría matarles.

—¿En otras palabras? —sugirió Johnny con vehemencia.

La muchacha suspiró.

—Buscaba a mi hermano, Scotty Falcorn —dijo.

Los ojos de Johnny se ensancharon.

—Sospechaba que los hombres que llegaban a la manigua intentarían ver al señor Savage y fui a su oficina. Llegué para ver a Hugo Parks que huía, llevándose una camisa. Se parecía a una camisa que había hecho para mi hermano y le seguí.

—¿Sí?

—Alcancé a Hugo Parks y me prometió explicármelo todo, pero huyó. Supongo que pensó que yo podía volver a ver al señor Savage, diciéndole que le había visto cerca de su oficina. Parks envió entonces unos hombres que me raptaron en mis habitaciones.

La muchacha se estremeció como si volviese a vivir aquella escena.

—Pero huí y hallé las habitaciones de Parks —Allí descubrí la camisa. Era la de mi hermano. Me enteré que Doc Savage iba a venir aquí en su dirigible y me oculté a bordo.

—¿Y Parks?

—Me… me halló a bordo del dirigible y me dijo que si no le ayudaba, mi hermano moriría. Me acobardé y además me aseguró que Doc Savage y sus hombres eran, en realidad, mis enemigos. De… deseaba hallar a mi hermano e intenté ganar bastante dinero en Nueva York para subvencionar una expedición que fuera en su busca. Cambié de nombre y empezaba a ahorrar…

—¿Le halló usted? ¿Estaba aquí?

Las lágrimas volvieron a rodar por las mejillas de la muchacha. Sin contestar, señaló el cuarto contiguo donde el hombre harapiento seguía interpretando para Sleek Norton. El gángster parecía deleitarse con los detalles de la muerte de Doc Savage que se hacía repetir varias veces.

—¡El hombre de las polainas es… mi hermano! —sollozó la muchacha—. ¡El es Scotty Falcorn!

Johnny no contestó. Toda demostración de simpatía era inútil. Comprendía lo que le había sucedido a Falcorn. El joven aviador cayó en la manigua, siendo hecho prisionero por los indios. Estos le perdonaron la vida. Posiblemente obraron como si él les mandara,

pero en realidad era cautivo y no se le permitía nunca escapar.

Unos informes similares circularon en otros tiempos respecto al piloto Paul Redfern que desapareció en el distrito del Infierno Verde del Matto Grosso. Nadie halló nunca a Redfern y se ignoraba si los rumores eran ciertos o no; pero no cabía duda que Falcorn era prisionero.

El aviador no podía esperar ayuda alguna de Sleek Norton. El gángster no tenía intención de devolver a la civilización a nadie que pudiera explicar lo que en realidad ocurrió en la selva.

Los pensamientos de Johnny obtuvieron confirmación casi instantáneamente.

—¡Salimos de aquí en el acto! —dijo Norton con voz seca—. ¡Preparad ambos dirigibles!

Bajando la voz Norton dio nuevas instrucciones. Hugo Parks rió ruidosamente, pues las órdenes parecieron obtener su entera apreciación.

Los gángsters protestaban débilmente, como asustados. Norton venció sus escrúpulos con rudeza. Sacó entonces varios trajes de goma, completamente impermeables, con los cuales sería físicamente imposible que unos hombres viviesen mucho tiempo en la manigua.

Aquello no pareció preocupar a Norton. Rió ante las protestas que surgieron y amenazó con la muerte al próximo hombre que abriese la boca. La promesa surtió efecto. Entre la muerte segura y una probabilidad de vivir, los gángsters decidieron correr el riesgo.

Tres de ellos vistieron el traje de goma. Tenían la cara muy encarnada y sudorosa.

Cautelosamente, se acercaron al pozo en el cual habían tirado a los ayudantes de Doc. Se notaba allí un olor dulce y débil, pero los gángsters no lo notaban siquiera, Se ahogaban materialmente en sus trajes impermeabilizados.

Temerosamente, como si de un momento a otro temiesen perder el conocimiento y quizá morir, los tres bajaron al pozo. Una vez dentro, se dieron prisa.

Los tres tuvieron que juntar sus fuerzas para levantar el corpachón de Renny y sacarlo. El cuerpo estaba tieso y verde, con el aspecto de momia que caracterizaba a las víctimas de la muerte verde.

Monk y Ham fueron sacados después y, último de todos, salió el cuerpo de Química. Los gángsters discutieron antes de levantar al mono y estuvieron a punto de dejarlo allí.

Sleek Norton puso fin a la discusión saliendo de la casa con una ametralladora. La vista de la temible arma bastó para que llevaran a cabo sus instrucciones.

En la orilla del claro, un puerco de extraño aspecto, largas piernas y orejas colgantes, miraba la escena. Un observador casual habría podido creer que el marrano se daba cuenta de lo que sucedía.

Habeas Corpus obedeció a Doc... en la medida de lo posible. Regresó al campamento donde había visto por última vez a Monk y a Ham, pero ya no los halló. Los únicos olores que llegaban, hasta él eran desconocidos y peligrosos.

Habeas gimió suavemente al ver que sacaban los cuerpos de sus amigos del pozo. De haber pensado que seguían vivos, Habeas habría corrido a luchar con ellos pero su hocico le dijo lo contrario.

Solo y abatido, el puerco acabó por ocultarse entre la maleza, disponiéndose a esperar. Todavía le quedaba el hombre de bronce.

Los cuerpos de las cuatro víctimas de la muerte verde fueron trasladados a bordo del dirigible de Doc. Sleek Norton decidió usar ese dirigible. A pesar de su dinero, no le había sido posible comprar otro que igualara al del hombre de bronce.

Norton se dignó dar explicaciones a Hugo Parks.

—Doc Savage está muerto; todos lo sabemos, pero no vamos a correr riesgos innecesarios. Conservaremos los cuerpos a bordo algún tiempo y les dejaremos caer, uno a uno, desde varios miles de pies de altura. Eso concluirá con el peligro para siempre.

Parks meneó la cabezota. —Tengo impaciencia por volver a las luces de la ciudad— dijo con júbilo —. Lo que tenemos esta vez es algo formidable. Casi no es posible acuñar moneda...

Norton gruñó. Quiso hacer un gruñido pesimista, pero fracasó. También él deseaba volver a Broadway y no iba con las manos vacías. Debajo del brazo llevaba una caja de plomo bastante grande. Hugo Parks tenía otra igual. Ambas habían sido colocadas a bordo del dirigible de Doc.

La mayoría de los gángsters habían recibido la orden de subir a bordo del dirigible de Norton. Este decidió que podía viajar con una

tripulación reducida, pero hizo acompañar a Johnny a bordo del dirigible por varios pistoleros y le hizo encerrar en el mismo almacén que Gloria Delpane había usado como escondrijo cuando embarcó como polizón.

Mientras, gran número de indios Herdotanos iba llegando. Guardaban un silencio amenazador y vigilaban los preparativos de marcha con ojos tristes y las armas en la mano.

Los hombres blancos les habían prometido muchas cosas: entre ellas, que domarían a las hermosas mujeres de la ciudad del acantilado y que los indios podrían tomarlas por esposas.

Esta promesa no se había cumplido. En cambio, muchos guerreros Herdotanos habían muerto y la ciudad del acantilado seguía en poder de las amazonas.

Por mediación de Scotty Falcorn, que hacía las veces de intérprete, Norton intentó hacer creer a los indígenas que regresaría. En realidad su intención era volver, pues tarde o temprano necesitaría mayor cantidad del género que se llevaba del Infierno Verde. Además, deseaba visitar la ciudad del acantilado, donde sospechaba que había tesoros. Prefería, pues, que los indígenas se mostrasen amistosos a su regreso.

Pero si no lo eran... Se encogió de hombros e hizo una seña a dos de sus pistoleros. Hizo un leve gesto con la cabeza y dejó caer los párpados.

Los pistoleros asintieron sin llamar la atención, sacando dos ametralladoras y se aseguraron de que las cámaras estuvieran llenas de cartuchos. A continuación, se llenaron los bolsillos de municiones. Sus ademanes eran seguros y reposados. Estaban acostumbrados a esa clase de trabajos.

El jefe de la banda hizo un último viaje al camarote que le sirvió hasta entonces de cuartel general. Cuando regresó, traía varias botellas que manejaba como algo muy valioso. Y lo eran para él, pues eran la llave que iba a traerle millones.

Siguiendo la orden de Norton, Scotty Falcorn pidió a regañadientes a los indios que ayudasen a la maniobra de soltar a ambos dirigibles. Los indios se mostraban hoscos y reacios. Únicamente la amenaza de las ametralladoras logró hacerles obedecer.

Lentamente, los dos dirigibles fueron llevados a un sitio desde el

cual podían elevarse. Sus motores roncaron y sus hélices empezaron a girar. Los indios soltaron las amarras y las naves aéreas se remontaron en el aire. A bordo del dirigible de Norton, los dos gángsters que recibieron orden de Sleek se pusieron al trabajo.

Pasaron un rato excelente. Hay hombres que disfrutan con matar a otros seres indefensos. Sus ametralladoras rugieron ásperamente. Los indígenas echaron a correr con escasa probabilidad de poder escapar. Cayeron bajo las balas como los títeres de una galería de tiro.

Scotty Falcorn logró alcanzar una de las chozas, pero el piloto sentía la inutilidad de sus esfuerzos por escapar. Logró esquivar las balas, pero tal vez habría hecho mejor de no haber huido.

Los indios Herdotanos sobrevivientes le matarían, sin duda alguna, y como su método consistiría en la tortura, resultaba un espectáculo desagradable de presenciar y mucho más terrible de experimentar.

Los dirigibles subieron lentamente en el aire cálido. De haber sido Norton un navegante más experimentado, habría escogido otro momento para levantar el vuelo.

Johnny se sentía más indefenso y derrotado que nunca en su vida. Tres de sus amigos y Química yacían como otras tantas momias verdes sobre la cubierta del dirigible.

Doc, o lo que quedaba de él, estaba solo en la manigua, si no había perecido. Johnny había perdido casi toda esperanza de volver a verle.

Los grandes dirigibles describieron círculos buscando altitud durante casi una hora antes de que Norton diera la orden de encaminarse al Norte. Durante este tiempo, Johnny mantuvo la cara aplastada contra una ventanilla que le permitía mirar hacia bajo, pero no vio nada.

De pronto, la esperanza renació en su alma. Detrás del dirigible, Johnny vio algo que aceleró los latidos de su corazón. Había una nubecilla en el cielo y parecía seguir a los dirigibles. Minuto tras minuto, Johnny vigiló aquella nube que a ratos parecía a punto de alcanzar a los dirigibles.

Se vio obligado a confesarse que, sin duda, se forjaba ilusiones y que lo que él tomaba por una nube perseguidora, podía no ser en realidad más que una serie de moléculas arrastradas por las naves

aéreas. Luego, Norton hizo su aparición en el umbral del camarote.

Como siempre, iba acompañado de dos guardias de aspecto altamente eficiente. Aunque Johnny estaba atado y parecía endeble en comparación con el resto de los ayudantes de Doc, el gángster no quería correr riesgos innecesarios.

—Venga a la cubierta de popa donde gozará de mejor vista —le invitó Norton con burlona cortesía.

Bajo la amenaza de los fusiles ametralladora, Johnny tuvo que obedecer.

—Deseo que vea cómo sus amigos, uno tras otro, dan el último salto —dijo Norton—. Desde luego, ya están muertos, pero ni un mago podría reconstituirlos cuando hayan caído desde una altura de cinco mil pies, aterrizando sobre árboles o rocas.

Johnny se estremeció. Se figuraba el aspecto que tendrían aquellos cuerpos, y aunque Monk, Ham y Renny parecían muertos, Johnny recordó o creyó recordar que él también tuvo aquel aspecto, aunque en la actualidad estaba bien vivo.

—Más tarde, mucho más tarde, le tiraré también por la borda —le prometió Norton—. Antes de hacerlo, le explicaré algunas cosas, pues cuando salte, no lo hará con paracaídas. No temo que sobreviva para nada.

El rostro de Johnny se endureció. Las amenazas de aquel género no le asustaban. De hecho, no temía a la muerte, particularmente si sus amigos iban a morir y únicamente uno de ellos seguía respirando además de él.

El mayor Tomás J. Roberts, llamado Long Tom, no estaba con Doc. Long Tom era el electricista del grupo. Cuando Johnny oyó hablar por última vez de él, Long Tom estaba en Europa, estudiando un nuevo desarrollo eléctrico. Evidentemente, no había vuelto a tiempo para el presente viaje. Más valía así, según pensó sombríamente Johnny. De haber estado con ellos Long Tom, el grupo entero de amigos de Doc habría quedado liquidado.

Salieron a la cubierta de popa. Johnny lanzó una rápida mirada atrás y su esperanza se esfumó. La nube que había estado vigilando quedaba rápidamente atrás. Ya se hallaba a más de una milla de distancia.

—Vamos a empujar ante todo al mono —dijo Sleek Norton—. Vigilaremos con los anteojos lo que ocurre cuando su cuerpo

aterrice y podremos apreciar mejor la caída de los demás.

CAPÍTULO XIX

LA CAÍDA DE UN DIRIGIBLE

JOHNNY no se habría sentido tan abatido, de haber podido vigilar constantemente la extraña nube. En una ocasión y por espacio de pocos minutos, ocurrieron varias cosas.

La nube se mantuvo sobre el dirigible y al amparo de su espesura, tres formas se movieron rápidamente.

La primera era la figura alta y bronceada de Doc Savage. Luego vino la harapienta de Scotty Falcorn y finalmente y chillando de alegría, a pesar de las órdenes recibidas en contra, llegó Habeas Corpus.

Una trampa se abrió en la parte superior del dirigible. Únicamente Doc tenía conocimiento de aquella puerta y del acceso que daba al corazón mismo del gigantesco dirigible.

Tan pronto como las tres figuras desaparecieron, la nube desapareció hacia atrás. Seguía cubriendo al autogiro que Doc Savage usó para alcanzar el dirigible. Doc paró la hélice de delante y únicamente la gran hélice central sostenía el aparato.

El indio se había equivocado y Doc no había muerto. Mientras huía a toda velocidad delante de los gatos salvajes. Doc se untó con un líquido que sacó de su botiquín y que vertió sobre su cabeza, cara y cuerpo. Aquello hizo desaparecer el olor a sangre que despedía su persona. Luego se quitó la mayor parte de la ropa, cuidando de no guardar ninguna prenda que estuviese impregnada del falso olor.

Cuando Doc se vio cogido, dejó caer la ropa. Los gatos se tiraron encima y seguían luchando por ella al caer al agua.

En el instante en que los gatos saltaban, Doc se dejó caer, agarrando una enorme enredadera. La fuerza de su caída le llevó a

lugar seguro, a un lado. Desde la copa de otro árbol, miró los gatos ir al encuentro de la muerte.

El hombre de bronce permaneció oculto mientras el indio investigó. Deseaba que Sleek Norton le creyera muerto.

Luego, se movió con rapidez. Halló el autogiro intacto en el campo en el cual aterrizó con Monk y Ham. Este cerró el contacto cuando cayó por la borda, pero la enorme hélice llevó el aparato a un aterrizaje seguro y fácil.

A continuación, Doc se dirigió rápidamente al escondrijo de Sleek Norton. Llegó demasiado tarde para evitar que el gángster despegara, pero se oían todavía tiros cuando el hombre de bronce hizo su aparición.

Habeas le acogió como a un amigo pendido hacía tiempo. Unos momentos después, Doc halló a Scotty Falcorn en su escondrijo y junto con él y con Habeas, regresó al autogiro. Le fué fácil crear la falsa nube, después de lo cual dio caza al dirigible.

Ahora Doc abrió la marcha hacia el corazón del gran dirigible. El pasadizo era apenas suficientemente ancho para su cuerpo. Los demás lo seguían sin dificultad.

Doc se paró en un cuartito. Este se hallaba en el centro de las bolsas de helio que sostenían el dirigible. Ni sus propios ayudantes conocían la existencia de aquel lugar secreto. El hombre de bronce tocó un conmutador en una pared y se oyó un chirrido prolongado. Scotty Falcorn lanzó una exclamación de sorpresa al iluminarse una de las paredes del cuarto. Se veían vagamente unos objetos, pero casi instantáneamente éstos se destacaron en relieve. La pared entera no era otra cosa que la pantalla de un aparato de televisión. Casi todo el dirigible era visible en aquella pared.

Doc dejó oír su trino y sin vacilar un momento, pasó por una puerta a otro sector del inmenso envoltorio. Visible en un rincón del cuarto, era la escena que ocurría en la popa del dirigible. Siguiendo órdenes de Norton, dos pistoleros recogían el cuerpo de Química y se acercaban a la borda.

Johnny se tiró adelante sin éxito. Poca cosa podía hacer con los brazos estrechamente atados, pero algo quería intentar aunque no fuera más que emprenderla a patadas con los dos pistoleros que iban a echar a Química por la borda.

Norton alargó lánguidamente un pie. Johnny tropezó y se vino

al suelo.

—¡Levántese! —ordenó Norton con voz dura—. Quiero que presencie esto y no baga bromas o le meto una bala en el cuerpo allí donde no le mate, pero le deje inútil. Le tocará en algún sitio agradable, como la rodilla, por ejemplo.

El sudor corría por la cara de Johnny que se mordió los labios para no contestar, pues no quería darle a Sleek Norton el gusto de oírle suplicar.

Habían traído también a Gloria Delpane a la cubierta de popa. La muchacha estaba pálida y parecía alejada. El choque de saber que habían abandonado a su hermano y que quizá a última hora había sido víctima de las balas, la dejó como paralizada.

Hugo Parks rió cuando Sleek gritó una orden. Nuevamente los dos pistoleros se acercaron a la borda. Levantaron el cuerpo del mono disponiéndose a tirarlo. Entonces fué cuando ocurrió una cosa sorprendente.

El día era apacible, la brisa ligera, pero el dirigible se movió repentinamente como si hubiera encontrado una fuerte tempestad. El gran dirigible se tumbó fuertemente a un lado. Los pistoleros soltaron a Química, que cayó sobre la cubierta y rodaron hasta la red de la barandilla del lado opuesto.

Johnny perdió el equilibrio. La muchacha cayó e incluso Sleek Norton fué despedido de su silla. Un instante después, el dirigible se enderezaba.

La cara de Sleek Norton estaba roja de ira. Hugo Parks blasfemaba al hacerse masaje en las partes contusionadas. Los gángsters, asustados, se pusieron de pie.

—Volved a probar —gritó Norton—. Habremos penetrado en una corriente de aire baja o algo por el estilo. Nada hay que temer.

Los pistoleros se acercaron cautelosamente al cuerpo de Química. Le levantaron temerosamente y se acercaron lentamente a la borda. Corriendo, dieron los últimos pasos e intentaron tirar el cuerpo del mono por la borda.

Por segunda vez, el dirigible se inclinó y esta vez tanto, que los pistoleros cayeron y el cuerpo de Química volvió a rodar sobre la cubierta.

El rostro de Sleek Norton había perdido todo vestigio de color. La primera vez pudo ocurrir por accidente, pero al repetirse el

incidente, comprendió que no era así. Alguien o algo lo motivaba.

Norton se rehusó el pensar en la única explicación posible que se le ocurrió y gritó con fiereza:

—¡Registrad el dirigible! ¡Registradlo de punta a punta y disparad contra lo que sea que veáis!

Agarró un fusil ametralladora y seguido de cerca de Hugo Parks, inició el registro.

Los ojos dorados de Doc Savage brillaban. Se hallaba en un sector bajo del dirigible y a su alrededor estaban los giroscopios que había instalado para mantener el equilibrio del dirigible durante épocas de mal tiempo.

Sin embargo, esos giroscopios servían tanto para equilibrar como para desequilibrar el dirigible. Por las pantallas de la instalación de televisión, Doc veía el momento exacto de cambiar el equilibrio de la nave para impedir que tiraran a Química desde una altura de cinco mil pies.

Cuando Sleek Norton ordenó un registro del dirigible, el hombre de bronce abandonó su sitio y se encaminó a su laboratorio. Gran parte de su valioso equipo se había perdido o quedó destrozado en la selva y necesitaba reponerlo.

Arriba, en el cuarto secreto, Scotty Falcorn se dio buena maña él también. Doc Savage le había salvado, dándole la oportunidad de vivir otra vez. Falcorn estaba más que agradecido y sus ojos brillaron de alegría cuando, descubrió una ametralladora oculta en el cuarto, así como municiones, entre las cuales había balas detectoras.

Scotty Falcorn no parecía ya ineficiente. Era piloto del Ejército y sabía qué era lo que podía hacer con ametralladoras y balas detectoras, aunque seguía con el cerebro embotado.

Scotty había sufrido mucho. Su aeroplano cayó cuando intentaba un vuelo de distancia. Le cogieron les indios y, ocurriera lo que ocurriese, Scotty sabía que aquel experimento permanecería siempre en su mente como una pesadilla. Únicamente la confianza y la serenidad del hombre de bronce le habían infundido el valor de huir de los indios.

Salió del cuarto secreto, cerrando la puerta y dejando encerrado a Habeas Corpus, pero no siguió a Doc a la parte inferior del dirigible. Volvió atrás, sobre el envoltorio, pues recordó que las

ametralladoras que intentaron matarle, estaban en el segundo dirigible.

Aquel dirigible estaba a una milla de distancia, pero los que estaban a bordo vieron las extrañas contorsiones de la nave de Doc. Los mensajes que enviaron por radio quedaron sin contestación. Norton estaba demasiado ocupado registrando el dirigible. Así pues, el otro dirigible empeló a acercarse con el fin de comprobar qué era lo que ocurría.

Los dos estaban a corta distancia uno del otro cuando Scotty Falcorn sacó cuidadosamente la cabeza por la abertura de la parte superior del cigarro de metal. El piloto respiró hondamente y, con lentitud, hizo pasar la boca de la ametralladora por la abertura. Debió quedar invisible y fué por casualidad que un pistolero que iba a bordo del segundo dirigible vio su cabeza.

El pistolero no veía quién estaba detrás de la ametralladora y tanto se le daba. Le bastaba ver una ametralladora vuelta hacia él. Agarró una pistola y empezó a disparar sobre la vaga figura de Scotty.

Falcorn sonrió débilmente. Prefería atraer a los demás a la lucha. Luego, apretó el gatillo. Una llama brotó y las balas detectoras cayeron sobre su blanco. Scotty pintó sus iniciales en el envoltorio del otro dirigible. Este no estaba lleno de helio, sino que contenía hidrógeno, sumamente inflamable.

Hubo una explosión formidable y se vio una sábana de fuego. El dirigible de Doc fué proyectado a media milla de distancia, tal fué la violencia de la sacudida.

Del dirigible del gángster no quedaron más que fragmentos llameantes. Scotty Falcorn había vengado a los indefensos indios acribillados a balazos. Todos a bordo del segundo dirigible perdieron la vida.

A bordo del dirigible de Doc, los pistoleros acudieron corriendo en todas direcciones. Se reunieron en la cubierta de popa con expresión de incredulidad pintada en las facciones. Había oído el fuego de una ametralladora, sin por ello creer en la rápida destrucción de su nave y de los hombres que viajaban a bordo de la misma.

A Johnny no le gustaba ver morir hombres, pero no pudo ver más que justicia en el fin de aquellos bandidos. ¡Quien a hierro

mata, a hierro muere! Pero el geólogo ignoraba, como los gángsters, quién había disparado las balas mortales.

Johnny se sintió esperanzado cuando el dirigible se entregó a aquellas extrañas cabriolas de momentos antes. Ahora, se sentía desanimado, pues sabía que Doc no sacrificaría nunca tantas vidas humanas... si le era posible evitarlo.

Hugo Parks subió a cubierta, hecho una furia. Su cabezota se inclinaba de un lado a otro.

—¡Al trabajo! ¡Registrad este dirigible! —gritó a los pistoleros que le miraban boquiabiertos.

Los hombres se apresuraron a obedecer, pero al último momento, Parks pareció tener una idea. La astucia se pintó en su rostro y paró a dos hombres, diciéndoles que se ocultaran, pero sin alejarse de la cubierta de popa.

Al desaparecer Parks, la figura elegantemente vestida de Norton surgió, llevaba dos jeringuillas en la mano y descubría los dientes en una mueca feroz.

Los ocultos pistoleros se levantaron a medias cuando le vieron, pero se hicieron atrás enseguida, con una sonrisa. Norton estaba enfurecido y ellos sabían que podía esperarse algo divertido cuando el gángster estaba de veras enfadado.

A Johnny se le heló la sangre en las venas. Creía adivinar con qué fin Norton traía aquellas jeringuillas. Sin duda temía que hubiese algún remedio a la muerte verde y deseaba rematar a sus víctimas.

La elegante figura se acercó ante todo al cuerpo del mico. Química no se movió al ser pinchado con la larga aguja, precisamente sobre el corazón. Luego, Norton se volvió a Monk, a Ham y a Renny. A todos, alternativamente, les dio una inyección sobre el corazón. Se volvió entonces, con la otra jeringuilla en la mano, encaminándose en línea recta a Johnny.

El huesudo geólogo lanzó una exclamación y abrió mucho los ojos:

—¡Que me superamalgamen! —se dijo.

El hombre a quien miraba iba vestido con las elegantes ropas de Sleek Norton. Sus facciones eran idénticas, pero sus ojos eran los ojos dorados de Doc Savage.

El hombre de bronce no pareció reconocer a Johnny, al

inclinarse sobre él. Si le habló, su voz era demasiado baja para que la oyeran los guardias. Se oyó un grito y otro Sleek Norton, el verdadero esta vez, surgió en el umbral de la puerta de la cubierta.

Detrás de él llegaba Hugo Parks. Este último había descubierto al gángster atado y amordazado por Doc, pocos momentos antes.

Unos hombres armados les acompañaban. Norton llevaba en la mano una gran caja de plomo.

Scotty Falcorn escogió este momento para caer sobre cubierta, por una trampa practicada en el envoltorio del dirigible. Scotty estaba buscando a Doc cuando descubrió la trampa y oyó voces debajo de él. No esperaba hacer una entrada tan dramática, pero resbaló y cayó. La ametralladora se le escapó de la mano al caer de bruces en la cubierta.

Sleek Norton agarró a Gloria Delpane y la puso delante de él, sirviéndose de ella como de un escudo.

—¡Finalmente —dijo— me parece que tengo a todo el mundo como quería! ¡Que nadie se mueva, por favor!

Algo en su voz daba a entender que era preferible obedecerle.

CAPÍTULO XX

LA VERDADERA MUERTE VERDE

DOC Savage hubiera podido atacar y alcanzar a Sleek Norton sin dificultad, pero los gángsters habrían abierto el fuego y otras vidas que la de Doc estaban en juego. No podía poner en peligro la de Gloria Delpane, de su hermano o de Renny.

El hombre de bronce permaneció inmóvil.

—¿Y ahora, Norton? —preguntó suavemente, sin que sus facciones cambiasen de expresión.

Las de Sleek Norton cambiaron y adoptaron una expresión de hondo salvajismo. Una luz criminal brilló en sus pupilas.

—¡Es usted listo, Doc Savage, muy listo! —dijo con tono burlón —. Pero esta vez ha llegado al final del camino.

Doc Savage no se movió. Hugo Parks adoptó también una expresión de triunfo.

—¡En esta caja de plomo llevo la muerte verde! —dijo Norton. Sus pistoleros miraron con fijeza y algunos se echaron atrás. Norton les detuvo con un gesto.

—¡Ya os diré cuando tengáis que echar a correr! —dijo secamente y volvióse nuevamente al hombre de bronce.

—Según habrá, sin duda, adivinado, señor Savage —dijo con voz untuosa— ... la muerte verde es causada por una planta que crece en el Infierno Verde y se parece a la hierba.

Doc permaneció callado y su imperturbabilidad enfureció a Sleek Norton.

—Haré una fortuna con esta hierba —gritó Norton— ... pues sé cómo se hace para devolverles la vida a las víctimas.

Johnny se quedó boquiabierto. Tal vez no soñó y de veras murió para ser resucitado más tarde.

Norton hizo seña a la muchacha para que se pusiera detrás de él. Junto con su hermano, se retiró hasta ponerse al lado del hombre de bronce. Si Doc se movió, Sleek Norton no lo vio. Aunque la muchacha lanzó una leve exclamación de dolor, el gángster no lo notó, pues estaba enfrascado en su explicación de lo que iba a hacer.

—Esta hierba obra su efecto de día, tal como sabe —siguió diciendo—. De noche, es inofensiva, pero cuando el sol brilla sus efectos son instantáneos. Pienso usarla en los Estados Unidos. Son muchas las aplicaciones que tiene... En los raptos, por ejemplo, la víctima no sabrá qué es lo que le ocurre y permanecerá quieta hasta que se pague su rescate. Luego se le inyecta un antídoto y resucitará unas horas después, pero sin poder decir nada... También puedo usarla para Seguros de muerte... y más tarde resucitar a los interesados. O también... y es lo mejor de todo... puedo hacer víctima de la muerte verde a la esposa de un hombre rico que pagará cualquier cosa por un remedio... Caso de no hacerlo...

Los ojos de Sleek Norton eran horribles. También Hugo Parks tenía un aspecto repugnante. Los pistoleros se habían apartado. Las cosas terribles que Norton planeaba les removían el estómago.

—Al principio creí necesitarle —siguió diciendo Norton—. Los magos nos dijeron que a veces los que morían de la muerte verde volvían como fantasmas. Adiviné que había un remedio y envié a Parks a buscarle. Luego, Pterlodin se presentó. Quería que le ayudáramos a ser rey.

Sleek Norton rió como si se tratara de una broma muy divertida.

—Pterlodin era el brujo, el único hombre del Matto Grosso que conocía la respuesta a lo que quería saber. Me la dio y me dio también las drogas que me inmunizarían. Parks y yo hemos usado esa droga.

Detrás de Doc, Renny se movió levemente. Monk y Ham también parecían de un verde más claro. Norton lo vio y rió nuevamente.

—En esta caja tengo un puñado de hojas verdes —dijo— Voy a tirarlas sobre cubierta y todos perderéis el conocimiento. Antes de que ocurra nada, caeréis al espacio.

Movió los brazos dramáticamente. Sus pistoleros giraron sobre los talones y huyeron.

Norton alargó la mano. Una lluvia de hojas verdes cayó sobre la

cubierta, a los pies de Doc, Gloria, Johnny y Scotty. Las hojas estaban expuestas al sol y un olor suave llenó la atmósfera.

Se oyó un grito... pero fué Sleek Norton quien lo lanzó. El gángster se miraba la mano... que se había vuelto ligeramente verde.

Hugo Parks lanzó también un grito. El también empezaba a cambiar de color.

—¡El antídoto! —gritó.

Se volvió y entró corriendo en un camarote. Sleek Norton le apartó brutalmente para entrar el primero. Con dedos temblorosos, Norton agarró una jeringuilla.

—Sé que no estoy en el paraíso —dijo la voz melancólica de Monk—. Veo a mi alrededor demasiados conocidos para eso...

—No dejan entrar los micos en el paraíso —contestó la voz de Ham.

—Ni abogados tampoco, espera —añadió la voz seca y severa de Renny.

Un suspiro de alivio salió de los labios de Johnny. El geólogo ignoraba todavía cómo todo eso había ocurrido o cuál sería el resultado; pero ya no le importaba.

Scotty Falcorn lanzó un grito al ver que seguía vivo. Agarró la ametralladora y echó a correr detrás de los gángsters que huían.

Entonces Doc se movió rápidamente. Corrió al cuarto en el cual habían entrado Norton y Parks con una jeringuilla en la mano.

El gángster y el cabezota de su ayudante estaban tendidos en el suelo. Sus cuerpos eran completamente verdes y parecían estar muertos hacía tiempo. Norton sostenía todavía en la mano una jeringuilla cuya aguja estaba clavada en el brazo de Parks. Norton lo hizo así después de hacerse una inyección a sí mismo.

El hombre de bronce se arrodilló a su lado y les dio una inyección con su propia jeringuilla. Se retiró y su trino, bajo y sereno, llenó el camarote.

—¿Muertos? —preguntó Johnny.

Doc Savage asintió lentamente.

—Pterlodin les engañó —explicó—. Me lo temía. Lo que creían que era un antídoto, lo que creían que les devolvería la vida, ha sido causa de su muerte. Los tejidos de sus cuerpos están descompuestos. No podemos hacer nada por ellos.

Monk, Ham y Renny estaban de pie. Química se levantaba, tambaleándose. Ayudaron a Scotty Falcorn a apoderarse de los pistoleros. No fué una tarea muy difícil. En pocos minutos estuvieron capturados y encerrados en un almacén.

Los llevarían a Nueva York y antes de poco visitarían el sanatorio de Doc, aunque eso lo ignoraban, desde luego.

—El estado del cuerpo de aquel hombre en Nueva York, me dio el primer indicio de la verdad— explicó Doc algún tiempo después —. Descubrí que todos los poros de su piel estaban obstruidos.—¿En otras palabras, hallábase en un estado de actividad suspendida con todas las funciones del cuerpo en paro? —preguntó Renny.

El hombre de bronce asintió: —Aquel estado podía durar indefinidamente. Busqué la causa y sospeché que era la camisa. Creo no haberme equivocado. Cuando descubrimos la camisa a bordo del dirigible, hallé que algo había sido colocado sobre el corazón, sin duda una hoja que Parks quitó antes de que la camisa volviera a poder de la señorita Delpane.

—Supongo que estando la hoja marchita, sus efectos serían más lentos —dijo Ham.

—Así lo creo —asintió Doc—. Parks debió traer las hojas ocultas, en su caja de plomo.

—¿Y el antídoto? —chilló Monk.

—Mientras estábamos en el dirigible —dijo Doc—, preparé una mezcla que contrarresta en parte los efectos de la hierba.

Monk asintió. Todos sufrieron una inyección de la mezcla aunque en aquel momento ignoraban de qué se trataba. Eso explicaba su rápida mejoría.

—Más tarde, cuando tuve hierba en mi poder, pude preparar una cura y un preventivo más completos —dijo Doc.

Su declaración era sencilla. No se ufanaba. El hombre de bronce creía muy sencillo el ser capaz de realizar semejantes cosas para las cuales se había preparado toda la vida.

—¿Supongo que sería posible volver en sí parcialmente y obrar subconscientemente? —preguntó Johnny.

—Así lo creo —asintió Doc— Opino que eso fué lo que Pterlodin te hizo y que mientras estabas aturdido, escribiste la nota que hallamos. Pterlodin no sabía lo que la nota decía, pero la llevó a Norton y éste comprendió su valor.

—¿Y los dos hombres de Nueva York? —preguntó Renny.

Por primera vez, una sombra de expresión cruzó las facciones de Doc. Era una débil sonrisa:

—Están a buen recaudo —dijo—. He enviado instrucciones por radio. Estoy seguro que viven y que están en la cárcel.

—Lo cual deja tan sólo a nuestro traidor amigo Pterlodin —suspiró Monk—. Me gustaría saber qué ha sido de él.

En aquel momento a Pterlodin le hubiera gustado incluso la compañía de Monk. El brujo estaba viendo cosas que no creía, cosas que no podían ser verdad, porque él no las quiso así.

No había vuelto a conciliarse la confianza y amistad de la princesa Molah; pero su lengua hábil le salvó la vida. Se hallaba cerca de la entrada de la cueva de los muertos, pero no tardó en huir. La puerta de la cueva se abrió y varias figuras surgieron, figuras de seres que debían estar muertos. La mayoría de las víctimas de la muerte verde que estaban en la cueva, habían contrariado o disgustado al brujo. Este se vio obligado a trabajar lenta y cautelosamente, pero todos notaron que los que se le habían opuesto acababan tarde o temprano por morir.

Pterlodin creyó al principio que veía fantasmas, pero no tardó en darse cuenta que no era así. El hombre de bronce era un brujo mayor de lo que supuso. Dio una inyección a cada víctima antes de salir de la cueva. Esta no era tan fuerte como la que administró a Johnny, puesto que Doc no quería que las mujeres volvieran a la vida demasiado pronto; pero en aquel momento se habían reanimado ya; Pterlodin hubiera gritado si hubiese pensado que eso le iba a ayudar, pero sabía que era inútil intentarlo, de manera que puso su esperanza en sus cortas piernas. Detrás de él, sus víctimas resucitadas empezaron a gritar y a perseguirle.

Fué Zehi quien vio la primera, el escuadrón de resucitadas y el brujo. Zehi había estado soñando en el hombre de bronce, sintiendo su marcha aunque sabía que era necesario que él se fuera.

Estaba de pie debajo de una de las pinturas más complicadas, una de las que estaban adornadas con muchas piedras preciosas... esmeraldas, cada una de las cuales valía una fortuna. Zehi lo ignoraba. Únicamente Doc Savage se había fijado en ellas, comprendiendo su valor y Doc Savage no lo diría nunca a nadie.

Zehi agarró una lanza y levantó la voz en un grito de aviso.

Pronto una cincuentena de amazonas persiguieron a Pterlodin. Ellas también se habían dado cuenta de que las que parecían muertas no lo estaban ya y que Pterlodin debía morir.

El fin se precipitó. El brujo corrió demasiado cerca del fuego sagrado. No vio a la princesa Molah hasta hallarse casi sobre ella y entonces era demasiado tarde.

La princesa blandió su lanza. Pterlodin intentó evitarla y cayó en la grieta. Gritó una vez y desapareció.

La paz reinaba a bordo del dirigible. El sector de Matto Grosso quedaba rápidamente atrás y los que iban a bordo de la nave aérea intentaban olvidar sus experimentos en la manigua.

Al caer la noche, Monk se encaminó al puente de popa del dirigible. Doc estaba en su laboratorio, trabajando. El hombre de bronce trabajaba incansablemente, según le parecía a Monk. El químico tenía otros asuntos que atender y su mirada cayó sobre una figura sentada en una silla cerca de la barandilla.

Monk miró en torno suyo rápidamente, como quien se siente culpable. Suspiró de alivio cuando no vio a nadie y se acercó de puntillas dejándose caer en otra silla.

—¡G… Gloria! —dijo con voz temblorosa.

La figura envuelta en un abrigo para protegerse del aire frío del anochecer no se movió.

Monk suspiró y reunió todo su valor. Lenta y cuidadosamente, alargó un brazo y rodeó a la figura que estaba a su lado, atrayéndola a sí y abriendo y cerrando los labios con dulce anhelo.

La figura se volvió repentinamente y Monk se halló frente a frente con el rostro peludo de Química. Una luz brilló y Ham surgió con un aparato fotográfico en la mano.

Monk era un valiente y dio a menudo pruebas de ello, pero aquella vez deseó que Doc no se hubiera apresurado tanto a devolverle la vida. No era difícil imaginarse lo que Ham intentaba hacer con aquel retrato.

Pero Monk tenía fibra. Volvió la cabeza de Química y acercó los labios.

—¡Cuando menos, no podrás burlarte de mí, maldito seas! —dijo.

FIN